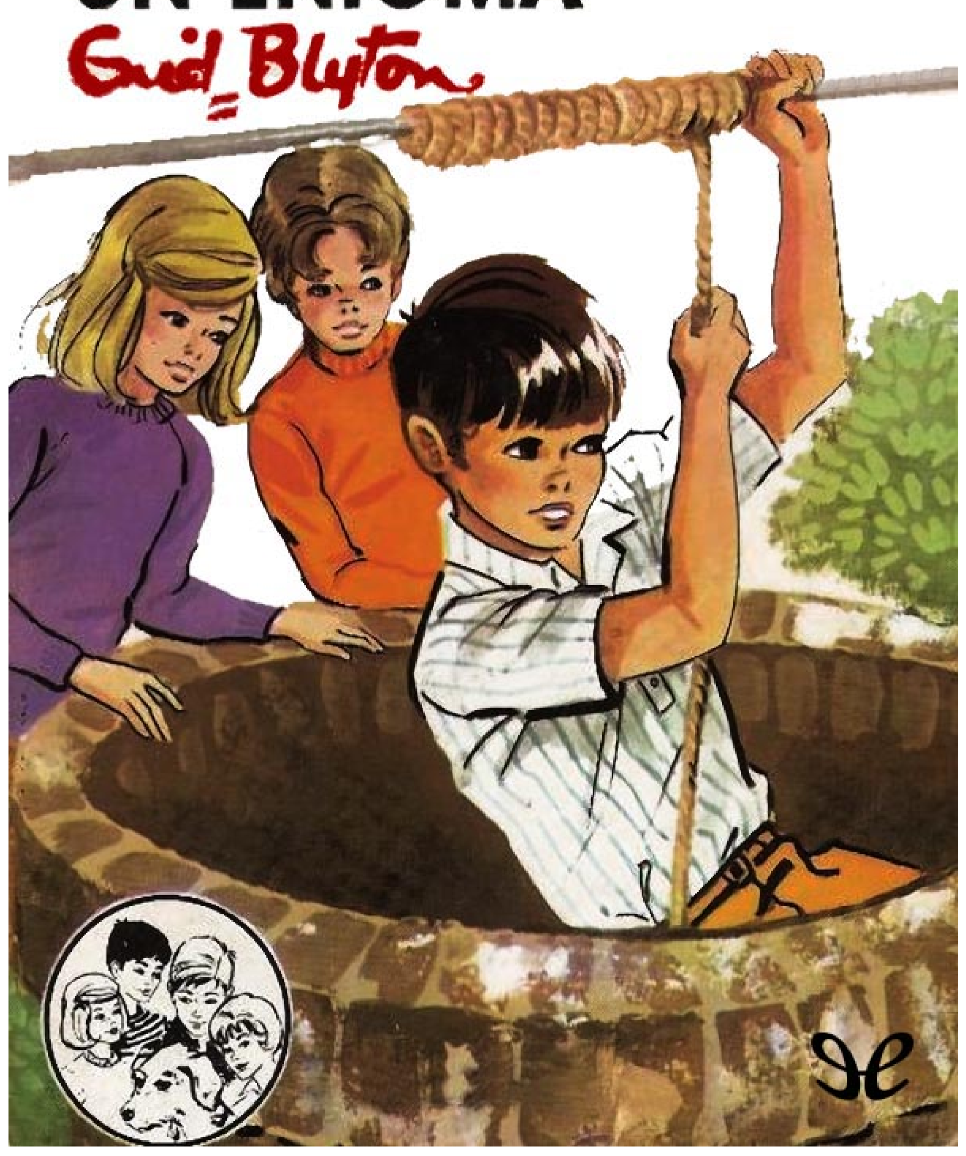
LOS CINCO HAN DE RESOLVER UN ENIGMA

Enid Blyton



Es el primer día de vacaciones y Dick está furioso por tener que tomar el té con una amiga de su madre. Sin embargo, el disgusto dura poco: la señora Layman, que tiene que partir de viaje, quiere que en su ausencia los chicos se queden en su casita de la montaña para cuidar de su sobrino Wilfredo.

Una vez en «Villa Montaña», Wilfredo confiesa a los chicos un misterioso secreto: en la Isla de los Lamentos hay unos hombres que disparan sobre quienes tratan de llegar a sus costas. Nuestros amigos quieren pasar unos días tranquilos así que no piensan acercarse a esa misteriosa isla. Pero un día que alquilan un bote para remar, la marea los arrastra hasta allí. Los Cinco están en peligro… ¿Qué pueden hacer esta vez?



Enid Blyton

Los Cinco han de resolver un enigma

Los Cinco - 20

ePub r1.0
liete 04.06.14

Título original: *Five have a mistery to solve*
Enid Blyton, 1963
Traducción: Antonio de Quadras
Ilustraciones: José Correas

Editor digital: liete
ePub base r1.1



LOS CINCO

Enid Blyton



LOS CINCO HAN DE RESOLVER UN ENIGMA



Capítulo I

VACACIONES DE PASCUA

—La palabra más bonita de todo el diccionario es «vacaciones» —dijo Dick tomándose una cucharada de mermelada—. Pásame una tostada, Ana, ¿quieres? Oye, mamá, ¿te fastidia mucho tenernos de nuevo a todos en casa?

—Desde luego que no —replicó su madre—. Lo único que realmente me preocupa cuando llegan las vacaciones es la comida. La Comida con ce mayúscula. Cuando estáis aquí los tres, nunca hay suficiente. A propósito, ¿sabe alguien qué ha pasado con las salchichas que había en la despensa?

—Salchichas… Salchichas… A ver…, déjame pensar —dijo Julián haciéndose el remolón.

Ana le dio un puntapié por debajo de la mesa. Los tres sabían perfectamente lo que había pasado con las salchichas.

—Bueno, mamá. Anoche dijiste que nos preparásemos la cena nosotros mismos porque tú tenías que salir —dijo al fin Julián—. Las salchichas era lo que más nos apetecía y por eso nos las comimos.

—De acuerdo, Julián. ¡Pero un kilo…! Ya sé que vino Jorgina a pasar la tarde con vosotros. Pero aun así…

—Se trajo a *Tim*, mamá —intervino Ana—. Y ya sabes que a él le encantan las salchichas.

—¡Bravo! Pues es la última vez que dejo la puerta de la despensa abierta cuando me vaya —decidió su madre—. No me parece bien utilizar esas salchichas tan estupendas para que se las coma un perro. Y nada menos que *Tim*, con el hambre que tiene. Desde luego, Ana… Y yo que pensaba servirlas hoy para comer…

—Bueno, nosotros habíamos pensado irnos a pasar el día a Kirrin, con *Jorge* y *Tim* —dijo Dick—. Claro que siempre que tú no nos necesites para algo.

—Pues sí que os necesito —respondió su madre—. La señora Layman vendrá esta tarde a tomar el té y me ha dicho que quería veros para no sé qué.

Los tres se apresuraron a protestar. Dick estaba furioso.

—¡Caramba, mamá! El primer día de vacaciones, y tener que quedarnos en casa a tomar el té —gruñó—. ¡No hay derecho! ¡Con el día tan bueno que hace…!

—No te preocupes, mamá, nos lo pasaremos bien de todas formas —la tranquilizó Julián, dándole con el pie a Dick por debajo de la mesa al ver su cara de disgusto—. La señora Layman es muy simpática. Cuando éramos pequeños siempre nos daba caramelos.

—Y nunca se olvida de nuestro cumpleaños —añadió Ana—. ¿Crees que podríamos decirle a *Jorge* que viniese ella y se trajese a *Tim*? Se enfadará mucho si no pasamos con ella el primer día de vacaciones.

—Sí, puedes llamarla en cuanto termines —asintió su madre—. Y no te olvides de encerrar al gato en el desván, con un tazón de leche. Siempre que ve a *Tim* se asusta mucho. Es un perro tan grandote. Y, por favor, tratad de estar limpios a la hora de la merienda.

—Voy en seguida a telefonear a *Jorge* —dijo Ana levantándose de la mesa—. ¿No te importa, mamá? Ya he acabado y me gustaría pescar a *Jorge* antes de que saque a pasear a *Tim* o se vaya a hacer la compra para su madre.

—Tío Quintín estará encantado de librarse de *Jorge*, aunque sólo sea durante la merienda —comentó Dick—. El otro día tropezó con el *stick* de *Jorge* y le preguntó por qué se dejaba tirada su red de pescar. Ella no sabía ni de qué le estaba hablando.

—Pobre *Jorge* —dijo su madre—. Es una lástima que ella y su padre tengan el mismo genio. Su madre debe de volverse loca tratando de poner paz entre ellos. ¡Ah! Aquí viene Ana. ¿Has hablado ya con *Jorge*?

—Sí, está encantada. Ha dicho que era mejor que no fuésemos nosotros a pasar el día con ella porque el tío Quintín ha perdido

unos papeles en los que estaba trabajando y ha puesto la casa patas arriba para encontrarlos. *Jorge* dice que seguramente cuando ella vuelva todavía no se le habrá pasado el enfado. ¡Hasta ha registrado el bolso de tía Fanny para ver si alguien había metido allí sus papeles!

—¡Este Quintín…! —suspiró su madre—. No consigo entenderlo. Un científico tan brillante como él, que se acuerda de todos los libros que ha leído, de cada papel que escribe, que tiene el cerebro más privilegiado que conozco… y sin embargo pierde papeles importantes cada dos por tres.

—Y otras cosas cada día de la semana —añadió Dick, sonriendo —. ¡Y qué mal genio tiene! Pobre *Jorge*, siempre está metida en algún lío con él.

—Bueno, de todos modos, se siente feliz de venir a vernos —dijo Ana—. Vendrá en su bicicleta y se traerá a *Tim*. Llegará a la hora de comer. ¿Te parece bien, mamá?

—Claro que sí. Bueno, ya que en la cena de ayer os comisteis la comida de hoy, tendréis que ir a la tienda. ¿Qué os gustaría para comer?

—¡SALCHICHAS! —exclamaron todos a la vez.

—¡Vaya! Pensaba que después del festín de anoche estaríais ya más que hartos de ellas —dijo su madre, riendo—. De acuerdo, salchichas. Pero para *Tim* traeros un hueso con mucha carne. No pienso darle ni una sola salchicha.

—¿Compramos también pastelillos para el té? —preguntó Ana —. Acuérdate de que viene la señora Layman. ¿O los harás tú, mamá?

—Sí. Prepararé unos cuantos bollos —dijo su madre—. Vosotros comprad lo que queráis. ¡Pero, por favor, no vaciéis la tienda!

Así que los tres se marcharon al pueblo en sus bicicletas. Hacía un espléndido día de primavera. Las celidonias se extendían doradas por el campo, salpicado también de margaritas. Dick entonó una canción, y las vacas con las que se cruzaban levantaban sorprendidas la cabeza al oír su voz.

Ana se echó a reír. Era maravilloso estar otra vez con sus hermanos. Los echaba mucho de menos cuando se encontraba en la escuela. Ahora estarían los tres juntos durante casi un mes. Y con su

prima *Jorge* también. Se sintió tan contenta que comenzó a cantar, uniendo su voz a la de Dick. Sus hermanos la miraron divertidos.

—¡Vaya con Ana! Eres tan mosquita muerta que da gusto oírte cantar tan fuerte —dijo Dick.

—No soy ninguna mosquita muerta —protestó Ana, muy ofendida—. ¿Por qué dices eso? Un día os vais a llevar una sorpresa conmigo.

—Sí, quizás nos la llevemos —replicó Julián—. Aunque lo dudo. Una mosquita muerta no puede transformarse de pronto en un tigre. Además, con uno ya tenemos bastante. *Jorge* es el tigre de la familia. Ya lo creo que sí. Siempre está dispuesta a rugir, arañar y saltar.

Los tres rieron al imaginarse a *Jorge* como un tigre. Con la risa, Dick descuidó un poco el manillar y su rueda delantera chocó contra la rueda trasera de la bicicleta de Ana. Ésta se volvió enfadada.

—Mira por dónde vas, idiota. Casi me has hecho caer. ¿Es que no ves a dos palmos delante de tus narices? —chilló.

—Ana, ¿qué te pasa? —exclamó Julián, extrañado al ver a su hermana, siempre tan dócil, estallar de aquel modo.

—No me pasa nada —se burló Ana—. Sólo estaba jugando a ser un tigre por un rato. No he hecho más que sacar las uñas. Pensé que os gustaría verlas.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Dick, pedaleando detrás de ella —. Nunca te había visto tan furiosa. ¿Por qué no se las enseñas alguna vez a *Jorge* cuando se pone pesada?

—Déjate ya de bromas —le interrumpió Ana—. Ahí está la carnicería. Vosotros comprad la carne mientras yo voy a buscar los pasteles.

La pastelería aparecía llena de buñuelos y pastas recién horneadas. Olía estupendamente. Ana lo pasó muy bien escogiendo gran cantidad de pasteles. «Al fin y al cabo —pensó—, seremos ocho. Y por poca hambre que tengamos, los despacharemos en seguida».

Los muchachos se mostraron encantados al ver la cesta de la bicicleta de Ana rebosante de paquetes, y mucho más al comprobar que no cabía todo en la cesta de la niña y tenían que llevarlo ellos

en sus bicicletas.

—Parece que vamos a tener una merienda estupenda —dijo Dick, tomando una caja de buñuelos—. Espero que la señora… ¿cómo se llama? Ah, sí, la señora Layman tenga buen apetito. Me pregunto qué será lo que tiene que decirnos.

—¿Os acordasteis de comprar un buen hueso para *Tim*? —preguntó Ana—. Ya sabéis que le encantan.

—Hemos comprado un hueso tan fantástico, que mamá se empeñará en que se lo demos a ella para hacer caldo —respondió Dick, sonriente—. Lo guardaré en mi bicicleta para que no lo vea hasta que llegue *Tim*. *Tim* se merece el mejor hueso del mundo. Es el perro más simpático que conozco.

—Ha corrido muchas aventuras con nosotros —dijo Ana, pedaleando al lado de los chicos por la desierta carretera—. Y me parece que ha disfrutado horrores con ellas.

—Sí, lo mismo que nosotros —asintió Dick—. ¿Quién sabe? A lo mejor se nos presenta también una aventura durante estas vacaciones de Pascua. Me parece que ya la estoy oliendo en el aire.

—¡Ni hablar! —exclamó Ana—. Tú no hueles nada. Te lo estás inventado. Me gustaría disfrutar de un poco de paz después de tanto tiempo encerrada en la escuela. Este último trimestre hemos trabajado una barbaridad.

—Bueno, has sido la primera en los estudios y también la primera en deportes, así que te mereces unas buenas vacaciones; todo lo tranquilas que quieras —dijo Julián, orgulloso de su hermana—. Dé acuerdo. ¡Nada de aventuras! Nos apartaremos de ellas por completo.

—¿De veras, Julián? —dijo Ana, riendo—. Bueno, ya lo veremos.



Capítulo II

UN INVITADO PARA EL TÉ

Cuando Julián, Dick y Ana llegaron a casa, *Jorge* y *Tim* les estaban ya esperando. *Tim* aguardaba en la calle, con las orejas muy tiesas y meneando alegremente el rabo. Al ver sus bicicletas pareció volverse loco de repente y galopó hacia ellos a toda velocidad, ladrando con todas sus fuerzas, ante el horrorizado asombro del chico de la panadería, el cual se llevó tal susto que penetró gritando en el jardín:

—¡Un perro furioso! ¡Un perro furioso!

Los tres niños desmontaron de sus bicicletas por miedo de atropellar a su amigo.

—Querido *Tim* —dijo Ana acariciando al perro—. Mete la lengua dentro de la boca. Algún día se te va a caer.

Tim fue dando vueltas alrededor de cada uno de ellos, lamiéndolos a todos, tan contento como si no los hubiese visto en todo un año.

—Bueno, ya está bien, hombre, ya está bien —dijo Dick, empujándolo y tratando una vez más de subir a su bicicleta—. Al fin y al cabo, ya nos vimos ayer, ¿no? ¿Dónde está *Jorge*?

Ésta había oído los ladridos de *Tim* y se encontraba ya en la calle. Los tres se dirigieron hacia ella, sonriendo felices.

—Hola, habéis estado de compras, por lo que veo —dijo *Jorge*—. Para ya de ladrar, *Tim*. Ladras demasiado. Siento que no hayáis podido venir a «Villa Kirrin». De todos modos, estoy muy contenta de que me hayáis invitado. Papá todavía no ha encontrado sus papeles y aquello parece una casa de locos. Todo anda revuelto, no ha quedado ni un milímetro de casa por registrar. Cuando me he

ido, mamá quedaba rebuscando en el desván; aunque no entiendo cómo se le ha ocurrido a papá que pudiesen estar allí.

—¡Pobre! Ya me imagino a tu padre tirándose de los pelos y chillando cuando seguramente lo que ha hecho ha sido tirar los papeles a la papelera por despiste —se burló Dick soltando una carcajada.

—¡Oye, qué gracia! ¿Sabes que no se me había ocurrido? —exclamó *Jorge*—. Lo mejor será que llame a mamá y le diga que busque en la papelera. Has tenido una idea estupenda, Dick.

—Bueno, vete a telefonear mientras nosotros guardamos las bicicletas —dijo Julián—. Aparta la nariz del paquete de las salchichas, *Tim*. Hoy no vas a probarlas siquiera. Se sospecha que anoche te comiste demasiadas.

—Sí, me parece que se comió un montón —asintió *Jorge*—. Me olvidé un rato de él y creo que lo aprovechó demasiado bien. Oíd, ¿quién es esa señora Layman que viene a tomar el té? ¿Tenemos que quedarnos a tomarlo con ella? Yo pensaba que saldríamos a merendar al campo.

—¡Ni hablar del peluquín! —repuso Dick—. Parece que la señora Layman quiere decirnos algo. Por eso tenemos que estar todos en casa, manos limpias, portarnos bien y todo lo demás. Así que ándate con cuidado, *Jorge*.

Jorge le dio un amistoso puñetazo.

—Eso no vale —exclamó Dick—. Ya sabes que no puedo devolvértelo. ¡Uf! Tendrías que haber visto a Ana esta mañana, *Jorge*. Me rugió como un verdadero tigre, me enseñó los dientes y… por poco se me come. ¿No me crees?

—No seas idiota, Dick —protestó Ana—. Me llamó mosquita muerta, *Jorge*, y dijo que como ya teníamos un tigre, que eres tú, ya era bastante para la familia. Por eso le enseñé las uñas. Lo dejé muy sorprendido, de veras. Me lo pasé estupendamente.

—¡Vaya con Ana! —dijo *Jorge*, divertida—. La verdad es que tú no has nacido para ser tigre. No sabes rugir ni arañar.

—Pero podría hacerlo si fuese necesario —replicó Ana, obstinada—. Uno de estos días os daré una sorpresa. ¡Ya veréis!

—De acuerdo. Esperaremos para verlo —dijo Julián, rodeando con su brazo los hombros de su hermana—. Vamos. Será mejor que

entremos las cosas antes de que *Tim* consiga abrir alguna de las latas. *Tim*, deja ya de lamer ese paquete. Vas a hacerle un agujero.

—Es que huele el pastel de cereza —explicó Ana—. ¿Le doy un trozo?

—¡No! —gritó Julián—. ¿No sabes que no le gustan las cerezas? Se come el pastel y las cerezas las escupe.

—¡Guau! —ladró *Tim*, como para mostrarse de acuerdo. Y se fue a olisquear el paquete que contenía su hueso.

—Ésa es tu merienda —dijo Ana—. Está completamente cubierto de carne. Mirad, mamá está en la ventana observándonos. Me imagino que tiene miedo por las salchichas. No, las salchichas no son para ti. ¡Lárgate! Vaya, no he conocido en mi vida un perro más glotón que tú. Cualquiera diría que lo matas de hambre, *Jorge*.

—Bueno, me da igual lo que piensen. Como no es verdad… —respondió *Jorge*—. ¡*Tim*, ven aquí!

El perro se acercó, aunque sin dejar de mirar los paquetes que los niños estaban sacando de sus cestas. Cruzaron el jardín y lo dejaron todo en la cocina. La cocinera abrió los paquetes sin quitar ojo a *Tim*.

—Será mejor que os llevéis a este perro de la cocina —dijo al fin —. Es extraordinario cómo desaparecen las salchichas cuando él anda cerca. ¡Largo, quita las patas de mi mesa!

Tim salió corriendo de la cocina, pensando que era una lástima que no les cayese en gracia a las cocineras. A él, en cambio, le gustaban muchísimo. Olían siempre a comida. ¡Y había siempre cosas tan apetitosas a su alrededor! La pena era que muy pocas veces se las daban. Bueno, se metería otra vez en la cocina tan pronto como la cocinera saliese para buscar algo. A lo mejor encontraba algunos buenos desperdicios en el suelo.

—¡Hola, *Jorge*, cielo! —dijo la madre de Ana. Y al ver a *Tim* añadió—: ¡*Tim*, fuera de la cocina! No quiero verte a menos de un kilómetro de las salchichas. ¡Fuera he dicho!

Tim salió disparado. Quería mucho a la madre de Ana, pero sabía que cuando ella daba una orden lo decía en serio. Se echó sobre la alfombra de la entrada con un gran suspiro, preguntándose cuánto tardarían en darle aquel hueso que olía tan bien. Apoyó la cabeza entre las patas, atento sin embargo a la llamada de *Jorge*.

—Bueno, ahora haced el favor de marcharos de mi cocina mientras preparo la merienda —dijo la cocinera—. Y cerrad la puerta. No quiero ver a ese perro rondando por aquí, oliéndolo todo, tratando de hacerme creer que se muere de hambre, cuando en realidad parece una bola de sebo.

—No es cierto —replicó *Jorge*, indignada—. *Tim* no ha estado gordo nunca en su vida. No es de esa clase de perros que no pueden ni andar de tan gordos como están. Nunca se harta.

—Pues será el primer perro que conozco que no se atraque de comida cuando tiene ocasión —dijo la cocinera—. No te puedes fiar de ninguno. El perro de la señora Lañe, en cuanto pescaba un azucarero, se comía todos los terrones, y el pequinés de ahí al lado tiraba las botellas que dejaba el lechero en la puerta; las tiraba aposta, y, cuando se rompían, se bebía hasta la última gota de leche. Y su dueña pretendía convencerme de que no le gustaba la leche. ¡Pues no había más que verle el morro, lleno de leche hasta los ojos!

Tim apareció junto a la puerta de la cocina con el hocico muy erguido, como si le hubiesen ofendido las palabras de la cocinera. Julián se echó a reír.

—Le ha herido usted en su amor propio —dijo a la cocinera.

—Pues lo heriré en otro sitio como vuelva a meter el hocico en la cocina —contestó ésta.

Al oír esto, *Jorge* se puso furiosa, pero los demás se rieron como locos.

La mañana transcurrió plácidamente. Los cinco bajaron a la playa y pasearon por los acantilados, disfrutando de la fuerte brisa que azotaba sus rostros. *Tim* perseguía a todas las gaviotas que encontraba posadas en la arena y se molestaba mucho al ver que, cuando ya casi estaba a punto de cogerlas, se echaban a volar.

A la hora de comer se sentían todos tan hambrientos que no sobró ni una miga. La cocinera había preparado un exquisito pastel de carne.

—Me gustaría tener una lengua tan larga como la de *Tim* para poder lamer toda la salsa que ha quedado en la fuente —comentó *Jorge*—. ¡Da tanta pena pensar que hay que tirarla!

—No creo que tengáis hambre a la hora del té —dijo su tía—.

Estoy segura.

Pero cuando llegó la hora del té comprobó hasta qué punto se había equivocado. Todos esperaban impacientes que llegase la señora Layman para poder empezar.

¡El té y las pastas se mostraban tan apetecibles, bien colocaditos sobre el blanco mantel! Los niños, sentados en sus respectivos sitios, miraban fijamente los bollos. ¿Cuándo llegaría la señora Layman?

—Me parece que no me va a caer muy simpática esa señora Layman —dijo al fin *Jorge*—. No puedo aguantar estar viendo esos pastelillos de crema y no poder tocarlos, con el hambre que tengo.

De pronto sonó el timbre de la puerta. ¡Hurra! Pronto apareció una señora mayor, muy sonriente, que los saludó a todos, encantada de encontrarlos esperando su llegada.

—Ésta es la señora Layman, niños —presentó la madre de Julián —. Siéntese, señora Layman. Estamos encantados de tenerla con nosotros.

—Bueno, he venido a pedirles algo a los chicos —dijo la señora Layman—. Pero tomemos primero el té. Cuando acabemos diré lo que he venido a decir. ¡Vaya, vaya, qué té tan estupendo! Se me está abriendo el apetito sólo con verlo.

A todos les ocurría lo mismo, y pronto el pan, la mantequilla, los bocadillos, los bizcochos, los pastelillos y todo lo demás desapareció como por encanto. *Tim* se sentaba junto a *Jorge*, quien de vez en cuando le daba un trozo de pastel sin que los demás lo viesen. La señora Layman hablaba continuamente y los niños estaban entusiasmados con ella.

—Bueno —dijo cuando el té se acabó—. Estoy segura de que os sentiréis intrigados por saber por qué he venido hoy a tomar el té. Quería preguntar a vuestra madre si sería posible que vosotros tres y este otro chico… ¿cómo se llama? ¡Ah sí!, *Jorge*, me ayudéis a resolver un problema.

Nadie se molestó en aclarar que *Jorge* era una niña y no un niño y que su nombre era un diminutivo de Jorgina. *Jorge*, como siempre, se mostró muy satisfecha de que la tomasen por un chico. Todos escuchaban atentamente a la señora Layman.

—Veréis lo que sucede —empezó—. Tengo una casita muy mona en las montañas, mirando hacia la bahía, y vivo allí con un sobrino,

Wifredo. Bueno, la cosa es que me veo obligada a marcharme para cuidar de un primo mío que está enfermo. Y no puedo dejar solo a Wifredo. Me gustaría saber si vuestra madre os permitiría compartir la casa con Wifredo y hacerle compañía mientras yo me encuentro fuera. Le asusta quedarse solo. Hay una buena mujer que nos va a hacer la comida y a limpiar. Pero Wifredo tiene mucho miedo a pasar la noche allí solo, en plena montaña.

—¿Se refiere a aquella casa tan bonita que tiene una vista preciosa? —preguntó Julián.

—Sí. Aunque está un poco anticuada. No hay agua corriente, ni tampoco electricidad. Tendríais que alumbraros con velas y una lámpara de petróleo. Puede que la cosa no suene demasiado bien, pero la vista compensa todas las molestias. ¿Qué decís, niños? ¿Quizás os gustaría ir y echar un vistazo antes de decidiros?

La señora Layman los interrogó con la mirada, pero nadie sabía qué decir. Finalmente habló la madre de Ana:

—Bueno, podemos ir a verla. Y si a los niños les gusta, tienen permiso para quedarse. Les encanta vivir sin personas mayores.

—Sí —asintió Julián—. Iremos a verla, señora Layman. Mamá se va a encontrar muy pronto demasiado ocupada estos días y casi preferirá verse libre de nosotros. Y a nosotros, desde luego, nos encantará estar solos.

La señora Layman parecía muy contenta.

—¿Mañana entonces? —preguntó—. Hacia las diez. ¿De acuerdo? Os entusiasmarán las vistas. Son maravillosas, maravillosas. Puede verse toda la bahía y kilómetros y kilómetros de mar… Bueno, tengo que irme. Le diré a Wifredo que acaso vengan unos niños a hacerle compañía. Es un niño monísimo, me ayuda todo lo que puede. Seguro que os llevaréis estupendamente.

Julián tenía sus dudas sobre el «monísimo» Wifredo. Incluso sospechó que lo que pretendía la señora Layman era librarse de él. No, no debía pensar así. Era una tontería. Bien, de todos modos, ya se verían al día siguiente.

—Será divertido estar solos otra vez —dijo *Jorge* cuando la señora Layman se hubo marchado—. No creo que ese tal Wifredo nos moleste demasiado. Debe de ser un niño tonto y miedoso para no quererse quedar solo en casa. Además, hay una señora que va

todos los días, ¿no? Bueno, ya lo veremos mañana. Quizás el lugar compense la lata que nos pueda dar Wifredo.



Capítulo III

WIFREDO Y LA CASA DE LA COLINA

Al día siguiente, los niños se prepararon para visitar la casita de la señora Layman.

—¿Vienes con nosotros, mamá? —preguntó Julián—. Nos gustaría saber tu opinión.

—Lo siento, pero no puedo —contestó su madre—. Tengo un montón de cosas que hacer. Además, hay una reunión en el Ayuntamiento y he prometido que asistiría.

—Siempre estás metida en jaleos, mamá —dijo Julián dándole un beso—. De acuerdo, iremos nosotros solos. En seguida nos daremos cuenta de si nos conviene o no quedarnos. Además tenemos que saber quién es ese Wifredo… Bueno. Ya son las diez menos cuarto. *Jorge* anda por ahí con *Tim*. Avisaré a los otros e iremos a buscar las bicicletas.

Pronto los cuatro pedaleaban montados en sus bicicletas, con *Tim*, como siempre, corriendo a su lado y ladrando alegremente. Para el perro, pasar el día entero con los niños constituía su máxima felicidad.

Siguieron la carretera que llevaba hasta lo alto de la montaña. Doblaron una curva y, de pronto, apareció a sus pies un impresionante paisaje: la bahía salpicada de blancas velas y un mar tan azul como el Mediterráneo. Ana se bajó en el acto de su bicicleta.

—Quiero disfrutar unos minutos de este paisaje —dijo—. ¡Qué maravilla! ¡Qué vista! ¡Qué mar tan azul!

Apoyó su bicicleta contra un muro y trepó a él para contemplar el panorama. Dick se unió a ella.

De repente, una voz gritó con fuerza: «Allá va». Y segundos después un objeto blanco cruzó el aire y vino a caer justo a los pies de Ana, que dio un salto a causa de la sorpresa.

—Es una pelota de golf —explicó Dick—. No, no la recojas. El que está jugando con ella tiene que venir a golpearla exactamente en el mismo punto donde ha caído. Menos mal que no te dio, Ana. No me había dado cuenta de que esta pared daba a un club de golf.

—Tendremos que dar un paseo por aquí —dijo Ana—. Mira qué plantas tan rojas. Son fantásticas. ¡Y qué flores! Azules, rojas, amarillas. ¡Qué bonito!

—Sí, desde luego. Si la casa de la señora Layman tiene una vista como ésta, seguro que me encantará quedarme —corroboró Dick—. Piensa lo fenomenal que tiene que ser levantarte por la mañana y descubrir este maravilloso paisaje a través de la ventana… La bahía… Las montañas de alrededor… El mar…

—Tú deberías dedicarte a la poesía —exclamó Ana, sorprendida.

En aquel momento llegaron los jugadores de golf y los niños contemplaron cómo uno de ellos se dirigía hacia la pelota y la golpeaba fuertemente, pero con gran facilidad. La pelota salió disparada por el aire y cayó muchos metros más lejos.

—¡Buen tiro! —exclamó el compañero del jugador. Y los dos se fueron tras la pelota.

—Qué juego tan tonto —comentó Ana—. Sólo hay que golpear una y otra vez la pelota dando la vuelta al campo.

—Pues a mí me gustaría tener un palo —dijo Dick—. Estoy seguro de que le daría a la pelota muy fuerte.

—Bueno, si la casa está cerca del campo de golf, quizá puedas venir a que te den clases —dijo Ana—. Estoy segura de que podrías lanzar la pelota tan lejos como ese señor.

Los otros les estaban gritando para que regresasen, por lo cual fueron a recoger sus bicicletas. Pronto estuvieron de nuevo en marcha.

—Hay que encontrar una puertecita blanca, con un cartel que ponga «Villa Montaña» —les recordó *Jorge*—. Tiene que estar en una de las laderas que miran al mar.

—Ahí está —gritó Ana—. Dejemos las bicicletas en la cuneta y vayamos hasta allí.

Así lo hicieron. Dejaron las bicicletas y pasaron por la cancela. A pocos metros se alzaba una vieja casita, orientada hacia la ladera de la montaña.

—Es como una de esas casitas de los cuentos de hadas —se entusiasmó Ana—. Tiene las chimeneas pequeñas, las paredes encorvadas, el techo ondulado cubierto de paja y las ventanas pequeñas.

Caminaron un rato por el estrecho sendero que conducía a la casa. Pronto llegaron a un pozo y se asomaron al brocal para ver el agua del fondo.

—¿Tendremos que beber de esta agua? —dijo Ana, arrugando la nariz con disgusto—. ¿Y habrá que bajar el cubo con esta cuerda? Por lo menos espero que sea potable.

—¡Hombre! Si tenemos en cuenta que la gente que ha vivido aquí la ha estado bebiendo durante años y años, me imagino que sí lo será —replicó Julián—. Busquemos la entrada de la casa. Es decir, si es que hay alguna.

Sí, había una puerta de madera. Estaba alabeada, torcida y tenía un llamador de bronce. Miraba hacia la colina y aparecía flanqueada por dos ventanitas, encima de las cuales se abrían otras dos. Julián las miró y pensó que las habitaciones a las que correspondían debían de ser muy pequeñas. ¿Habría sitio para todos?

Llamó a la puerta, pero nadie salió a abrirles. Llamó otra vez, buscando un timbre con la mirada. Pero no lo había.

—Parece que la puerta está abierta —dijo Ana.

Julián la empujó y la puerta se abrió inmediatamente. Daba a lo que debía ser un comedor-cocina-cuarto de estar.

—¿Hay alguien en la casa? —gritó Julián.

No hubo respuesta.

—Bueno —dijo Julián—. Puesto que ésta es la casa que nos dijeron que viniésemos a ver, lo mejor será que entremos.

La casita era muy vieja. Mucho. Y los muebles lo eran aún más. Dos lámparas de aceite constituían la única iluminación del cuarto. Un poco más allá, una pequeña cocina con un fogón de petróleo. Una escalera estrecha y retorcida conducía hasta el piso de arriba. Julián subió y se encontró en una enorme y oscura habitación con

muchos desconchones en el techo, cubiertos con emplastes negros y rojos.

—Esto debe de tener cientos de años —exclamó dirigiéndose a los otros—. No creo que sea lo suficientemente grande como para que quepamos todos: nosotros, la cocinera y ese Wifredo.

Apenas había acabado de hablar cuando la puerta principal se abrió y alguien entró en la casa.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —gritó el extraño—. Ésta es mi casa.

Julián bajó rápidamente las escaleras, y allí, enfrentado a sus compañeros, encontró a un niño de unos diez años, con una terrible cara de enfado.

—Este… ¿eres tú por casualidad Wifredo? —preguntó amablemente Dick.

—Sí, soy Wifredo. Y vosotros, ¿quiénes sois? —dijo el chico—. ¿Dónde está mi tía? Ya veréis qué pronto os echa fuera.

—¿Tu tía es la señora Layman? —preguntó Julián—. Ella nos pidió que viniésemos a ver su casa para decidir si queríamos quedarnos a hacerte compañía. Nos dijo que tenía que marcharse a cuidar a un primo suyo.

—Pues yo no quiero que os quedéis —replicó el chico—. Así que ya os estáis largando. Mi tía es una pesada. Siempre anda fastidiando metiéndose en lo que no le importa.

—Nos dijo que había también una cocinera —insistió Julián—. ¿Dónde está?

—Sólo viene por las mañanas y ya le he mandado que se fuese —respondió Wifredo—. Me dejó la comida preparada. Quiero estar solo. No quiero que os quedéis aquí. Largaos.

—No seas tonto, Wifredo —le reconvino Julián—. No puedes vivir aquí tú solo. No eres más que un niño.

—No estaré solo. Tengo montones de amigos —replicó Wifredo, desafiante.

—No puedes tener un montón de amigos en un lugar tan solitario como éste, con sólo las montañas y el mar a tu alrededor —añadió Dick.

—Pues sí que los tengo —replicó Wifredo—. Aquí está uno de ellos. ¡Mirad!

Metió la mano en uno de sus bolsillos y, ante el horror de las dos niñas, sacó una culebra. Ana gritó y trató de esconderse detrás de Julián. Cuando Wifredo vio lo asustada que estaba se acercó a ella, sosteniendo la serpiente por el centro, de modo que ésta se retorcía irritada.

—No te asustes, Ana —la tranquilizó Julián—. No es más que una inofensiva culebra. Guarda ese animal en tu bolsillo y no hagas más el tonto, Wifredo. Si esa serpiente es el único amigo que tienes, te vas a sentir muy solo.

—Te he dicho que tengo montones de amigos —gritó Wifredo, poniendo de nuevo la serpiente en su bolsillo—. Te pegaré un puñetazo si no me crees.

—No se lo pegarás —dijo Dick—. Enséñanos a tus otros amigos. Si son niños como tú, estamos arreglados.

—¿Niños? Yo no hago amistad con niños —repuso Wifredo, burlón—. Os demostraré que estoy diciendo la verdad. Venid a la colina y veréis a mis otros amigos.

Todos salieron de la casa y se dirigieron hacia la colina, extrañados por el raro proceder de aquel niño tan agresivo. Cuando salieron al aire libre, vieron que tenía los ojos muy azules y el pelo muy rubio.

—Sentaos aquí y estaos quietos —ordenó Wifredo—. Aquí, detrás de este arbusto. Y no mováis ni un dedo. Pronto os convenceréis de que sí tengo amigos. No sé cómo os atrevéis a venir aquí y dudar de mi palabra.

Todos se sentaron obedientemente detrás del arbusto, extrañados y divertidos. El niño se sentó también y sacó algo del bolsillo. ¿Qué sería? *Jorge* trató de verlo, pero Wifredo lo guardaba medio escondido en una de sus manos.

De pronto se lo llevó a la boca y empezó a silbar. Era un silbido bajo, fascinante, que iba creciendo en intensidad para luego volver a descender hasta morir. No se trataba de ninguna canción, de ninguna melodía, sino de un sonido que se metía muy dentro del corazón. «Triste —pensó Ana—; como los cantos de los funerales».

Algo se movió en mitad de la colina y, de súbito, ante el asombro de todos, apareció un animal: ¡una liebre! Tenía muy tiesas las orejas y sus ojos miraban fijamente al niño. De repente la

liebre se dirigió directamente hacia Wifredo y comenzó a bailar. Pronto se presentó otra, aunque ésta se limitó a mirar. La primera parecía haberse vuelto loca y daba saltos alrededor del muchacho sin mostrar el menor temor.

El silbido cambió de intensidad, lo que hizo que asomara un conejito. Luego otro y otro. Uno de ellos se acercó a los pies de Wifredo y comenzó a olisquearle, moviendo sus bigotes. Luego se echó junto al niño.

Más tarde fue un gorrión el que descendió de una rama para posarse junto al niño, mirando fascinado a la liebre. Ni se dio cuenta de la presencia de los otros niños. Todos contenían el aliento, sorprendidos y al mismo tiempo encantados ante aquel curioso y raro espectáculo.

De pronto *Tim* emitió un gruñido. No tenía intención de hacerlo, pero no pudo evitarlo. En un instante, la liebre, los conejos y el gorrión desaparecieron asustados.

Wifredo miró hacia ellos, con los ojos relampagueantes de rabia. Alzó la mano para pegar a *Tim*, pero *Jorge* lo detuvo agarrándole el brazo.

—Déjame —gritó Wifredo—. Este perro ha asustado a mis amigos. Cogeré un palo y le pegaré. Es el perro más malo del mundo. Es…

Y entonces ocurrió algo muy extraño. *Tim* se acercó tímidamente a Wifredo, se echó a su lado y apoyó su cabeza sobre las rodillas del niño. El chico, que tenía ya la mano alzada para pegarle, la bajó suavemente y comenzó a rascarle la cabeza, mientras emitía un extraño sonido.

—¡*Tim*! ¡Ven aquí! —ordenó *Jorge*.

La niña estaba enfadada y muy asombrada de que su perro, su propio perro, se sintiese tan a gusto con un niño que había estado a punto de pegarle. *Tim* se levantó, lamió las manos de Wifredo y volvió junto a *Jorge*.

El niño se quedó mirándolo y luego dijo:

—Podéis quedaros en mi casa si traéis también al perro. No hay muchos como él. Es un perro estupendo. Me gustaría que fuese uno de mis amigos.

E inmediatamente, sin decir una palabra más, echó a correr

montaña arriba, dejando a los niños extrañadísimos, y a *Tim* gimiendo, triste, porque se iba.

—¡Vaya, vaya, *Tim*! Algo extraño debe de tener este niño para que te quedes mirándole, como si acabases de perder a uno de tus mejores amigos.

Capítulo IV

INSTALÁNDOSE EN LA CASA

Los cuatro niños habían quedado en silencio. Sólo *Tim* movía su rabo y gemía suavemente. Quería que aquel niño volviese.

—Bueno, muchas gracias, *Tim* —dijo al fin Ana acariciándolo—. No hubiésemos podido quedarnos en esta vieja casa, con una vista tan magnífica, si no te hubieses hecho amigo de Wifredo. ¡Qué chico más extraño!

—Muy extraño —confirmó *Jorge*, todavía sorprendida de que *Tim* hubiese hecho tan buenas migas con él, a pesar de que al principio había querido pegarle—. No sé si me llevaré bien con él…

—No seas tonta, *Jorge* —le reprochó Dick, impresionado aún por la fácil amistad del niño con la liebre, los conejos y el gorrión—. Ese chico debe de querer muchísimo a los animales. No se hubiesen acercado a él de esa manera si no tuviesen en él una confianza absoluta. Una persona a la que le gustan tanto los animales no puede ser mala.

—Apuesto a que yo también conseguiría que se me acercasen si tuviese ese silbato —dijo *Jorge*, decidida a pedírselo prestado a Wifredo en cuanto pudiese.

Ana regresó a la casa. La encantaba.

«Debe de ser viejísima —pensó—. Parece como si se pasase el día soñando, llena de recuerdos de todas las gentes que han vivido en ella y la han querido. ¡Cómo les habrá gustado esta vida, con tantos kilómetros y kilómetros de hierba, el mar y ese cielo tan grande y tan azul! Es un sitio maravilloso, feliz. Hasta las nubes parecen felices, tan blancas. ¡Qué contraste con el azul del cielo!».

Ana exploró toda la casa. Decidió que las habitaciones de arriba

serían para los tres chicos. Encontró en ellas dos colchones, uno pequeño y otro mayor.

«En el pequeño dormirá Wifredo —pensaba—, y el grande será para Dick y Julián. *Jorge* y yo podemos dormir abajo, con *Tim* para que nos vigile. Me pregunto si habrá algunas mantas sobre las que poder echarse. A ver… Sí, esto es una cama plegable. Irá muy bien para nosotras».

Se lo estaba pasando maravillosamente. Aquélla era la clase de tareas que le gustaban: arreglarlo todo para los otros. Encontró una pequeña despensa en la que había algunas latas de conservas y un recipiente con leche, pero ésta estaba agria. Vio también dos barras de pan ya endurecido y una lata de bizcochos muy duros también.

«La señora Layman no parece ser muy buena ama de casa —pensó—. Tendremos que bajar al pueblo y comprar algo para llenar la despensa. Podríamos traer jamón; a los chicos les encantará. Nos lo vamos a pasar estupendamente».

Julián se acercó para ver lo que estaba haciendo. Al hallarla tan sonriente, bromeó:

—¿Qué, haciendo de madrecita, como siempre? ¿Decidiendo quién va a dormir aquí y allá, quién hará la compra y quién fregará los platos…? Querida Ana, no sé qué haremos el día que vayamos de excursión sin ti.

—Me gusta hacer esto —contestó Ana—. Julián, necesitamos una o dos mantas, una almohada, comida y…

—De acuerdo, de acuerdo. Iremos a casa y cogeremos ropa y todo lo que haga falta —repuso Julián—. En el camino hacia aquí compraremos toda la comida que necesitemos. Me pregunto si esa mujer de la que habló la señora Layman vendrá a ayudarnos a preparar la comida.

—Bueno… —dudó Ana—. Wifredo dijo que la había mandado que se marchase. Además, la casita es tan pequeña que me parece que será mejor que nos las arreglemos nosotros solos. Yo podría encargarme de cocinar, aunque de todas maneras podemos pasarlo estupendamente comiendo sólo cosas frías. Será fácil acercarnos hasta el pueblo en bicicleta cada vez que nos haga falta algo.

—¡Escucha! —le advirtió de pronto Julián—. Me parece que alguien nos llama.

En efecto, alguien les llamaba. Julián salió a la puerta y vio a la señora Layman en la cancela del jardín. Se acercó corriendo a saludarla.

—Nos gusta muchísimo la casa —le dijo en seguida Julián—. Si está usted de acuerdo, nos instalaremos hoy mismo. Podemos llegarnos en un momento a casa y traer todo lo que nos haga falta. Es un sitio magnífico y el paisaje es el más maravilloso que he visto en mi vida.

—Bueno, es que esta bahía es la segunda del mundo —le explicó la señora Layman—. Sólo la supera la de Sidney, en Australia. No me extraña que vuestros ojos disfruten con el espectáculo.

—Ya lo creo que sí —contestó Julián—. Es sorprendente. Y está todo tan azul… Me gustaría saber pintar para conservarlo en un cuadro. Lo malo es que no sé… Bueno, un poco sí, pero se me da muy mal.

—¿Qué tal os ha ido con Wifredo? —preguntó la señora Layman con ansiedad—. Es… Bien, algunas veces se pone pesado e incluso muy antipático. No tiene hermanos que le ayuden a mejorar su carácter, ¿sabes?

—¡Bah! No se preocupe usted por Wifredo —la tranquilizó Julián sonriendo—. No se pasará de la raya y hará lo que se le diga. Ya lo cambiaremos entre todos. Es una maravilla cómo trata a los animales, ¿verdad?

—Sí, supongo que sí —contestó la señora Layman—. Aunque la verdad es que no me gusta que ande siempre con serpientes como mascotas, escarabajos y búhos que vienen todas las noches a la chimenea para ver si Wifredo quiere hablar con ellos un rato.

Julián rió.

—Bueno, a nosotros no nos importa. Además, se las ha arreglado estupendamente con la parte más difícil. Se ha hecho muy amigo de nuestro perro, *Tim*. Hasta nos dijo que podíamos quedarnos aquí con la condición de que *Tim* se quedase también.

La señora Layman se rió a su vez.

—Sí; eso es muy propio de Wifredo —dijo—. Es un chico muy extraño. No le hagáis demasiado caso.

—No se lo haremos —respondió Julián—. Lo que me sorprende es que no se niegue a quedarse con nosotros. Me parece que le

gustaría más volver a su casa que vivir aquí con un grupo de niños a los que no conoce.

—No puede volver a su casa —respondió la señora Layman—. Su hermana tiene el sarampión y su madre no quiere que se lo contagie. Así que me temo que tendréis que aguantarlo.

—Pues él tendrá que aguantarnos también a nosotros —dijo Julián—. Muchas gracias por dejarnos su casa, señora Layman. No se preocupe, ya tendremos cuidado con todo.

—Sí, estoy segura de que lo tendréis —afirmó la anciana señora —. Bueno, adiós, Julián, divertíos mucho. Yo me voy en el coche. Dale recuerdos a Wifredo. Y espero que no me llene la casa de animales.

—Eso a nosotros no nos preocupa —aseguró Julián. Y aguardó cortésmente hasta que la señora Layman hubo partido en su coche.

Volvió a la casa y se quedó en el porche, contemplando el magnífico panorama que se extendía a sus pies. La bahía estaba llena de embarcaciones, pequeñas y grandes. Un vapor la cruzaba de lado a lado, dirigiéndose hacia el puerto. Ana se reunió con su hermano.

—Es maravilloso, ¿verdad? —dijo—. Estamos tan altos que parece que tengamos la mitad del mundo a nuestros pies. Aquello que hay allá en medio, ¿es una isla?

—Sí, y con mucha arboleda —contestó Julián—. Me gustaría saber cómo se llama y si vive alguien allí. Desde aquí no se ve ninguna casa.

Dick les llamó:

—¡Ana! *Jorge* y yo vamos a coger nuestras bicicletas para ir hasta el pueblo. Danos una lista con todo lo que necesites. Julián, ¿quieres que te traigamos algo de casa aparte tu pijama, las cosas de aseo y una muda?

—Sí, esperad un momento —dijo Julián, corriendo hacia la casa —. He hecho una lista de lo que me hacía falta. Aunque, espera. Lo mejor será que vaya con vosotros. Tenemos que traer comida y otras cosas, a menos que mamá quiera traérnoslo todo esta noche en el coche.

—Sí, es una buena idea —asintió Dick—. Iremos primero a «Villa Kirrin», para recoger todas las cosas de *Jorge*, y luego a casa.

Le dejaremos a mamá todas las compras y nuestro equipaje preparado para que nos lo traiga en el coche. Le encantará el paisaje.

—Yo me quedaré a limpiar un poco todo esto y a ver si consigo hacer funcionar la cocina —dijo Ana, feliz—. Cuando mamá venga esta noche ya lo tendré todo en orden. ¡Ah!, aquí está Julián con la lista. Puedes irte tranquilo, Julián. Yo me lo pasaré muy bien arreglando todo esto.

—De acuerdo —dijo Julián, metiéndose la lista en el bolsillo—. Cuídate, Ana. Nos llevamos a *Tim* para que pasee un poco.

Y se fueron los tres. *Tim* corría tras ellos, contento de tener la oportunidad de dar un paseo. Ana esperó hasta que se perdieron de vista y se metió de nuevo en la casa. Estaba ya casi dentro cuando oyó que alguien la llamaba. Se volvió y vio a una mujer regordeta de cara sonriente que le hacía señas.

—Soy Sally —gritó la mujer—. ¿Quiere que le ayude a hacer la limpieza o a preparar la comida? Wifredo me dijo que no viniese, pero si me necesita me quedaré.

—Gracias, Sally —repuso Ana—. Creo que me las arreglaré yo sola. Somos muchos y entre todos podemos hacer todo lo que haga falta. ¿Duerme usted aquí?

—No, señorita —contestó Sally acercándose—. Sólo vengo a echar una mano y luego me voy a casa. Si me necesita alguna vez, no tiene más que avisarme y vendré con mucho gusto. ¿Dónde está ese mico de Wifredo? Esta mañana me habló con unos malos modos horribles. Ya se lo diré a su tía. Le toma el pelo a la pobre señora. No haga usted caso de las tonterías que diga.

—No pienso hacérselo en absoluto —sonrió Ana—. ¿En dónde vive usted, por si la necesito?

—Justo al otro lado de la carretera, en el bosquecillo. Cuando pasen por allí con sus bicicletas, verán en seguida mi casa.

Dicho esto, se fue y pronto se perdió de vista. Ana siguió con los trabajos de la casa. Después de limpiar la despensa, encontró un cubo y se dirigió al pozo. Colgó el cubo en el gancho que había al extremo de la cuerda y lo hizo descender suavemente. Pronto estuvo lleno de agua y lo subió. El agua era cristalina y fría como el hielo, pero aun así Ana se preguntó si no sería necesario hervirla

para desinfectarla.

Alguien se acercó despacito y se arrojó de pronto sobre ella, lanzando un fuerte grito. Ana dejó caer el cubo y chilló. Al volverse, descubrió a Wifredo que daba saltos a su alrededor, sonriendo.

—¡Idiota! —exclamó Ana—. Ahora tendrás que subirme tú el agua.

—¿Dónde está el perro? —preguntó Wifredo mirando a su alrededor—. No lo veo por ninguna parte. Ya os dije que no os permitiría quedaros a ninguno de vosotros si no se quedaba también el perro. Me gusta. ¡Es un perro estupendo! ¿Por qué no lo habéis dejado aquí conmigo?

—Se ha ido al pueblo con los otros —dijo Ana—. Ahora, ¿quieres hacer el favor de recoger el cubo y subirme el agua?

—No, no me da la gana —contestó Wifredo—. Yo no soy tu criado. Súbetela tú misma.

—Muy bien, yo lo haré. Pero le diré a *Jorge*, la dueña de *Tim*, lo antipático que eres. Y ya puedes estar seguro de que entonces *Tim* no querrá ser tu amigo —dijo Ana recogiendo el cubo del suelo.

—Te subiré el agua. Yo te la subiré —gritó Wifredo arrebatándole el cubo de la mano—. Y no te atrevas a decirle a *Jorge* nada sobre mí. ¡Pobre de ti como lo hagas!

Rápidamente hizo descender el cubo al interior del pozo. «Bueno —pensó Ana—. ¡Vaya días que vamos a pasar con este chico tan raro!». A Ana no le gustaba en absoluto.



Capítulo V

ANA DA LA SORPRESA

Wifredo le entregó el cubo a Ana.

—¿Quieres ver mis escarabajos? —le preguntó.

—No, gracias —rechazó Ana—. Los escarabajos no me gustan demasiado.

—Pues tienen que gustarte —insistió Wifredo—. Tengo dos preciosos. Puedes quedarte con el que más te guste. Da una sensación muy rara cuando se pasean por encima de la mano.

—No me molestan los escarabajos, pero no me apetece que se me paseen por la mano —dijo Ana, a la que no le gustaban nada los insectos—. Vete a jugar por ahí, Wifredo. Si tuvieses un poco de educación, te hubieses ofrecido para llevarme el cubo hasta la casa.

—Pero es que no tengo educación —replicó Wifredo—. Todo el mundo me lo dice. De todos modos, si tú no quieres ver mis escarabajos, yo no quiero llevarte el cubo.

—Anda, vete ya de una vez —exclamó Ana exasperada, recogiendo el cubo.

Wifredo se acercó a un pequeño arbusto y se echó sobre la hierba. Acercó la cara casi hasta el suelo, observando algo debajo del arbusto. Ana se sintió molesta. ¿Es que iba a llamar a sus escarabajos? Dejó el cubo en el suelo y esperó a ver qué sucedía.

No salió ningún escarabajo, pero sí otro animal. Se trataba de un enorme y repugnante sapo, que se quedó sentado mirando a Wifredo con cara de muy buenos amigos. Ana estaba extrañadísima. ¿Cómo sabía Wifredo que el sapo se encontraba debajo de aquel arbusto? ¿Y cómo era posible que éste saliese de su escondite para ver al niño? Se quedó mirándolos a prudente distancia, porque no le

agradaban en absoluto los sapos.

«Sé que tienen unos ojos muy bonitos, que son inteligentes y que se comen todos los insectos dañinos —pensó—. Pero, a pesar de todo, no puedo soportar que se me acerquen. ¡Huy! Wifredo lo está acariciando…».

—Ven a saludar a mi sapo —le gritó Wifredo—. Si lo haces, te llevaré el cubo.

Ana recogió el cubo y se dispuso a salir disparada, temerosa de que a Wifredo se le ocurriese a continuación silbar para que acudiesen sus amigas las culebras. ¡Vaya niño! Ana sentía unas ganas tremendas de que regresasen los otros. Wifredo era capaz de tener amistad incluso con una enorme boa o con un cocodrilo… Bueno, estaba pensando tonterías. Ojalá los otros volviesen pronto.

Horrorizada, vio como el sapo se acercaba hasta Wifredo y subía a su mano, mirándole fijamente con sus bonitos ojos. Aquello fue demasiado para Ana. Volvió corriendo a la casa, tirando la mitad del agua por el camino.

«Me gustaría ser como *Jorge* —pensaba—. A ella no le asustaría ese sapo. Soy una tonta. No sé por qué no han de gustarme todos los animales».

De pronto vio una enorme araña en la puerta, que la miraba fijamente.

—¡Wifredo! ¡Wifredo! —gritó asustada—. Por favor, quita esta araña de aquí.

Wifredo se acercó, afortunadamente sin el sapo. Tendió su mano a la araña, emitiendo al tiempo un extraño sonido con los labios. El animal se acercó a la mano, la examinó cuidadosamente con sus antenas y subió. Ana no pudo soportar el espectáculo. Cerró los ojos. Cuando los abrió, la araña ya había desaparecido y con ella Wifredo.

«Me imagino que ahora estará enseñándola a bailar —pensó, tratando de sonreír—. No comprendo cómo todos los animales, lo mismo los insectos que los pájaros, le quieren tanto. Yo no puedo soportarle. Si fuese un conejo, un gorrión o un escarabajo, escaparía de él lo más lejos que pudiese. ¿Qué tendrá para atraer a los animales?».

Wifredo había desaparecido y Ana reemprendió los trabajos

domésticos.

«Limpiaré primero el cuarto de los chicos. Luego fregaré la sala, haré la lista de las cosas que hay en la despensa, limpiaré esta ventana tan sucia… ¿Qué es eso?».

Era la algarabía de los gorriones piando alegremente, un sonido muy agradable. Ana se asomó a la ventana. ¡Vaya espectáculo! Wifredo estaba en el jardín con un pájaro en cada mano y otro posado sobre su cabeza. El de la cabeza cantaba tranquilamente, enredadas sus patitas entre la enmarañada cabellera del niño.

—Ven aquí y le diré a uno de mis gorriones que se pose en tu cabeza —la llamó Wifredo—. ¡Es fantástico! ¿O prefieres que haga venir a un conejito? Puedo llamarlo con mi silbato.

—No quiero ningún pájaro en la cabeza —exclamó Ana, desesperada—. Por favor, llama a un conejito. Eso sí que me gustaría.

Wifredo hizo volar los gorriones de sus manos y agitó su cabeza con fuerza para que se marchase el que estaba posado en ella. Luego se sentó y sacó su extraño silbato. Ana esperaba, fascinada, mientras aquel extraño sonido llegaba a sus oídos. Sin pensarlo, se encontró caminando hacia el jardín. ¿Era posible que aquel silbato le atrajese también a ella, como a los animalitos?

Se detuvo en el umbral de la puerta justo en el momento en que un conejo salió de entre las hierbas. Era divertido verle tan gordito, con un rabo que parecía un copo de algodón y las orejas muy tiesas. Se dirigió directamente hacia Wifredo y se sentó a su lado. El niño aproximó su rostro a él y le dijo algo en voz baja. Entonces el conejo se acercó muy despacito a Ana.

—Ahí tienes el conejito que me pediste —le dijo Wifredo—. ¿Quieres acariciarlo?

Ana se tendió despacito sobre la hierba temiendo que el conejito saliese huyendo. Wifredo se había reunido con ellos y lo estaba acariciando, mientras el animalillo lo miraba fijamente con sus ojitos azules. Ana se aproximó un poco más para acariciarlo también y el conejo salió corriendo, asustado.

—¡Qué pena! No tendría que haberme acercado —exclamó Ana, desilusionada—. Parecía tan a gusto a tu lado. ¿Cómo haces para que no te teman todos estos animales?

—No te lo diré —respondió Wifredo—. ¿Hay algo para comer en casa? Tengo hambre.

Apartó a Ana a un lado y entró en la casa. Se dirigió directamente a la despensa y cogió una lata. Dentro había un pastel y el muchacho cortó un enorme trozo de él. No se molestó en invitar a Ana.

—Podías haber cortado también un trozo para mí —dijo la niña—. Desde luego, eres muy mal educado.

—Me gusta ser mal educado —repuso Wifredo comiendo su pastel—. Sobre todo cuando viene a mi casa gente que no me gusta.

—¡No seas estúpido! —protestó Ana—. En primer lugar, ésta no es tu casa, es de tu tía. Ella nos lo dijo. Además, dijiste que podríamos quedarnos si *Tim* se quedaba.

—Pronto conseguiré que *Tim* sea mío —dijo Wifredo, dando otro mordisco al pastel—. Os lo demostraré. Pronto no querrá a esa niña y me seguirá a mí día y noche. Ya lo verás.

Ana se echó a reír. ¿*Tim* siguiendo a aquel mequetrefe? Eso era completamente imposible. Quería a *Jorge* con toda su alma perruna y nunca la abandonaría por mucho que Wifredo tocase su silbato. Estaba absolutamente segura.

—Si te ríes de mí llamaré a mi serpiente —la amenazó Wifredo—. Ya verás como entonces echas a correr.

—Me parece que el que va a correr vas a ser tú —dijo Ana.

Y, entrando a toda velocidad en la casa, cogió el cubo de agua y se lo volcó encima al sorprendido Wifredo. Sin embargo, había alguien que se sentía más sorprendido que él. Ese alguien era Julián, que acababa de llegar. Se había adelantado a los otros porque no quería dejar demasiado tiempo sola a su hermana.

Había llegado justo a tiempo para ver como Ana dejaba a Wifredo calado hasta los huesos. Quedó extrañadísimo. ¿Cómo era posible que Ana actuase de aquel modo? ¿Ana enfadada cuando era la más pacífica de todos? ¿Qué estaba ocurriendo allí?

—¡Ana! —gritó—. ¿Qué pasa? ¿Qué te ha hecho Wifredo?

—¡Julián! —exclamó Ana, contentísima de ver a su hermano, pero avergonzada al mismo tiempo de que hubiese llegado en aquel preciso momento.

Wifredo, mojado de pies a cabeza, permanecía inmóvil como

una estatua, sin saber cómo reaccionar, aunque a punto de estallar de rabia. No podía comprender cómo Ana, que se asustaba hasta de un escarabajo, se había atrevido a ducharlo de aquel modo.

—¡Esta maldita niña! —gritó—. Esta odiosa niña me ha tirado todo el cubo de agua encima y me ha dejado hecho una sopa. No le consentiré que se quede en mi casa.

Así tan rabioso, tan chorreante de agua, el niño presentaba un aspecto tan cómico que Julián no pudo contenerse y se echó a reír con todas sus fuerzas. Se lo estaba pasando en grande. Dio una amistosa palmada en la espalda de su hermana.

—¡Vaya! ¿Conque la mosquita muerta se ha transformado en un tigre? Tenías razón al decirnos que algún día nos ibas a dar una sorpresa. Y la verdad es que no has perdido el tiempo. Déjame ver si te han salido las garras.

Tomó la mano de Ana y fingió que examinaba las uñas. Ana, medio riendo, medio llorando, retiró la mano.

—¡Dios mío, Julián! No debiera haberle mojado. Pero se ha puesto tan pelma que me he enfadado y no he podido aguantar más…

—De acuerdo, de acuerdo, no te preocupes. De vez en cuando conviene desahogarse. Apuesto a que Wifredo se lo merecía y espero que el agua estuviese bien helada. ¿Tienes ropa para cambiarte, Wifredo? Anda, ve a mudarte.

El chico seguía sin moverse, completamente calado, sin hacer caso de Julián. Éste habló de nuevo para ordenarle:

—Ya has oído lo que te he dicho, Wifredo. ¡Ve a cambiarte la ropa!

Wifredo parecía tan triste y compungido que Ana lamentó mucho el haberle mojado. Corrió hacia él y le puso una mano sobre el hombro.

—Lo siento —dijo—. De veras que lo siento. No comprendo cómo he podido ponerme tan furiosa.

—Yo también lo siento —murmuró Wifredo, sin saber si reír o llorar—. Eres muy simpática. Y tu nariz es como la de un conejito.

Corrió hacia la casa y cerró la puerta con fuerza.

—Déjalo tranquilo por el momento —aconsejó Julián, viendo que Ana trataba de salir tras él—. Esto le sentará bien. Nada mejor

que un buen cubo de agua fría para hacerle ver las cosas tal como son. Casi se emocionó cuando le dijiste que lo sentías. No creo que nadie le haya pedido perdón en su vida.

—¿Y tú crees que de verdad tengo nariz de conejo? —preguntó Ana, preocupada.

—Sí, un poquito —respondió Julián, riendo—. Pero la nariz de un conejito es bonita, muy bonita. No creo que después de esto vuelvas a tener más problemas con Wifredo. Él no podía saber que además de una nariz de conejo tenías un corazón de tigre.

Wifredo salió de la casa diez minutos más tarde, cambiado y con sus ropas húmedas en la mano.

—Tenderé tu topa en un arbusto para que se seque al sol —dijo Ana sonriendo. Y se las cogió del brazo. El niño le devolvió la sonrisa.

—Gracias. No entiendo cómo se han podido mojar tanto. Debe de haber llovido a cántaros.

Julián se rió y le dio un golpecito amistoso en la espalda.

—La lluvia resulta a veces muy útil —dijo—. Bueno, Ana, te hemos traído un montón de provisiones para llenar la despensa. Ahí llegan los demás. Te lo pondremos todo en la cocina; Wifredo nos ayudará.



Capítulo VI

LAS HISTORIAS DE LUCAS

Resultó divertido colocar en la despensa todo lo que habían comprado. Ana disfrutó más que ninguno, ya que la encantaba todo lo que se relacionase con la casa.

—Es un ama de casa estupenda —comentó Dick cuando vio lo bien ordenado y limpio que había quedado el cuarto de los chicos —. Tenemos el sitio justo para nosotros tres y el equipaje.

Ana miró orgullosa su despensa y sonrió. Ahora podría preparar unas comidas estupendas para su pequeña «familia». ¡Cuántas latas! Empezó a leer los nombres: ensalada rusa, peras en almíbar, melocotón en almíbar, sardinas, atún, jamón, foie-gras, una lata enorme de pastel que duraría por lo menos tres días, bizcochos, chocolate…

La niña se sentía muy feliz mientras lo iba colocando todo en orden. Ya no estaba apenada por haber mojado al pobre Wifredo, aunque no podía evitar una extraña sensación al recordar cómo se había transformado de repente en una especie de tigre. Era divertido ser tigre de vez en cuando. «Quizá tenga que sacar las uñas alguna que otra vez si no hay más remedio —pensaba—. Qué sorprendido parecía Wifredo. Y Julián también. Pobre Wifredo, ahora está mucho más simpático».

Ya lo creo que lo estaba. Se comportaba con mucha más amabilidad con las niñas y ya no se mostraba tan impertinente. Lo pasaban muy bien en la casa. Casi siempre comían en el jardín, sentados sobre la hierba. Ana se entretenía muchísimo preparando la comida, algunas veces con la ayuda de *Jorge*, y los chicos lo llevaban después todo afuera. Wifredo les ayudaba y se ponía muy

contento cuando recibía una amistosa palmada en la espalda.

Era fantástico sentarse al sol en lo alto de la colina. Podían ver desde allí toda la bahía, los yates y los botecitos, y disfrutar del maravilloso paisaje.

Jorge seguía muy intrigada por la isla.

—¿Cómo se llama? —le preguntó en una ocasión a Wifredo.

Pero éste no lo sabía. En cambio conocía la extraña historia que se contaba sobre la misma.

—Al parecer perteneció a un hombre solitario —dijo—. Vivía en una gran casa en mitad del bosque. La isla se la había regalado un rey, creo que Jorge II, a su familia y él era el último heredero. Había gente que deseaba comprarla, pero él había contratado a unos guardas que no dejaban que nadie pusiese los pies en ella. Los guardas eran muy feroces e iban armados con escopetas.

—¿Y disparaban contra todo el que se acercaba? —se interesó Dick.

—Bueno, me imagino que dispararían sólo para asustarlos, no para herirlos. De todos modos, los que trataban de desembarcar se llevaban un buen susto. ¡BANG! ¡BANG! ¡Venga tiros a su alrededor! Mi tía me contó que un hombre que ella conocía y que tenía mucho dinero intentó un día desembarcar en la isla y que los guardas le hicieron volar el sombrero de un disparo.

—¿Vive ahora alguien allí? —preguntó Julián—. Supongo que aquel hombre habrá muerto ya. ¿Tenía algún heredero que se quedase con la isla?

—No lo creo —respondió Wifredo—. Ya os he dicho que no sé mucho sobre la isla. Pero conozco a alguien que sí lo sabe, uno de los empleados del campo de golf. Se llama Lucas. Hace años fue uno de los guardas que no dejaban desembarcar a nadie en la isla.

—Sería la mar de interesante poder hablar con él —dijo Dick—. Además, me gustaría dar una vuelta por el campo de golf. Papá juega muy bien y yo sé un poquito.

—Bueno, ¿y por qué no vamos ahora mismo? —propuso *Jorge*—. *Tim* está deseando dar un paseo, aunque ha venido corriendo desde el pueblo tras nuestras bicicletas. ¿Qué te parece un paseo, *Tim*? ¿Eh, un paseíto?

—Guau, guau —respondió *Tim*, saltando lleno de alegría. ¿Un

paseo? Desde luego que tenía ganas de dar un paseo. Correteó alrededor de *Jorge*, fingiendo morderle los pies. Wifredo trató de cogerlo, aunque sin conseguirlo.

—Me gustaría que fueses mi perro —dijo—. No te dejaría nunca separarte de mi lado.

Tim se acercó a él y le dio un cariñoso lengüetazo. Era fantástico ver como le quería. Nadie lo entendía. Como dijo *Jorge*:

—*Tim* no suele ser partidario de hacer nuevas amistades. Pero, al fin y al cabo, Wifredo está siendo ahora mucho más simpático que antes.

Los cinco, junto con Wifredo, subieron la colina, cruzaron la carretera, luego un muro y se encontraron en los terrenos del campo de golf, cerca de uno de los agujeros, junto al que había una bandera roja.

Wifredo no sabía demasiado sobre golf. Sus amigos, en cambio, habían visto muchas veces jugar a sus padres.

—Mirad, alguien va a tirar la pelota hacia ese agujero —advirtió Julián.

Todos permanecieron atentos a que el hombre golpease la pelota. Dio un fantástico golpe y la pelota cayó muy cerca del agujero, a menos de un palmo del mismo.

Tim salió corriendo hacia allí, como hacía siempre que veía correr una pelota. De repente se acordó de que estaba en un campo de golf y que le habían advertido que nunca tocase una pelota en uno de aquellos lugares. Los jugadores se acercaron y pronto desaparecieron para seguir haciendo hoyos.

—Ahora vayamos a ver si podemos encontrar a Lucas —dijo Wifredo, mirando a su alrededor—. Os gustará. Conoce a todos los animales y pájaros de esta región. ¡Es un hombre estupendo!

Wifredo subió a la parte más alta del campo de golf y buscó a Lucas con la mirada.

—Allí está —dijo por fin, señalando a un hombre que se encontraba en uno de los fosos—. Está limpiándolo de hierba con su hoz.

Los niños se dirigieron hacia allí.

—Apuesto a que aparece un montón de pelotas en ese foso —dijo Wifredo—. ¡Hola, Lucas! ¿Qué tal está usted?

—Buenas tardes —saludó el hombre volviéndose hacia ellos.

Tenía la cara muy morena y sus brazos y hombros aparecían casi negros. No llevaba camisa y sus brillantes ojos miraron a los cinco niños y al perro.

Acarició a *Tim*, que le lamió cariñosamente, agitó alegremente el rabo, lo olisqueó y luego se tendió a su lado, apoyando la cabeza sobre uno de los pies del hombre.

—¡Vaya! —exclamó el hombre—. ¿Crees que voy a pasarme aquí toda la tarde? Pues estás muy equivocado. Tengo mucho trabajo que hacer, así que levántate. Estás echado encima de mi pie y no me dejas mover. O es que quieres que descanse un poco, ¿eh?

—Lucas, hemos venido a preguntarle algo —dijo Wifredo—. Es sobre la isla de la bahía. ¿Cómo se llama? ¿Vive alguien allí?

—Se ve desde la casita, al otro lado de la carretera —intervino Dick—. Desde allí parece tranquila y solitaria.

—Sí, así es —confirmó Lucas.

Con mucha calma, se sentó en el suelo. *Tim* se echó inmediatamente a su lado, muy contento. Lucas le rodeó el cuello con uno de sus brazos y empezó a hablar, mirando ya a uno, ya a otro de los chicos. Se mostraba tan simpático y natural que los niños tuvieron la impresión de encontrarse con un viejo amigo.

—La isla siempre ha sido un lugar misterioso —empezó Lucas—. Algunos la llaman la isla de los Lamentos, debido a que el viento produce un extraño gemido al chocar contra sus acantilados. Otros la llaman la isla de los Susurros, porque está llena de árboles que murmuran bajo la fuerza del viento que siempre sopla contra la isla. Pero la mayoría de nosotros la llamamos la isla de Vete, a causa de que nadie ha sido nunca bienvenido a ella. Todo allí es hostil: los oscuros acantilados, las traidoras rocas, los bosques densos, la gente que vivía en ella…

Lucas hizo una pausa y miró los atentos rostros de los niños. Era un cuentista nato. ¡Cuántas veces había escuchado Wifredo sus historias sobre los animales y los pájaros de la isla! Lucas era una de las pocas personas a quien Wifredo admiraba y quería.

—Siga, Lucas, por favor —le urgió—. Cuéntenos algo sobre el hombre que odiaba el mundo y que compró la isla hace años.

—Os estoy contando la historia a mi manera —protestó Lucas,

muy digno—. Si te pones impaciente, volveré otra vez a mi trabajo. Siéntate y quédate quieto como este perro. ¿Ves? Ni siquiera mueve un solo músculo. Bueno, vayamos al hombre rico que odiaba a todo el mundo. Tenía tanto miedo de que le robasen, que compró esa isla solitaria y se construyó un enorme castillo en la parte más espesa del bosque. Cortó unos cientos de árboles para tener espacio y se trajo de tierra firme toda la madera y las piedras que necesitaba para construirlo. ¿Visteis la vieja cantera que hay junto al campo de golf?

—Sí —confirmó Julián—. Y pensamos que al pobre que se le caiga ahí la pelota no tendrá más remedio que buscarse otra si quiere seguir jugando.

—Pues bien —continuó Lucas—. De esa cantera salieron todas las piedras que el viejo empleó para construir su castillo. Se dice que fue preciso construir barcos especiales de casco muy plano, para transportarlas hasta la isla. El camino que cruza el campo de golf lo hicieron los caballos que las arrastraban hasta el borde del agua.

—¿Había nacido usted en aquella época? —preguntó Wifredo.

—No, claro que no —respondió Lucas, con una gran carcajada —. Eso sucedió mucho antes de que yo naciese. Bueno, por fin construyó el castillo y llevó hasta allí todos sus tesoros: bellísimas estatuas, incluso algunas de ellas de oro, dicen, aunque yo no lo creo. Se cuentan muchas historias sobre la isla de los Susurros y las cosas que el viejo millonario guardaba en ella: una cama de oro macizo adornada con piedras preciosas, un collar de rubíes grandes como huevos de paloma, una espada con un puño de piedras preciosas que valían una fortuna y otras muchas cosas que no recuerdo…

Hizo una nueva pausa, que aprovechó Julián para dirigirle una rápida pregunta.

—¿Y qué pasó con el tesoro?

—Una mañana se acercó a la isla una flotilla de embarcaciones de todas clases. Aunque muchas de ellas no consiguieron llegar a tierra, puesto que chocaron con las afiladas rocas, el resto de los hombres logró desembarcar. Entraron en el castillo y mataron al viejo y a todos sus criados.

—¿Y encontraron el tesoro?

—¡Ni rastro! —afirmó Lucas—. Ni una sola moneda de oro. Muchos dicen que todo aquello no era sino una leyenda y que el viejo nunca trajo a la isla semejantes tesoros. Otros aseguran que sigue allí, escondido. En mi opinión, todo eso no es más que un cuento. Muy interesante, eso sí, pero sólo un cuento.

—¿Quién es ahora el dueño de la isla?

—Bueno, primero la alquiló o la compró un matrimonio ya mayor. Pero ellos no se preocupaban del tesoro. Sino de los animales y los pájaros. No dejaban que nadie se acercase y fueron ellos los que contrataron hombres armados para alejar a la gente. Querían paz y tranquilidad, para ellos y para los animales de la isla. Una buena idea. Cuando yo vivía allí con los otros guardianes… éramos tres… muchas veces los conejos venían a jugar a mis pies. Los pájaros estaban domesticados como canarios y hasta las serpientes se acercaban a nosotros sin miedo.

—¡Ay, cuánto me gustaría ir a la isla y jugar con los animales! —exclamó Wifredo—. ¿Se puede llegar hasta allí?

—No —respondió Lucas, levantándose—. Nadie ha vivido en el castillo desde que murió el anciano matrimonio. La isla está desierta. Ahora pertenece a su nieto, pero él nunca aparece por allí, aunque tiene un par de hombres en la isla para alejar a los visitantes. Son muy feroces… Por lo menos eso me han dicho. Bueno, pues ésta es la historia de la isla de los Susurros. Una fea historia, sí, señor. Ahora sus amos son los pájaros y los animales.

—Gracias por contárnosla —dijo Ana.

El hombre le sonrió y le dio una palmadita en la mejilla.

—Bueno, tengo que ponerme a trabajar de nuevo —dijo—. Sentir el sol en mi espalda y oír a los pájaros cantar para mí entre los arbustos. Algo suficiente para ser feliz. ¡Es una lástima que mucha gente no lo sepa!

Capítulo VII

EN EL CAMPO DE GOLF

Después de hablar con el simpático Lucas, los niños pasearon un rato por el campo de golf.

—Cuidado con meteros por donde andan jugando —advirtió Dick—. Podríais recibir un pelotazo en la cabeza. *Tim*, ¿qué estás haciendo en ese matorral?

Tim salió con algo en la boca y lo dejó a los pies de *Jorge*. Se trataba de una pelota de golf completamente nueva. *Jorge* la recogió.

—¿Qué hacemos con esto? —dijo—. No hay ningún jugador por aquí cerca. Sin duda es una pelota perdida.

—Creo que todas las pelotas que se encuentren en un campo de golf deben ser entregadas al «pro» —dijo Julián—. Tiene derecho a ellas.

—¿Y quién es el «pro»? —preguntó Ana, intrigada.

—Es el profesor, un jugador profesional del campo. Domina perfectamente el juego y es quien se encarga del terreno y de enseñar a los que empiezan —explicó Julián—. ¡Vaya! Ahí viene *Tim* con otra pelota. *Tim*, deberías ofrecer tus servicios de «encuentra pelotas» a los jugadores. Se ahorrarían mucho dinero contigo.

A *Tim* le encantó que los niños le felicitasen y se puso a rastrear, olfateándolo todo, para ver si encontraba más pelotas.

—Cualquiera diría que las pelotas de golf huelen como los conejos —comentó Ana, mientras *Tim* les traía otra pelota—. Los jugadores deberían tener más cuidado. No entiendo cómo pueden perder tantas.

Siguieron paseando por el campo de golf. De pronto, un conejito salió de entre las matas que *Tim* olisqueaba en aquel momento en busca de pelotas. *Tim* lo persiguió. El pobre animalillo corría con todas sus fuerzas para escapar.

—¡Déjalo ir! ¡*Tim*! ¡Déjalo! —gritó *Jorge*.

Pero *Tim* estaba demasiado excitado para obedecerla. De súbito, cuando el conejito estuvo cerca, Wifredo se inclinó y emitió un extraño sonido. El animalito corrió en línea recta hacia él y se acurrucó en sus manos, temblando de miedo. *Tim* saltó, pero *Jorge* le impidió acercarse.

—No, *Tim*, lo siento, pero no puedes atrapar a este pobre conejito. ¡Vete!

Tim miró ofendido a *Jorge* y se fue a seguir buscando pelotas. Se sentía muy enfadado con su ama. Los conejos estaban hechos para cazarlos, ¿no? Entonces, ¿por qué no se lo permitían?

Jorge se volvió hacia Wifredo. El conejito seguía acurrucado en sus manos, aún tembloroso. Todos estaban muy satisfechos de que se hubiese salvado, aunque asombrados por el modo en que había obrado Wifredo. ¿Cómo sabía el conejito que las manos de Wifredo se encontraban allí dispuestas para salvarle?

El niño lo depositó suavemente en el suelo y observó cómo se alejaba tímidamente para refugiarse en la madriguera más próxima. Luego se dirigió hacia *Tim* y le dio unas palmaditas sobre el lomo.

—Lo siento, *Tim*. Pero él es muy pequeñito y tú muy grandote —dijo.

—¡Guau! —contestó el perro. Al parecer, le había entendido perfectamente y comenzó a saltar alrededor del niño, como invitándole a jugar. Wifredo salió corriendo a toda velocidad y *Tim* comenzó a perseguirle.

Los otros le siguieron, impresionados una vez más por la fácil amistad que Wifredo sabía entablar con los animales. Un niño tan mal educado, tan extraño, tan antipático a veces… Resultaba incomprensible cómo los animales podían quererle tanto.

Por su parte, *Jorge* estaba algo enfadada. No le sentaba bien que incluso *Tim* le hiciese tanto caso. Si no se andaba con cuidado, pronto lo querría más a él que a ella.

Tim encontró todavía cinco pelotas más. En los bolsillos de

Julián ya no cabía ni una más. Entonces se acercaron a la casita del club para devolverlas. Llegaron a la puerta y Julián entró hasta donde se encontraba el profesor, apuntando en una libreta los resultados del juego.

—¡Un regalo de nuestro perro! —anunció Julián, vaciando sus bolsillos.

—¡Caramba! ¿Tantas ha encontrado? —exclamó el profesor—. Y están en perfecto estado. ¿Os apetece una limonada o una naranjada?

Todos se decidieron por la naranjada y el profesor le dio a *Tim* unos bizcochos. ¡Estaba encantado de la vida!

—Vivimos en la casita del otro lado de la carretera —explicó Dick—. ¿La conoce?

—Desde luego que sí —dijo el profesor—. Mi abuela vivió allí durante algunos años. Tiene una vista estupenda, ¿verdad? Una de las mejores del mundo. Desde allí se puede ver la isla de los Susurros… Aunque a mi entender tendrían que llamarla la isla Misteriosa. Se dice que hay hombres que han ido y no han vuelto jamás.

—¿Qué les pasó? —preguntó Ana.

—¡Bah! Sin duda se trata sólo de una leyenda —respondió el profesor—. Se murmura que hay objetos de incalculable valor en la isla, escondidos en algún sitio. Hay coleccionistas que vienen de todas partes del mundo con la idea de visitar la isla, no para robar, sino para ver si pueden encontrar algo de valor, a fin de comprarlo para sus museos o para sus propias colecciones. La gente dice que en el bosque hay estatuas blancas como la nieve, aunque yo nunca lo he creído.

—Y esos coleccionistas, ¿regresan de la isla? —preguntó Julián.

—Dicen que muchos de ellos no volvieron, pero deben de ser cuentos de viejas. Sin embargo, yo sé de dos hombres empleados de un museo de Londres que vinieron y alquilaron un bote para ir a la isla. Llevaban consigo una bandera blanca con objeto de que los guardas no disparasen. Nunca se volvió a saber de ellos.

—¿Qué pudo haberles pasado? —preguntó Julián.

—Nadie lo sabe. Su bote fue encontrado vacío muchas millas mar adentro, a la deriva. La policía decidió que sin duda les

sorprendió la niebla, perdieron el rumbo y derivaron mar adentro.

—Pero, ¿qué les pasó? ¿Trataron de llegar a tierra nadando y se ahogaron, o los recogió algún barco? —preguntó Dick.

—Nadie los recogió —aseguró el profesor—. De haber sido así, hubiesen regresado de algún modo a su casa y no se les ha vuelto a ver. No, creo que se ahogaron. O pudo ocurrir también que los guardias los matasen mientras trataban de desembarcar y luego dejasen el bote a la deriva.

—¿Y la policía no hizo nada? —inquirió Julián.

—Sí, claro que sí. Fueron hasta la isla en el bote guardacostas. Los guardas les dijeron que no habían visto llegar a nadie y que ellos eran los únicos habitantes de la isla. La policía desembarcó y buscó por todas partes, pero, aparte el castillo y los animales, no encontró nada.

—Todo eso es muy misterioso —dijo Julián, levantándose—. Bueno, gracias por la naranjada y la información. Ya nos había dicho algo de eso uno de sus empleados. Lucas. Es un buen narrador.

—¡Ah, sí! Lucas. Conoce la isla muy bien. Trabajó allí como guarda durante algún tiempo, creo. Bueno, venid a verme algún otro día. Y gracias por las pelotas. No hay mucha gente honrada como vosotros. La mayoría se las quedan cuando las encuentran. Adiós, y gracias otra vez.

Los niños se despidieron para marcharse. *Tim* se mostró muy contento al verlos. Haberse visto obligado a esperar fuera mientras los demás merendaban no le había hecho ninguna gracia.

—¿Te han gustado los bizcochos, *Tim*? —preguntó *Jorge*.

El perro se acercó y le lamió la mano. ¡Vaya una pregunta! ¡Claro que le gustaban los bizcochos! Corrió hacia los arbustos y comenzó de nuevo a olfatear en busca de más pelotas.

Los niños siguieron paseando en dirección a la casa, charlando sobre la isla.

—Me pregunto qué sería lo que les pasó realmente a esos dos coleccionistas que desaparecieron —dijo Ana—. Es extraño que su bote fuese encontrado vacío y a la deriva.

—Seguro que se ahogaron —opinó Dick—. Pero me gustaría saber si queda algo del tesoro que trajo a la isla el viejo millonario.

Aunque no creo que haya nada. La policía debió de registrarlo todo.

—¡Sería fantástico poder ir a la isla! —exclamó *Jorge*—. Seguro que los guardas no nos disparaban, ¿no os parece? Hasta es posible que hiciesen una excepción con nosotros y nos dejasen pasar. Tienen que estar cansados de no tener a nadie con quien hablar.

—Haz el favor de no seguir pensando tonterías imposibles —la regañó Julián—. No vamos a ir a la isla de ningún modo. Ni siquiera nos acercaremos a ella. Así que quítate esas ideas de la cabeza.

—Bueno, ya sé que es imposible —replicó *Jorge*—. Pero, ¿no sería una aventura estupenda llegar a la misteriosa isla de los Susurros y explorarla sin que se enteren los guardas?

—¿Y que nos frían a tiros? —dijo Dick—. Además, no encontraríamos nada interesante. El tesoro se lo debieron de llevar hace muchos años. Lo único interesante sería ver todos aquellos animales. Wifredo disfrutaría como un loco, ¿verdad, Wifredo?

—Ya lo creo que sí —afirmó Wifredo—. No lo sabes tú bien. Y lo que es más, pienso alquilar un bote y acercarme a la isla para ver esos animales.

—¡No lo harás! —denegó Julián—. Y hazme el favor de no intentarlo siquiera.

—No pienso prometerte nada —protestó Wifredo, enfadado—. Haré lo que me dé la gana sin que tú te enteres.

—¡Claro que me enteraré! Estás presumiendo de valiente y nada más —contestó Julián—. Vamos, rápido. Es ya la hora de comer y estoy hambriento. ¿Qué menú tenemos para hoy, Ana?

—Abriremos una lata de espárragos —respondió Ana—. Tenemos pan, ensalada y tomate. Y mucha fruta también.

—¡Estupendo! —exclamó *Jorge*—. ¡A comer, *Tim*, a comer!

Al oír aquella maravillosa palabra, *Tim* salió corriendo colina arriba, meneando alegremente el rabo.

—Me gustaría ser un perro y poder subir las montañas con tanta rapidez —dijo Ana—. ¡Empújame, Julián! Si no, seré incapaz de llegar hasta arriba.

Capítulo VIII

WIFREDO PIERDE SU SILBATO

Tim aguardaba a los niños en lo alto de la colina, agitando el rabo. Al verlos llegar, cogió algo del suelo, lo tiró al aire y lo volvió a atrapar.

—¿Otra pelota de golf, *Tim*? —preguntó Dick, mientras el perro volvía a lanzarla al aire.

—No, es demasiado grande —replicó *Jorge*—. Tráela, *Tim*. ¿Qué has encontrado?

Tim dejó la pelota a los pies de *Jorge*. Era más grande que las de golf y tenía un agujero.

—¡Ah! Es una de esas pelotas que tiran al aire para ver si luego se consigue ensartarla con un palo —dijo *Jorge*—. Alguien debe de haberla perdido. Puedes jugar con ella, *Tim*.

—¡Cuidado, no vaya a ser que se la trague! —exclamó Wifredo, intranquilo—. Es lo suficientemente pequeña. Y yo una vez vi a un perro tragarse por error algo que se había arrojado al aire.

—*Tim* es demasiado listo para tragarse una pelota —replicó *Jorge*—. No te preocupes por él. Además, si alguien se tiene que preocupar soy yo. Es mi perro.

—De acuerdo, de acuerdo —se burló Wifredo—. La señorita sabe cuidarse ella sólita de su perro.

Jorge lo miró con rabia y Wifredo le sacó la lengua. Luego se puso a silbar, llamando a *Tim*.

—Sólo yo puedo silbarle a mi perro —protestó *Jorge*—. Bueno, haz lo que quieras. No te hará caso. No obedecerá.

Pero, ante sus asombrados ojos, *Tim* se acercó a Wifredo y comenzó a saltar a su alrededor para jugar con él. *Jorge* lo llamó

enfadada. El perro la miró sorprendido y se dirigió hacia ella. De pronto, Wifredo silbó de nuevo y *Tim* dio media vuelta para regresar junto a él.

Jorge lo cogió por el collar e intentó darle un puñetazo a Wifredo. Éste lo esquivó y se puso a bailar a su alrededor, burlándose de ella.

—¡Quietos los dos! —ordenó Julián, viendo la cara de enfado de *Jorge*—. ¡He dicho que os estéis quietos! Wifredo, sigue hacia adelante. Y tú, *Jorge*, no seas tonta. ¿No ves que sólo quiere bromear para hacerte perder la paciencia?

La niña no dijo nada, pero su gesto indicaba a las claras que estaba de muy mal humor.

«¡Vaya! —pensó Ana—. Ahora sí que no tendremos ni un solo momento de paz. No podrá perdonarle a Wifredo el obligar *Tim* a desobedecerla. Este Wifredo es a veces peor que la peste».

Todos sentían mucho apetito y estaban dispuestos a despachar todo lo que preparase Ana. Julián y Dick entraron en la casa para ayudarla, porque *Jorge* insistía en agarrar a *Tim* por el collar para que no se aproximase a Wifredo si éste lo llamaba.

—Está haciendo uno de esos sonidos tan raros —le explicó Julián a Ana—. Esos ruidos que atraen tanto a los animales. No me extraña que *Jorge* tenga que sostener a *Tim* tan fuertemente agarrado por el collar. Yo no soy ningún perro, pero los sonidos de Wifredo me parecen muy curiosos y me dan ganas de acercarme a él.

—Espero que *Jorge* no siga enfadada por mucho tiempo —dijo Ana—. La verdad es que Wifredo se pone pesadísimo y no hay quien lo aguante.

—Si yo fuese un perro —asintió Julián—, en lugar de dejarme atraer por él, le pegaría un mordisco. ¿He cortado ya suficiente tomate, Ana? Mira a ver: ¿qué te parece?

—¡Por Dios! —exclamó Ana—. Pero ¿cuántos piensas que nos vamos a comer? ¿Cuarenta o cincuenta? Mira. Será mejor que me abras esta lata, Julián. No me gusta nada abrir latas. Siempre me corto.

—Nunca más volverás a abrir una —replicó Julián cariñosamente—. De ahora en adelante, yo seré el abridor oficial de

latas… Ana, no sé qué haríamos sin ti. *Jorge* tendría que ayudarte más. Es una chica y, sin embargo, nunca está dispuesta a preparar las comidas ni hacer nada de la casa. Tendré que echarle una bronca un día de éstos.

—No, no lo hagas —dijo Ana, alarmada—. Me gusta hacer las cosas sola. *Jorge* lo rompería todo. Cuando hay que fregar platos o colocar la mesa resulta tan patosa como un chico, a pesar del interés que pone en hacerlo bien.

—¿De modo que los chicos somos unos patosos? —dijo Dick, haciendo como que se enfadaba—. Me gustaría saber cuándo he roto yo algo. Cuando tengo algo de vajilla en las manos, ando con tanto cuidado como cualquier chica.

Nada más decir esto, el vaso que tenía en las manos resbaló de ellas, cayó al suelo y se rompió en mil pedazos. Ana lo miró y soltó una gran carcajada.

—¡Patoso, más que patoso! —se burló—. ¡No puedes coger un vaso sin romperlo! Anda, lleva esta fuente afuera. Y por lo que más quieras, que no se te caiga.

La comida fue estupenda. Wifredo se sentó un poco apartado de los demás, tirando migas a su alrededor mientras iba comiendo. Pronto estuvo rodeado de pájaros e incluso alguno se posó sobre sus rodillas. Un mirlo aterrizó en su hombro izquierdo. Wifredo le dio la bienvenida como si se tratase de un viejo amigo:

—Hola, Pedrito, ¿qué tal la familia? Espero que Carmen ya se haya curado de su gripe. ¿Y qué tal la patita de Pablo? ¿Y cómo va el abuelo? ¿Sigue persiguiendo a los «peques»?

El mirlo ladeó la cabeza y le habló al oído en el lenguaje de los pájaros. Wifredo parecía entenderle perfectamente. Acarició al pájaro, que se apretó todavía más contra su cuello. *Jorge*, enfadada aún, se volvió para no verlo, pero los otros se lo estaban pasando en grande.

El mirlo puso un inesperado punto final a la conversación. Wifredo estaba a punto de introducir un trocito de tomate en su pico cuando el animalillo dobló el cuello, lo agarró y echó a volar con el tomate fuertemente agarrado, emitiendo un sonido muy semejante a una risa.

Todos se echaron a reír, excepto el sorprendido Wifredo.

—¡Se habrá ido a convidar a *Carmen*! —comentó Ana, riendo.

—¿Me das otro tomate, por favor? —pidió Wifredo.

—Lo siento, no has tenido suerte —contestó Dick—. Ya se han acabado.

Era magnífico permanecer sentados sobre la hierba, mirando los barcos que cruzaban la bahía y los estilizados yates impulsados por el viento. Se divisaba claramente la isla de los Susurros y los niños advirtieron que ninguna embarcación se acercaba a sus costas. Todos parecían saber que los guardas podían andar por allí en busca de intrusos a los que asustar.

—Quizás haya tejones en la isla —dijo de pronto Wifredo—. Nunca he visto uno de cerca.

—Sólo a ti podría gustarte ver de cerca a uno de esos animales —despreció *Jorge*—. Huelen muy mal. Aquí no hay ninguno, gracias a Dios, y no puedes llamarlos con tu silbato.

—Wifredo, por favor, toca tu silbato para que vengan otra vez los conejitos —pidió Ana—. Ahora que estamos tranquilamente sentados, no les dará miedo, ¿verdad?

—Sí, eso creo —asintió Wifredo, metiendo la mano en el bolsillo izquierdo.

Pero no estaba en su bolsillo izquierdo. Miró a continuación en el derecho y su rostro se tornó serio. Se puso en pie, tanteando toda su ropa con aire desesperado.

—Lo he perdido —exclamó de pronto mirando a los otros—. Se me debe de haber caído. Nunca tendré otro igual, nunca.

—Tiene que estar en alguno de tus bolsillos —dijo Dick, preocupado por la cara de disgusto de Wifredo—. Déjame ver.

Pero el silbato no apareció. Wifredo parecía a punto de romper a llorar. Empezó a rebuscar entre la hierba y todos lo ayudaron… Es decir, todos no. Casi todos. *Jorge* permanecía inmóvil y Dick la miró enfadado. *Jorge* se mostraba encantada de que el niño hubiese perdido su maravilloso silbato. Le tenía manía a Wifredo. Claro que era un niño que se hacía muchas veces odioso, pero, ahora, al verlo tan triste, todos lo sentían.

Jorge se levantó y recogió los restos de la comida. Llevó los platos y los vasos a la casa. Un momento después, Ana se reunió con ella.

—Lo siento por el pobre Wifredo —comentó—. ¿Tú no?

—No —repuso *Jorge*—. Esto le enseñará a no tratar de quitarme a *Tim*.

—¡No seas tonta! Sólo lo hace para divertirse —dijo Ana, sorprendida—. ¿Por qué te lo tomas tan en serio, *Jorge*? Sabes perfectamente que *Tim* te quiere más que a nadie en el mundo y que siempre te querrá igual. Es tu perro. Wifredo no hace más que tomarte el pelo cuando trata de atraerle.

—Pero *Tim* le hace caso —repuso *Jorge* desesperada—. Y no tendría que hacérselo. No, no tendría que hacérselo.

—Es que no puede evitarlo —le explicó Ana pacientemente—. Wifredo tiene una atracción especial para los animales y el sonido de ese silbato es como una llamada mágica para ellos.

—Por eso me alegro de que lo haya perdido —exclamó *Jorge*—. Me alegro, me alegro y me alegro.

—¿Pues sabes lo que pienso? Que eres una tonta y una antipática —dijo Ana. Y la abandonó, yéndose con los demás.

Cuando *Jorge* estaba de mal humor no había nada que hacer. Sin embargo, Ana se sentía preocupada. ¿Acaso sabía *Jorge* dónde se encontraba el silbato? No, su prima podía ponerse a veces muy antipática. Pero no era capaz de una cosa así.

Se reunió con los demás, con la idea de consolar a Wifredo, pero éste había desaparecido.

—¿Adónde se ha ido? —preguntó.

—A buscar su silbato mágico —respondió Dick—. Está realmente desesperado por su silbato. Ha dicho que recorrería el camino por el que hemos venido y todos los sitios en donde hemos estado esta mañana para buscarlo. Incluso quiere ir a la casita del campo de golf para ver si lo ha perdido allí. No creo que lo encuentre.

—¡Pobre Wifredo! —exclamó Ana, siempre bondadosa—. Si me hubiese esperado, le habría acompañado. Ahora ya no podrá llamar a los animales.

—Puede que no —dijo Dick—. Bueno… Supongo que *Jorge* no tendrá nada que ver con esto. A lo mejor lo ha encontrado y lo ha guardado sin decir nada para hacer rabiar a Wifredo.

—No, no creo que haya hecho una cosa así —protestó Ana—.

Sería una broma demasiado pesada. Bueno, esperemos que lo encuentre. ¿Qué pensáis hacer esta tarde? No me digáis que dormir.

—Pues sí. Vamos a dormir la siesta en la hierba, tendidos al sol, hasta las tres —afirmó Dick—. Luego podríamos dar un paseo hasta la bahía. Incluso es posible que me dé un chapuzón.

—Nos bañaremos todos —decidió Julián—. ¡Ah! ¡Qué maravilla estirarse sobre la hierba, con la tripa llena y tanto sueño! Bueno, hasta luego, estoy que me caigo.

Capítulo IX

HACIA LA ISLA DE LOS SUSURROS

Los cuatro, Julián, Dick, Ana y *Jorge*, durmieron hasta bien pasadas las tres. Un moscardón que daba vueltas en torno a la cabeza de Ana la despertó. La niña se incorporó y consultó su reloj.

—¡Caramba! ¡Las tres y diez! —exclamó sorprendida—. ¡Despierta, Julián! ¡Arriba, Dick! ¿No queríais ir a bañaros?

Bostezando sonoramente, los muchachos se sentaron y miraron a su alrededor. *Jorge* seguía durmiendo y Wifredo no había regresado todavía.

—Supongo que seguirá buscando su maravilloso silbato —comentó Ana—. ¡Ánimo, chicos! Dick, como sigas ahí tendido, vas a volverte a dormir. ¿Dónde están vuestros trajes de baño? Voy a buscarlos. ¿Alguien sabe dónde hemos guardado las toallas de playa? Las necesitaremos para vestirnos y desnudarnos.

—Están en nuestra habitación, en un rincón —contestó Dick, medio dormido todavía—. He dormido como un tronco. Al despertar creí que estaba en la cama.

Ana fue a buscar las toallas y los trajes de baño. Cuando volvió, llamó de nuevo a los chicos.

—Ya lo tengo todo. Levántate ya, Julián. No te vuelvas a dormir.

—De acuerdo, ya voy —dijo Julián levantándose—. ¡Ah, qué maravilla de sol!

Empujó a Dick con el pie.

—¡Levántate de una vez! —dijo—. Si te vuelves a dormir, te dejaremos aquí. *Jorge*, adiós. Nos vamos.

Jorge se incorporó bostezando y *Tim* le lamió la mejilla. Ella lo acarició.

—Ya voy, *Tim*. Hace tanto calor, que tengo unas ganas locas de darme un baño. Tú también, ¿verdad, *Tim*?

Con todo el equipo de baño comenzaron a descender por la colina hasta llegar a la playa. *Tim* saltaba contento, meneando el rabo. Delante de ellos se mostraba la isla, como una gran masa verde en medio del agua, y, bordeándola, docenas de embarcaciones se dejaban arrastrar por el viento.

Los cuatro se metieron detrás de unas rocas. Tres minutos más tarde aparecieron con los trajes de baño puestos. Ana corrió hasta el agua y metió los pies en ella.

—¡Fantástico! No está nada fría. Va a ser un baño estupendo.

—¡Guau! —confirmó *Tim*, metiéndose a su vez en el agua.

Le encantaba el mar y era un buen nadador. Esperó a que se le acercase *Jorge* y salió corriendo hacia ella. *Jorge* se agarró a su cuello y se dejó arrastrar por él.

Lo pasaron estupendamente. Se dejaban llevar por las olas hasta la playa, chillando de alegría y tosiendo cuando les entraba agua en la boca. Era un día estupendo para bañarse.

Cuando salieron, se tendieron sobre la arena, al sol. Hacía calor. *Jorge* miró hacia el mar, allí donde el viento levantaba olas cada vez más grandes.

—Me gustaría tener un bote —dijo—. Si estuviésemos en casa, cogeríamos el mío y podríamos remar un rato.

Julián le señaló un cartel que había cerca de allí: «Botes para alquilar. Informes en la caseta».

—¡Estupendo! —exclamó *Jorge*—. Voy a preguntar. Me encantaría remar un rato.

Se enrolló la toalla de baño a la cintura y fue hasta la caseta que señalaba el letrero. Allí encontró a un muchacho de unos quince años que estaba contemplando el mar. Giró sobre sus talones al oír sus pasos.

—¿Quieres un bote? —preguntó.

—Sí, por favor. ¿Cuánto cuesta? Somos cuatro y un perro.

—Son cuarenta pesetas a la hora, ochenta al día y ciento cincuenta por semana. Si pensáis pasar unos días aquí, será mejor que lo cojáis por una semana. Os saldrá mucho más barato.

Jorge volvió a donde estaban los chicos y Ana.

—¿Alquilamos uno para toda la semana? —preguntó—. Sólo nos costará ciento cincuenta pesetas. Podremos remar todos los días y divertirnos mucho.

—De acuerdo —dijo Dick—. ¿Alguien de vosotros ha traído dinero?

—Tengo alguno en el bolsillo de mi pantalón —respondió Julián—. Pero me temo que no bastará. Iré a decirle que nos lo reserve para mañana y lo alquilaremos para una semana. Mañana por la mañana traeré el dinero.

El chico de los botes era muy simpático.

—Podéis llevaros el bote hoy mismo. No necesitáis esperar hasta mañana —dijo—. Estoy seguro de que mañana me lo pagaréis. Así que si queréis daros una vuelta ahora mismo, podéis hacerlo. Escoged el que más os guste, aunque son todos iguales. Si os apetece pescar por la noche también podéis hacerlo. Pero tened cuidado luego de atarlo fuerte, no vaya a ser que se lo lleve la marea.

—Así lo haremos —afirmó Julián, yendo a mirar los botes y llamando a los otros—. Podemos escoger el bote que queramos. Y nos lo dejan día y noche —les explicó—. ¿Cuál queréis? «Gaviota», «Pez espada», «Estrella del mar», «Aventura». Todos parecen estupendos.

—Yo prefiero el «Aventura» —dijo *Jorge*, pensando que aquél era el más limpio y el más hermoso—. Es un bonito nombre y un bonito bote que navegará muy bien.

—Además es un nombre muy apropiado para nosotros —añadió Dick empujándolo hacia el agua ayudado por Julián—. ¡Ya está! ¡A remar! Pon dentro toda nuestra ropa, *Jorge*. Nos vestiremos cuando sintamos frío.

Pronto estuvieron todos en el bote, remando sobre las olas. Soplaba una fuerte brisa.

—Ya no tengo ningún calor —dijo *Jorge*, envolviéndose en su toalla.

La marea estaba bajando y empujó el bote con fuerza mar adentro. De repente, la isla apareció mucho más cerca de ellos.

—Será mejor que nos alejemos —recomendó *Jorge*—. No sabemos si habrá algún guarda en la isla vigilándonos. Estamos ya

muy cerca.

Pero la marea no cesaba de empujar el bote hacia la isla y unos minutos más tarde divisaban perfectamente la orilla. Dick cogió un remo, Julián el otro y trataron de remar con todas sus fuerzas contra la marea, a fin de conducir el bote hacia aguas menos peligrosas.

No lo lograron. La marea era demasiado fuerte y llevó el bote a pocos metros de la playa. De súbito, una gran ola rompió contra ellos, arrastrando el bote hasta la orilla. El bote se volcó y los niños cayeron sobre la arena.

—¡Caramba! —exclamó Julián—. ¡Vaya marea! Si lo llego a saber, no nos hubiésemos alejado tanto de la costa.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Ana asustada, mirando a su alrededor en busca de un guarda armado con fusil.

—Me imagino que tendremos que quedarnos en la isla hasta que suba la marea y entonces remar a su favor —respondió Julián—. No entiendo por qué el muchacho de los botes no nos advirtió de lo peligrosa que es aquí la marea. Aunque supongo que pensó que ya lo sabríamos.

Empujaron el bote para sacarlo por completo del agua y escondieron toda su ropa detrás de unos arbustos. Después caminaron por la playa en dirección al bosque. A medida que se acercaban, empezaron a percibir un extraño sonido.

—Es como un susurro —exclamó *Jorge* deteniéndose—. Son los árboles los que murmuran. ¡Escuchad! Es como si estuviesen hablando unos con otros en voz baja. No me extraña que le llamen la isla de los Susurros.

—¡No me gusta nada! —dijo Ana, asustada—. Parece como si estuviesen murmurando cosas de nosotros.

—Bueno, ¿y qué hacemos? No nos queda más remedio que esperar una o dos horas a que vuelva a bajar la marea.

—¿Exploramos un poco? —propuso Dick—. Después de todo, tenemos a *Tim* con nosotros. Viéndole a él nadie se atreverá a atacarnos.

—Pueden pegarle perfectamente un tiro si tienen fusiles, ¿no? —protestó *Jorge*—. Si se le ocurre echarse gruñendo y corriendo hacia ellos, se asustarán y le dispararán.

—Creo que tienes razón —dijo Julián, disgustado consigo mismo por haber metido a los demás en aquel apuro—. Coge a *Tim* por el collar, *Jorge*.



—¿Sabéis lo que pienso? —dijo Dick de pronto—. Creo que deberíamos buscar a los guardas para explicarles que llegamos a la

isla empujados por la marea, sin poder hacer nada para evitarlo. No somos personas mayores de las que vienen aquí a curiosear. Lo más probable es que nos crean. Así no nos perseguirán ni dispararán contra nosotros.

—Sí, es una buena idea —le apoyó Julián—. Les pediremos ayuda. Al fin y al cabo no teníamos intención de desembarcar en la isla. Fue la marea la que nos trajo aquí.

De manera que se dirigieron hacia el bosque. Ahora que se encontraban bajo los árboles, el susurro sonaba mucho más fuerte. El bosque era tan espeso que muchas veces se hacía difícil abrirse camino. Después de diez minutos de marcha, Julián se detuvo. Había visto algo entre los árboles. Se detuvo y luego avanzó con cuidado.

Los demás se acercaron a él. Julián señaló hacia delante y sus compañeros vieron un muro enorme construido en piedra.

Los árboles parecieron susurrar aún más fuerte. Los niños se acercaron hasta el muro y lo siguieron. Era un muro altísimo. Casi no alcanzaban a ver dónde acababa. Llegaron a una esquina y se detuvieron a mirar. Ante ellos se extendía un gran patio, completamente vacío.

—Será mejor que gritemos —dijo Julián. Pero antes de que pudieran hacerlo descubrieron a dos hombres gigantescos, que bajaban en aquel momento los escalones. Parecían tan malvados que *Tim* no pudo menos que gruñir. Los hombres se detuvieron sorprendidos.

—El ruido ha venido de allí —dijo uno de ellos, señalando a su izquierda. Y los dos hombres, con gran alivio de los muchachos, se fueron corriendo hacia el lado opuesto.

—Será mejor que volvamos a la playa —resolvió Julián—. No me ha gustado la pinta de esos dos. No hagáis ruido. *Jorge*, dile a *Tim* que no ladre.

Volvieron por el mismo camino por el que habían llegado hasta el muro y pronto estuvieron de nuevo en la playa.

—Será mejor que nos alejemos remando, como podamos —dijo Julián—. Aquí está ocurriendo algo muy extraño. Esos hombres me parecieron muy raros. Estoy seguro de que no eran los guardas.

—Julián, ¿dónde está nuestro bote? —exclamó de pronto Dick,

con voz sorprendida—. No está aquí. Tenemos que habernos equivocado de playa.

Los otros le miraron atónitos. En efecto, el bote había desaparecido. Sin duda se habían extraviado al regresar.

—Pues a mí me parece que éste es el mismo sitio en que desembarcamos —opinó *Jorge*—. La única diferencia es que el agua ha subido más. ¿Creéis que se habrá llevado el bote? ¡Mirad cómo rompe esa ola y luego se va mar adentro, arrastrando la arena!

—¡Caramba, pues es verdad! —asintió Julián, preocupado—. Nuestro bote ha podido ser arrastrado por una ola como ésa. Mirad, ahí viene otra.

—Es el mismo sitio —afirmó al fin Ana, mirando tras uno de los arbustos—. Aquí están nuestras ropas, en el mismo sitio en que las dejamos.

—¡Cógelas, rápido! —dijo Julián, al ver que se acercaba otra ola enorme—. ¡Qué idiota he sido! Teníamos que haber dejado el bote mucho más lejos del agua.

—Tengo frío —se lamentó Ana—. Voy a vestirme. Siempre será más fácil cargar con un traje de baño que con toda la ropa.

—Es una buena idea —corroboró Julián.

Pronto estuvieron todos vestidos, sintiéndose mucho más calientes y más cómodos.

—Podemos dejar los trajes de baño escondidos en el mismo arbusto —dijo *Jorge*—. Por lo menos, así sabremos que éste es el sitio en que desembarcamos.

—Bueno, el problema es qué haremos ahora —dijo Julián, preocupado—. No tenemos bote para volver. ¿Por qué demonios se nos ocurrió escoger un bote que se llamaba «Aventura»? Ya podríamos haber imaginado que algo iba a suceder.



Capítulo X

LOS CINCO EN APUROS

Julián se acercó hasta la orilla y miró mar adentro tratando de descubrir el bote.

«Si lo viese, podría llegar hasta él a nado y traerlo hasta la playa —pensaba—. Bueno. No hay rastro de la embarcación. ¡Soy un estúpido!».

Dick se acercó a él, muy preocupado.

—Supongo que habrá demasiada distancia para ir nadando —dijo—. De todos modos, podría intentarlo y regresar con un bote a buscaros.

—No, está demasiado lejos —rechazó Julián—. Además, la marea es demasiado fuerte por muy buen nadador que fueses. Estamos en un verdadero apuro.

—¿No podríamos hacer señales? —preguntó Dick.

—¿Y con qué? —preguntó a su vez Julián—. Podrías estar haciendo ondear una camisa durante una hora. Te aseguro que desde la costa no la verían.

—Bueno, pues tenemos que pensar algo —dijo Dick, exasperado—. ¿Por qué no buscamos un bote aquí mismo en la isla? Esos hombres tienen que disponer de uno para ir y venir.

—¡Claro! —exclamó Julián, golpeando la espalda de Dick—. ¿Qué le pasará a mi cabeza? Parece que últimamente no funciona demasiado bien. Si encontrásemos un bote podríamos volver a tierra de noche, cuando subiese la marea. Es posible que tengan dos o tres. Deben de ir a buscar la comida a la costa. Sólo falta encontrarlos, claro.

Las dos niñas y *Tim* se acercaron a ellos. *Tim* gimió.

—No le gusta nada la isla —dijo *Jorge*—. Creo que presiente peligro.

—Apuesto a que sí —asintió Dick, acariciando la cabeza del perro—. Me alegro mucho de que esté con nosotros. ¿Se os ocurre algo a vosotras?

—Podríamos hacer señales —propuso *Jorge*.

—No, no las verían desde la costa —respondió Dick—. Ya habíamos pensado en ello.

—Bueno, si encendiésemos una hoguera por la noche en la playa, seguro que la verían.

—¡Exactamente! —exclamó Julián—. Si la encendiésemos en un punto un poco alto, como aquel promontorio de allí, seguro que la verían y vendrían a buscarnos.

—Pero ¿no la verían también los guardas? —preguntó Dick.

—Tendremos que arriesgarnos —contestó su hermano—. Sí, la encenderemos. Es una idea estupenda, Ana. Tengo un hambre horrorosa. ¿A alguien se le ha ocurrido traer algo de comer?

—Yo tengo dos barras de chocolate, aunque están un poquito blandas —dijo *Jorge* rebuscando en sus bolsillos.

—Y yo tengo algunos caramelos de menta —añadió Ana—. ¿Y vosotros, chicos? Tú siempre llevas terrones de azúcar, Dick. No me digas que ahora que nos hacen falta no tienes.

—No te preocupes. Llevo un paquete entero —dijo Dick—. Tomemos algunos.

Sacó el paquete del bolsillo y un minuto más tarde todos estaban chupando terrones de azúcar, incluso *Tim*, que se tragó el suyo en un abrir y cerrar de ojos.

—Es un despilfarro darte terrones de azúcar, *Tim* —le regañó Ana—. ¡Cric, crac, y adentro! Eso es todo lo que sabes hacer con un terrón de azúcar. ¿Por qué no lo chupas como nosotros? No, no te daremos ninguno más.

Tim se enfadó. Se alejó de los niños, olfateando por la playa hasta que encontró un rastro de conejo y se puso a seguirlo.

Los chicos, entretenidos hablando de la situación, no se dieron cuenta de su marcha.

No tenían bote, no tenían comida ni había forma de conseguir ayuda a no ser encendiendo una hoguera que podía ser vista por los

guardas. Era un panorama muy sombrío, pensaron todos. Y de pronto, un fuerte estampido rompió el silencio: ¡BANG!

Los cuatro dieron un salto, asustados.

—Ha sido un disparo —exclamó Dick—. ¡Los guardas! ¿Contra quién estarán disparando?

—¿Dónde está *Tim*? —gritó de pronto *Jorge*, mirando a su alrededor—. ¡*Tim*! ¡*Tim*! ¿Dónde estás? ¡*Tim*!

Todos se miraron atemorizados. ¡*Tim*! No, no podían haber disparado contra él. Era imposible que los guardas quisieran hacerle daño a un perro. *Jorge* se sentía angustiadísima y se le saltaban las lágrimas.

—Dick, no habrán disparado contra *Tim*, ¿verdad? *Tim*, ¿dónde estás? ¡*Tim*! Ven aquí.

—Tranquila, *Jorge*, escucha —exclamó Dick, mientras se oían gritos a lo lejos—. Me parece que he oído gemir a *Tim*. ¿No es aquél que viene corriendo entre aquellos arbustos?

Sí, era *Tim*. Su cabeza apareció de pronto entre unos matorrales.

—*Tim*, pensaba que te habían pegado un tiro —dijo *Jorge*, abrazándolo—. ¿Te dispararon? ¿Estás herido?

—Apuesto a que ya sé por qué le dispararon —dijo Dick—. Mirad lo que trae en la boca, es jamón. Déjalo en el suelo, ladrón.

Tim seguía con el jamón en la boca, meneando el rabo alegremente. Tenía hambre y se imaginaba que los niños también. Por eso había salido a cazar.

—¿Dónde has encontrado esto? —preguntó Julián.

Si *Tim* hubiese sabido hablar, le hubiese contestado: «Bueno, empecé a seguir el rastro de un conejo y llegué hasta una despensa llena de latas de conservas. Una de ellas estaba abierta, con este jamón dentro esperándome. Y aquí está». Pero como no sabía, se limitó a dejar el jamón a los pies de *Jorge*. Olía estupendamente.

—Bueno, de todos modos, muchas gracias —dijo Julián—. Nos vendrá estupendamente, aunque, cuando encontremos al dueño, tendremos que pagárselo.

—Julián, le han disparado —exclamó *Jorge* con voz temblorosa —. Mírale el rabo. Está sangrando y le han arrancado unos cuantos pelos.

—Sí, es cierto —afirmó Julián, examinando el rabo de *Tim*—.

¡Vaya! Esa gente no se anda con bromas. Creo que será mejor buscarlos y contárselo todo antes de que nos asen a tiros.

—Bueno, pero será mejor que vayamos todos —dijo Dick—. Seguramente pensaron que *Tim* era un lobo o un zorro, al verle entre los árboles. ¡Pobrecito!

Tim no parecía preocupado en absoluto. Estaba tan orgulloso de su hallazgo que hasta agitaba alegremente su herido rabo.

—Lo que ahora sabemos seguro es que los animales y los pájaros de esta isla ya no viven tranquilos —dijo Ana—. Tienen que haberse asustado cuando los guardas empezaron a disparar.

—Tienes razón —asintió Julián—. Eso me hace pensar que los hombres que hay en la isla no son simples guardas encargados de proteger la vida de los animales y alejar a los visitantes, sino guardianes muy feroces, como esos dos que hemos visto antes en el patio.

—Pero, en ese caso, ¿qué es lo que están guardando? —preguntó *Jorge*.

—Eso es lo que me gustaría averiguar —respondió Julián—. Y me parece que voy a curiosear un poco por ahí a ver si descubro algo. Pero no ahora. Esperaré a que oscurezca. No quisiera que me atraparan mientras investigo.

—Me gustaría no haber venido a la isla —se lamentó Ana—. Preferiría estar a salvo en la casita, con Wifredo. ¿Habrá encontrado su silbato? ¡Caramba! Parece que han pasado siglos desde que alquilamos el bote.

—¿No podríamos meternos en el bosque y explorar un poco? —preguntó *Jorge*—. O, por lo menos, pasear por la playa a ver si encontramos un bote. Me estoy aburriendo aquí sentada, sin hacer nada más que hablar y hablar.

—Bueno, supongo que *Tim* nos avisará si alguien se acerca —dijo Julián, que también se moría de ganas de estirar las piernas—. Iremos en fila, como los indios, y procuraremos hacer el menor ruido posible. *Tim* irá delante y así nos avisará en seguida si se acerca alguno de los guardas.

Se pusieron en pie y *Tim* los miró, moviendo alegremente su rabo. «No os preocupéis —parecían decir sus ojos—. Yo os cuidaré».

Avanzaron silenciosamente a través del bosque. ¡Shhh! ¡Shhh!,

sonaba el viento entre las hojas, como diciéndoles que no hiciesen ruido. De pronto *Tim* se detuvo y gruñó suavemente en señal de advertencia. Los niños se detuvieron y esperaron en silencio, escuchando.

No lograban oír nada. Se encontraban en la parte más densa del bosque, allí donde nunca llegaba el sol y estaba siempre oscuro. ¿Por qué habría gruñido *Tim*? El perro dio un paso adelante, se detuvo y volvió a gruñir quedamente.

Julián se adelantó un poco, tan silenciosamente como pudo. De repente se detuvo extrañado. ¿Qué era aquella extraña figura que parecía brillar en la oscuridad? Su corazón empezó a latir más y más de prisa. La figura se mantenía inmóvil, con un brazo extendido como si estuviera señalándole.

Por un momento creyó ver que se movía y dio un paso atrás. ¿Sería un fantasma o algo por el estilo? Por de pronto, era blanquísima y brillaba de una forma muy extraña. Los otros se acercaron a Julián y se detuvieron asustados también al verla. *Tim* gruñó una vez más, erizado el pelo de su lomo. ¿Qué sería aquello?

Todos permanecieron quietos, sin atreverse apenas a respirar. Ana se asió a la mano de Dick, que apretó la suya con fuerza para infundirle valor. De súbito, *Jorge* soltó una leve risita y, ante el espanto de sus primos, dio unos cuantos pasos hacia adelante y tocó el brazo de la brillante figura.

—¿Cómo está usted? —saludó burlona—. Es un placer conocer a una estatua tan bien educada.

¡Vaya! ¿Conque una estatua? Parecía tan real y al mismo tiempo tan fantástica. Todos suspiraron aliviados y *Tim* corrió hacia la estatua para olería.

—Mirad a vuestro alrededor —dijo Julián—. El bosque está lleno de estatuas. ¡Son preciosas! Espero que no empiecen todas a moverse de repente. Parecen realmente vivas.

Capítulo XI

UN EXTRAÑO DESCUBRIMIENTO

Los niños estaban asombrados al ver tantas estatuas brillando en la oscuridad del bosque. Dieron vueltas a su alrededor hasta que descubrieron una gran cabaña. Entraron en ella.

—Venid aquí —exclamó Dick—. Hay unas cajas enormes. Y son muy fuertes. ¡Mirad lo que hay dentro de estas dos!

Todos se acercaron a mirar. En la primera, medio enterrada entre serrín, había una magnífica estatua que representaba a un niño. En la otra, el serrín lo cubría todo y Ana tuvo que escarbar un poquito para ver si allí había algo.

—Mirad, un ángel de piedra —exclamó, apartando el serrín que ocultaba la carita, una pequeña corona y la punta de las alas—. ¡Qué monada! ¿Por qué estarán embalando así todas estas estatuas?

—Usa un poco tu cerebro —repuso Dick—. Está claro que son obras de arte muy antiguas. Las están embalando para transportarlas a algún lugar en el que puedan venderlas por mucho dinero, América probablemente.

—¿Crees que las han sacado del castillo? —preguntó *Jorge*—. Está muy cerca, y me imagino que esta cabaña pertenece al castillo. Pero, ¿cómo es que la policía no las encontró cuando lo registraron? Debieron de mirar en todos los rincones. ¿Y las estatuas que hay en el bosque?

¿Por qué no las han embalado también? ¿Qué dices, Julián?

—Seguramente porque son demasiado grandes —repuso Julián —. Y demasiado pesadas. Un bote pequeño no podría llevarlas. En cambio, las pequeñas son ideales para transportarlas. No pesan tanto como las grandes y además no están dañadas ni por la lluvia

ni por la nieve.

—Tienes razón —dijo Ana—. Me he fijado en que las otras tienen manchas verdes e incluso a algunas les faltan trocitos. Me gustaría meterme en el castillo y ver lo que hay allí dentro.

—El hombre del club de golf, aquél al que le llevamos las pelotas que encontró *Tim*, dijo algo acerca de que había en el bosque de la isla estatuas blancas como la nieve, ¿os acordáis? —preguntó Dick.

—Sí, deben de llevar aquí mucho tiempo —repuso Julián—. No creo que tengan demasiado valor: si no, las tendrían dentro del castillo. Estas estatuas pequeñitas, en cambio, deben de valer muchísimo dinero.

—¿Quién creéis que las habrá embalado? —se interesó Ana.

—Quizá los hombres que vimos en el castillo —contestó Julián—. Incluso para trasladar las estatuas pequeñas desde el castillo hasta aquí se necesita mucha fuerza. Parece que las meten en estas cajas y luego se las llevan en algún bote o en algún barco. Probablemente utilizan primero un bote que luego las lleva hasta un barco más grande que aguarda en alta mar. Pero no creo que esos guardas sean los hombres que manejan este negocio. El jefe debe de ser alguien que conoce muy bien el valor de las antigüedades. Seguramente oyó la leyenda de la isla, vino a investigar y encontró cosas muy interesantes.

—¿Dónde? —preguntó *Jorge*—. ¿En el castillo?

—Puede, aunque sin duda estaban muy escondidas —dijo Julián—. Por lo que sabemos, tienen que quedar aún muchas cosas escondidas allí dentro. La espada con el puño de piedras preciosas, por ejemplo. ¡Ah! Y la cama de oro macizo, y muchísimas cosas más de las cuales…

—¡Pensar que todo puede estar muy cerca de nosotros, en esta misma isla…! —interrumpió Ana—. Me encantaría poder contar que he dormido una vez en una cama de oro…

—Pues me parece que la encontrarías un poco dura —bromeó Dick.

De pronto *Tim* emitió un débil gemido y lamió la mano de *Jorge*.

—¿Qué pasa? —preguntó ésta—. ¿Qué quieres, *Tim*?

—A lo mejor tiene hambre —dijo Ana.

—Más bien sed —apuntó Julián—. Mira cómo le cuelga la lengua.

—¡Pobre *Tim*! Hace horas que no has bebido —asintió *Jorge*—. Bueno, a ver ahora dónde encontramos agua. Me temo que tendremos que buscar un charco o algo por el estilo. ¡Ven!

Dejaron la choza en la que estaban las estatuas y salieron al bosque. Todos tenían la boca seca. Julián se sentía preocupado.

—Dentro de poco vamos a tener una sed horrorosa —dijo—. ¿Dónde podremos encontrar un poco de agua?

—¿Será peligroso acercarnos al castillo para ver si encontramos una fuente? —preguntó *Jorge*, resuelta a hacer cualquier cosa con tal de encontrar agua para *Tim*.

—Sí, demasiado peligroso —afirmó Julián—. Más vale que no nos acerquemos mucho a esos hombres. Pueden tener orden de disparar sin avisar y no resultaría nada agradable… ¡Mirad! ¿Qué es aquello que hay allí? —añadió señalando hacia un lugar situado detrás de la choza de las estatuas.

Se dirigieron en aquella dirección y Ana adivinó en seguida de qué se trataba.

—¡Un pozo! ¡Un viejo pozo! —exclamó—. Mirad, tiene una polea y una cuerda para bajar el cubo. Espero que al menos haya algún cubo.

Tim apoyó sus patas en el borde del pozo y comenzó a olisquear. ¡Agua! ¡Con las ganas que tenía de beber! Miró a *Jorge* y empezó a gemir.

—De acuerdo, *Tim*, en seguida llenaremos el cubo de agua —lo calmó *Jorge*—. Todavía está puesto en el gancho. Julián, la manivela de la polea está muy oxidada. ¿Crees que podrás hacer bajar el cubo?

Julián la hizo girar con todas sus fuerzas y casi inmediatamente la cuerda se deslizó con tanta brusquedad que el cubo se desenganchó y cayó al fondo del pozo, produciendo un fuerte chasquido al chocar contra el agua.

—¡Mecachis, qué mala suerte! —exclamó Julián, y *Tim* dejó escapar un gemido lastimero. El cubo estaba llenándose de agua y parecía a punto de hundirse.

—Se hundirá en el agua —dijo Julián, como con una mueca de

disgusto—. Si hubiese una escalerilla podríamos bajar y recuperar el cubo.

Pero no la había, aunque parecía que muchos años antes existió una. Aún se veían los agujeros en las paredes del pozo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Ana—. ¿No hay manera de subir el cubo?

—No, me temo que no —dijo Dick—. Aunque… espera… Podría deslizarme por la cuerda y llegar hasta el fondo para coger el cubo. Podría subir perfectamente si *Jorge* y Julián dan vueltas a la manivela para ayudarme con la cuerda.

—¡Fantástico! Ya puedes empezar a bajar —dijo Julián—. La cuerda está en buenas condiciones y aguantará bien tu peso. Os subiremos perfectamente a ti y al cubo.

Dick se sentó en el borde del pozo y se asió a la cuerda, quedando colgado de ella. Permaneció así unos instantes y luego empezó a deslizarse hacia abajo, mirando hacia el negro agujero que se abría a sus pies con el agua en el fondo. Fue bajando lentamente, bien agarrado a la cuerda, soltando mano tras mano como tantas veces había hecho en la escuela, en las divertidas tablas de gimnasia.

Al llegar al final, recogió el cubo y lo llenó de agua. Estaba fría como el hielo.

—¡Todo va bien! ¡Subidme! —gritó.

Su voz resonó extrañamente en las paredes del pozo. Julián y *Jorge* comenzaron a dar vueltas a la manivela lentamente. Les costaba un gran esfuerzo. Dick pesaba mucho. Poco a poco, Dick se iba acercando a la boca del pozo. Estaba ya a medio camino, cuando le oyeron soltar una exclamación. Sin embargo, no lograron entender lo que decía.

Pronto apareció la cabeza de Dick, quien les entregó el cubo. *Tim* se arrojó sobre el agua con ladridos de excitación y empezó a beber ruidosamente.

—¿No me oísteis gritar cuando estaba a mitad de camino? —preguntó Dick, aún agarrado a la cuerda—. No soltéis la manivela, aguantad un minuto.

—¿Qué pasa? —preguntó Julián, sorprendido—. ¿Por qué nos gritabas? No hemos podido entenderte ni una sola palabra.

Dick se inclinó hacia un lado, se asió al borde del pozo y se sentó en el brocal.

—Os grité porque vi algo muy extraño mientras me estabais subiendo —dijo—. Quería que paraseis para ver qué era.

—Bueno, ¿y qué era? —preguntó Julián.

—No lo sé con seguridad, pero parecía una puerta —respondió Dick—. ¡Eh! ¡Tened cuidado! *Tim* va a beberse el agua. Si sigue así, va a reventar. Cuando acabe, cogeremos agua para nosotros.

—Sigue con lo que estabas diciendo —le apremió *Jorge*—. ¿Cómo puede haber una puerta en mitad de la pared de un pozo?

—Bueno, yo lo único que te digo es que está ahí —dijo Dick—. *Tim* ya ha acabado de beber. Bajaré para llenar el cubo de agua, y cuando os grite: «¡Parad!», vosotros dejad de darle a la manivela. ¿De acuerdo?

Dicho y hecho. Dick volvió a descender con el cubo y lo llenó de agua. Luego, *Jorge* y Julián, lo izaron dando vueltas a la manivela.

Cuando le oyeron gritar: «Parad», se detuvieron y miraron hacia el interior del pozo.

Pudieron ver que Dick examinaba cuidadosamente una de las paredes del pozo y la empujaba con una mano. Luego volvió a gritar:

—¡Vale! ¡Arriba!

Continuaron izándolo hasta que pudo sentarse de nuevo en el borde.

—Sí, hay una abertura en uno de los lados —dijo tan pronto como hubo recuperado el aliento—. Está cerrada por una puerta. No he conseguido abrirla con los dedos. Está demasiado dura. Luego bajaré con mi navaja y lo intentaré de nuevo. Creo que lo lograré.

—¡Una puerta en la pared de un pozo! —exclamó Julián, atónito —. ¿Adónde diablos conducirá?

—Eso es lo que vamos a averiguar ahora mismo —exclamó Dick, muy contento de su descubrimiento—. ¿A quién se le ocurre abrir una puerta en mitad de un pozo? Alguien tuvo que hacerlo. Pero, ¿por qué? Esto es la mar de misterioso. Me parece que voy a bajar en seguida para ver si puedo abrir esa puerta y averiguar a dónde conduce.

—¡Sí, baja, Dick, baja! —le apremió *Jorge*—. Si no bajas tú, lo

haré yo.

—Aguantad la cuerda. Allá voy —dijo Dick.

Y otra vez empezó a descender ante los ojos del sorprendido *Tim*. Los niños miraban ansiosamente hacia el fondo. ¿Podría Dick abrir la puerta? ¿Qué encontraría al otro lado? Date prisa, Dick, date prisa, todos te esperan impacientes.

Capítulo XII

UNA GRAN SORPRESA

Tan pronto como Dick gritó de nuevo: «Parad», Julián y *Jorge* detuvieron la manivela para que la cuerda no siguiese bajando. Dick quedó colgado justo frente a la puerta. Empezó a tantear para abrirla. Aparentemente, no tenía cerrojo alguno, pero sí un pequeño pestillo. Dick tiró de él y tras un pequeño forcejeo saltó. Estaba tan oxidado que se desprendió de la puerta y fue a parar al fondo del pozo.

Ahora, sin pestillo, la puerta parecía más asequible. Dick la empujó con las manos para abrirla, pero las bisagras estaban tan oxidadas que no se abría. Limpió la herrumbre con las manos, hasta que los dedos se le pusieron del color del óxido.

Luego dio otro empujoncito y la puerta pareció ceder algo. No obstante, pasó la navaja por las bisagras, rascando todo el orín, y usándola como palanca, trató nuevamente de abrir.

Poco a poco, chirriando lastimosamente, la puerta se abrió. No tenía más que unos cincuenta centímetros de altura por menos de anchura todavía. Dick la empujó con todas sus fuerzas para abrirla por completo, y miró hacia dentro.

No pudo ver nada, sólo una decepcionante oscuridad. Buscó en sus bolsillos para ver si llevaba su linterna. Sí, allí estaba. La enfocó hacia el agujero, con manos temblorosas. ¿Qué estaba a punto de descubrir tras la oscuridad?

Su linterna era pequeña y no demasiado potente. Su luz iluminaba un rostro de ojos muy brillantes. Dick se llevó tal susto que casi cayó al pozo. ¡Los ojos parecían estar mirándole fijamente!

Enfocó la linterna hacia otro punto y otro par de ojos

aparecieron clavados en él con la misma fuerza.

«¡Qué caras más extrañas! —pensó Dick—. Completamente amarillas… ¿Amarillas? ¡Caramba! ¡Creo que son de oro…!».

Sus manos temblaban cada vez más. Sin embargo, logró enfocar su linterna primero hacia una de las caras, luego hacia la otra. Los cuerpos de las figuras eran también amarillos y sus ojos brillaban de una forma muy extraña.

«Me parece… me parece que he encontrado el escondite de las estatuas de oro —pensó—. ¡Caray! Y esos ojos tan brillantes deben de ser piedras preciosas. ¡Menudo susto me he llevado cuando las he visto! ¿Qué sitio será éste?».

—Dick, ¿qué ves? Dínoslo en seguida —gritó Julián desde arriba.

Dick casi se soltó de la cuerda cuando las palabras de su hermano resonaron en las paredes del pozo.

—Es demasiado fantástico para explicároslo a gritos —contestó—. ¡Subidme! Ya os lo contaré cuando llegue arriba.

Momentos después se había reunido con los otros, y con los ojos tan brillantes como los de las estatuas les relataba atropelladamente todo cuanto había visto.

—La puerta conduce al sitio en que está escondido todo el tesoro. Lo primero que vi fue una estatua, mirándome con unos ojos brillantes y con la cara dorada, de oro puro. Hay docenas de estatuas. ¡Qué escondite más fantástico!

—Tiene que haber otra entrada —dijo Julián, encantado al oír aquello—. Ésta debe de ser una puerta secreta. Si es tan estrecha como dices, las estatuas no hubieran pasado por ella. Sin duda las metieron por otro sitio. ¡Vaya descubrimiento, Dick!

—Bajemos todos por turno para verlo —exclamó *Jorge*, impaciente—. Casi no puedo creerlo. Me parece que estoy soñando. Dejadme bajar en seguida.

Uno a uno se descolgaron por la cuerda y miraron por la puerta. Ana subió muy asustada. No le había gustado en absoluto encontrarse con todas aquellas estatuas con los ojos fijos en ella.

—Ya sé que no me miraban —dijo—, pero sus ojos brillaban de una forma muy extraña. Parecía que de un momento a otro echarían a andar hacia mí y me dirían algo.

—Bueno, ahora lo que hay que hacer es entrar por esa puerta y tratar de explorar el sitio donde están enterradas las estatuas —dijo Julián—. Tenemos que encontrar la puerta por donde las metieron. Seguro que hay una al otro extremo de la habitación. ¡Qué escondite más fenomenal! No me extraña que la policía no descubriese nada por mucho que buscó.

—A lo mejor encontramos la espada con el mango de piedras preciosas —se entusiasmó Ana—. Y también la cama de oro.

Apenas había acabado de hablar cuando un fuerte ruido resonó delante de ellos. *Tim* comenzó a ladrar furiosamente. ¿Qué sucedía?

—¡Chiss! —le ordenó *Jorge*, enfadada—. Harás que te oigan los guardas, idiota. ¡Cállate!

El perro dejó de ladrar y gimió. Luego corrió hacia el bosque y empezó a menear el rabo. Parecía muy feliz.

—¿A quién diablos busca? —exclamó *Jorge*, sorprendida—. Tiene que ser alguien a quien conoce, a juzgar por lo contento que está.

Siguieron a *Tim*, que corría hacia la playa donde habían desembarcado y perdido su bote. Allí, sobre la arena, descubrieron otra embarcación. Era un bote pequeño. Y a su lado, acariciando a *Tim*, estaba Wifredo. ¡Vaya sorpresa!

—¡Wifredo! ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Has alquilado ese bote? ¿Has venido solo? ¿Has…?

Wifredo sonrió encantado ante el asombro de sus compañeros. *Tim* le daba continuos lengüetazos, sin que ni siquiera *Jorge* pareciese darse cuenta.

—Bueno —dijo—. Al ver que no volvíais, pensé que algo iba mal, y cuando el chico de los botes me dijo que os había alquilado uno y que lo habían encontrado vacío a la deriva cerca de la isla, me imaginé lo que estaba ocurriendo. Entonces me dije: «¡Vaya! Seguro que a ésos se les ha olvidado atar el bote al llegar a la isla y que ahora están allí sin poder moverse…». No fue muy correcto esto de marcharos sin mí. Pero pensé que al fin y al cabo os alegraríais de verme si alquilaba un bote y venía a buscaros.

Ana estaba tan contenta que le dio un abrazo.

—Ahora podremos irnos en cuanto queramos —dijo.

—Lo malo es que en este momento no queremos —repuso Dick

—. Hemos descubierto algo estupendo, Wifredo, y estamos muy contentos de que puedas compartirlo con nosotros… Oye, ¿qué tienes en el bolsillo? Veo asomar una cabeza.

—¡Ah! Es sólo un puerco espín pequeñito. Ha recibido un golpe y voy a cuidarlo durante dos o tres días —respondió empujándolo hacia el fondo de su bolsillo—. Pero, bueno… Decidme de una vez lo que habéis descubierto. No será el tesoro, ¿verdad?

—Pues sí, lo es —replicó Ana—. Lo hemos encontrado al bajar a un pozo que hay cerca del castillo.

—¡Qué gracioso! ¿Es que alguien lo tiró al agua? —preguntó Wifredo, extrañado.

—No —denegó Dick. Y le contó toda la historia.

—¡Qué estupendo el que se me haya ocurrido venir! —dijo Wifredo, entusiasmado—. Estuve a punto de no hacerlo. Pensé que a lo mejor no me queríais con vosotros y que a *Jorge* no le haría ninguna gracia verme a causa de *Tim*… Pero yo no puedo evitar que se me acerque… Y si lo rechazase, se ofendería.

Tim se acercó a él con su pelota. Quería que Wifredo la arrojase para cogerla. Pero el niño no se dio cuenta, así que se limitó a acariciarle la cabeza y siguió hablando:

—El chico de los botes no se mostró muy contento al enterarse de que el bote que os había alquilado había sido encontrado a la deriva. Dijo que no estaba nada bien eso de que lo alquilaseis por una semana y apareciese el mismo día y vacío además. Fue su primo quien lo encontró y se lo llevó. No se ha estropeado.

—Ya lo arreglaré todo cuando lo vea —repuso Julián—. Todavía no le hemos pagado el alquiler, pero ya sabe él que lo haremos. Yo no sabía que hubiese aquí tanta resaca y que el mar pudiese arrastrarlo.

—Tendríais que haberme traído con vosotros —les reprochó Wifredo.

Tim, cansado de pedirle que arrojase la pelota, se dirigió a *Jorge*.

Ésta la lanzó al aire y *Tim* la atrapó. De pronto su garganta dejó escapar un ruido horrible y rodó sobre sí mismo, gimiendo.

—¿Qué te pasa, *Tim*? —chilló *Jorge*.

El perro tosía sin cesar y los ojos casi se le salían de las órbitas.

—La pelota se le ha quedado atravesada en la garganta —gritó

Wifredo—. Ya sabía yo que era peligroso. Bien te lo advertí. Tose, *Tim*, tose. ¡Pobre perro!

El niño se mantenía a su lado, temiendo que *Tim* se ahogase. Ya había visto lo mismo en otro perro. *Jorge* estaba aterrorizada. El pobre *Tim* seguía tosiendo, tratando de echar fuera la pelota.

—¡Se ahogará! —exclamó Wifredo. Éste observó la pelota atravesada en la garganta del perro. Afortunadamente el agujero había quedado a la vista. Introdujo la mano en la boca del perro y metió su dedo meñique en el agujero de la pelota. Tiró suavemente y la pelota salió enganchada en él.

Inmediatamente *Tim* empezó a respirar de nuevo, jadeante, mientras *Jorge* lo acariciaba gritando de alegría.

—No debería haberte dejado jugar con esa pelota. Es demasiado pequeña para un perro tan grande como tú y yo sabía que las tiras siempre al aire para cogerlas luego. *Tim*, lo siento muchísimo. ¿Te encuentras bien?

Wifredo se había alejado, pero volvió en seguida con agua del pozo. Metió la mano en el cubo y dejó caer unas gotas en la garganta de *Tim*. Éste las tragó con ansia. Sentía la garganta seca y el agua fría le alivió. *Jorge* dejaba hacer a Wifredo sin decir palabra. Estaba pálida y asustada. De no ser por Wifredo, *Tim* hubiese muerto.

—Gracias, Wifredo —suspiró con un hilo de voz—. Has sido muy inteligente.

—Menos mal que la pelota tenía un agujero —repuso Wifredo, rodeando con sus brazos el cuello de *Tim*.

El perro le lamió agradecido. Luego se volvió hacia *Jorge* y la lamió también.

—Dice que es de los dos —tradujo *Jorge*—. Lo compartiré contigo. Le has salvado la vida.

—Gracias —dijo Wifredo—. Me encanta saber que es un poquito mío. Es el mejor perro del mundo.

Capítulo XIII

UNA EXTRAÑA DESAPARICIÓN

—¡Qué hambre! —se lamentó *Jorge*, que siempre tenía buen apetito—. El jamón se ha acabado ya, ¿verdad? Tenía que haberle dado un poco más al pobre *Tim*. ¿Te queda un terrón de azúcar para él, Dick?

—No; sólo quedan diez, dos para cada uno —respondió Dick, contándolos—. Lo siento, *Tim*. Esta vez no hay nada para ti. ¿Queréis uno? Aunque así no nos quedarán más que cinco…

—¡Ah! Me había olvidado de decíroslo —interrumpió Wifredo, comiéndose su terrón—. He traído comida en el bote. Me imaginé que no habrías contado con eso y que pronto ibais a pasar mucha hambre.

—Eres una maravilla, Wifredo —exclamó Julián, preguntándose cómo pudieron sentir antipatía por él—. ¿Qué has traído?

—Venid y lo veréis —les invitó Wifredo.

Todos se dirigieron hacia el bote. *Tim* caminaba muy pegado al niño. En el bote encontraron un montón de latas, una barra de pan y un paquete de mantequilla.

—¡Fantástico! —se entusiasmó Ana—. ¿Cómo pudiste acarrear todo esto desde casa hasta el bote? Mirad, Wifredo ha traído hasta platos y cubiertos.

—Lo puse todo en un saco y me lo cargué al hombro —respondió Wifredo, encantado de que sus amigos pareciesen tan sorprendidos—. Una vez me caí y las latas bajaron rodando hasta la playa. Por poco os quedáis sin provisiones…

Todos se echaron a reír pensando en el espectáculo de las latas bajando a toda velocidad por la colina. Ana dio una palmadita en la

espalda de Wifredo, que se sentía feliz al ver lo simpático que se mostraban todos con él.

Tim se acercó al bote y olisqueó el pan. Luego se volvió hacia los niños, ladrando, como si dijese: «¿Y para mí no hay nada?». Wifredo le entendió en seguida.

—Sí, claro que sí, *Tim* —dijo—. Te he traído una lata de comida para perros. Es sólo para ti. Aquí está.

Tim reconoció en el acto la lata y ladró alegremente. Empujó con el hocico a Wifredo. Parecía decir: «Anda, ábrela de una vez. Estoy hambriento».

—¿Alguien tiene un abrelatas? —preguntó de pronto *Jorge*—. Sería horrible que ahora no pudiésemos abrirlas.

—¡Anda! Pues no se me ha ocurrido traerlo —exclamó Wifredo —. ¡Qué burro soy!

—No te preocupes —le tranquilizó Dick—. Una de las hojas de mi navaja sirve para abrir latas. —Y la sacó del bolsillo—. Nunca la he usado, pero esperemos que vaya bien. Sostén la lata, Wifredo.

Wifredo sujetó la lata entre las dos manos y, ante la mirada interrogante de todos, Dick abrió su navaja y empezó a cortar la chapa. ¡Funcionaba perfectamente!

—Es la primera vez que la uso —dijo Dick—. ¡Tres hurras por el hombre que tuvo la idea de incluir una hoja abrelatas en la navaja!

—¿Puedes ya comer, *Tim*? —le interrogó *Jorge* con ansiedad—. Quizá le duela todavía la garganta, donde se le atravesó la pelota de madera.

—Eso ya lo decidirá él mismo —repuso Julián—. O mucho me equivoco o, a pesar de todo el daño que pueda tener en la garganta, *Tim* se traga media lata en un segundo.

Julián tenía razón. Tan pronto como Wifredo le dio un tercio del contenido de la lata, el perro comenzó a engullirlo a toda velocidad. No quedó ni el más leve rastro.

—Ya vemos que no hay que preocuparse de tu garganta — exclamó Ana acariciándolo—. Nunca más te vuelvas a tragar una pelota, *Tim*. Me has dado un susto horrible.

—Bueno, ahora será mejor que comamos nosotros —propuso *Jorge*—. Abriremos más latas. No hace falta que las racionemos. Con el bote de Wifredo podremos regresar a la costa. Allí tendremos

todas las que necesitemos.

Abrieron una gran lata de judías, otra de carne y dos de fruta. A continuación, partieron la barra de pan en seis trozos (uno para *Tim*, desde luego) y se sentaron a comer.

—Es la mejor comida de toda mi vida —dijo Dick, satisfecho—. Cosas ricas para comer, cerca del mar, con un sol estupendo y rodeado de amigos.

—¡Guau! —aplaudió *Tim* lamiendo a Dick.

—Dice que no puede estar más de acuerdo —explicó Ana riendo.

—El sol se está poniendo. ¿Qué hacemos? —preguntó *Jorge*—. ¿Volvemos a la costa en el bote de Wifredo o pasamos aquí la noche?

—Nos quedaremos —resolvió Julián—. Nadie sabe que estamos aquí y quiero explorar un poco cuando se haga de noche y esos hombres no puedan verme. Hay un montón de cosas aquí que no entiendo. Por ejemplo, ¿cómo se las arreglan para sacar de la isla todas las estatuas que hemos visto embaladas? Necesitan un barco bastante grande. Me gustaría saber también cuántos hombres hay en la isla. Me imagino que además de los dos guardas, estarán aquí los hombres que encontraron los tesoros que hemos visto. Luego volveremos, se lo contaremos todo a la policía y dejaremos el asunto en sus manos.

—¿No podría Wifredo llevar a las chicas a tierra firme? —preguntó Dick—. No me gustaría que corriesen algún peligro…

Antes de que Julián pudiese responderle, *Jorge* intervino rápida, enfadada porque pudiesen pensar otra cosa:

—Yo me quedo aquí. Ana puede irse si quiere. Pero *Tim* y yo nos quedamos, tanto si os gusta como si no.

—Bueno, de acuerdo, de acuerdo. No hace falta que grites —contestó Dick, fingiendo que se tapaba los oídos—. ¿Y tú qué decides, Ana? Si quieres…

—Yo también me quedo —resolvió Ana—. Si os dejase en la isla, pasaría preocupada toda la noche. Además, no quiero perderme todo esto.

—Muy bien. Nos quedamos todos entonces —dijo Julián—. ¡Wifredo, cuidado! *Tim* tiene el morro metido en el bolsillo, donde guardas a tu puerco espín.

—¡Ah, sí! No te preocupes. Se están haciendo amigos —repuso Wifredo—. Además, el puerco espín es muy pequeño y no hay peligro de que pinche a *Tim* con sus espinas. ¡Es una monada! Le llamaremos Afilado…

—¡Guau! —dijo *Tim* asintiendo. Estaba sentado entre *Jorge* y Wifredo, muy contento de que le hiciesen los dos tanto caso.

—Me parece que me voy a dar un paseo por la isla —dijo Wifredo de pronto—. *Tim*, ¿vienes conmigo?

El perro se levantó en seguida, pero *Jorge* le agarró por el collar.

—No seas tonto, Wifredo —le reprochó—. Ya han disparado una vez contra *Tim* y no quiero que vuelvan a hacerlo. Además, no queremos que sepan que estamos en la isla.

—Iré con mucho cuidado —repuso Wifredo—. No me verán. Por lo menos, cuando llegué en el bote no me vieron.

—¿Y cómo sabemos que no te han visto? —exclamó de pronto Julián, sobresaltado—. ¡No se me había ocurrido pensarlo! Puede que tengan un telescopio y vigilen continuamente. A lo mejor también nos vieron llegar a nosotros. Después de todo, no pueden arriesgarse a que los espíen.

—No creo que nos hayan descubierto —dijo Dick—. Hubiesen dado una batida hasta encontrarnos.

—Pues yo estoy seguro de que no me vieron —afirmó Wifredo —. Si me hubiesen visto llegar, me habrían esperado en la playa. Bueno, me voy a pasear un rato.

—No, no vas a ir a pasear en absoluto, Wifredo —denegó Julián con firmeza.

De nuevo se tendieron al sol. Estaba poniéndose ya, pero aún brillaba con fuerza. Dick pensaba en la noche que se aproximaba y en cómo Julián y él encontrarían el lugar donde estaban escondidas las estatuas de oro. Luego se durmió y no se despertó hasta que Ana le llamó. Se incorporó y empezó a hablar con su hermana. De pronto ésta miró a su alrededor.

—¿Dónde está Wifredo? —dijo.

Todos se incorporaron, sobresaltados.

—¡Se marchó sin hacer ruido! —exclamó Dick, enfadado—. ¡Será idiota! Debe de haberse ido hace bastante rato. Seguro que lo cogerán. Menos mal que *Tim* no se ha ido con él. Podrían

descubrirlo y matarlo.

Jorge rodeó el cuello de *Tim* con sus brazos.

—*Tim* nunca se iría con Wifredo dejándome a mí —dijo—. ¡Qué tonto es el crío ese! Lo malo es que esos hombres adivinarán que ha venido alguien más con él. Son capaces de obligarle a que les diga todo lo que sabe, incluso dónde está el bote y todo lo demás.

—¿Qué hacemos? —se angustió Ana—. Lo mejor será buscarle.

—*Tim* lo encontrará —afirmó *Jorge* levantándose—. Corre, *Tim*, encuentra a Wifredo. Corre, busca a ese cabezota.

Tim la entendió de inmediato. Olfateó el suelo hasta que encontró el rastro de Wifredo y echó a correr.

—No vayas tan de prisa, *Tim* —gritó su ama.

Tim aminoró su marcha. *Jorge* miró hacia el lugar en que habían estado sentados.

—¿Qué os parece si cogemos un par de latas? —preguntó.

—Sí, es una buena idea —asintió Julián—. Nunca se sabe lo que puede suceder.

Él y Dick cogieron un par de latas cada uno y se las metieron en los bolsillos. Resultaba incomodísimo. ¡Aquel tozudo de Wifredo…!

—Tiene que haber ido en esta dirección —dijo Dick—. No ha hecho ningún ruido. Es extraño que *Tim* no nos haya avisado. Búscalo, *Tim*, búscalo.

—Escuchad —dijo Ana deteniéndose súbitamente—. ¡Escuchad!

Todos se detuvieron atentos. No les gustó nada lo que oyeron. Era la voz de Wifredo, temblorosa de miedo.

—Déjenme marchar. ¡Déjenme marchar!

Luego escucharon una voz muy fuerte, que sonaba muy enfadada:

—¿Con quién estás? Sabemos que no has venido solo. ¿Dónde están los demás?

—¡Pronto! Tenemos que escondernos —dijo Julián, enfadado y preocupado a la vez—. Dick, busca un buen escondite. Yo haré lo mismo.

—No servirá de nada —replicó Dick—. Nos buscarán por todas partes. Será mejor que nos subamos a un árbol.

—Buena idea —aprobó Julián—. Ana, ven conmigo. Te ayudaré a subir de un empujón. ¡Hale todos! ¡Rápido!

Capítulo XIV

LA AVENTURA DE WIFREDO

—¿Y qué hacemos con Tim? Él no puede subirse a un árbol —dijo *Jorge*—. Y si lo ven, a lo mejor le pegan un tiro…

—Llévalo detrás de un arbusto y mándale que se siente —resolvió Julián—. Sabe perfectamente lo que quiere decir eso; corre, *Jorge*, de prisa.

La niña agarró a *Tim* por el collar y le obligó a esconderse entre un arbusto muy espeso. *Tim* la miró sorprendido. Se encontraba molesto entre las hojas.

—Siéntate, *Tim*, y quédate quieto —le ordenó su ama—. ¡Siéntate, te he dicho! ¡Siéntate! ¿Entiendes?

—¡Guau! —respondió *Tim* muy bajito. Y escondió la nariz de manera que no se le veía. Ahora había entendido perfectamente lo que quería decir *Jorge*. Era un perro muy listo.

Dick ayudó a Ana a subirse a uno de los árboles, eligiendo uno muy espeso.

—Súbete lo más arriba que puedas —le recomendó—. Y quédate ahí hasta que te llame. No tengas miedo. *Tim* te protegerá.

Ana le sonrió tímidamente. No era como *Jorge*, valiente y siempre dispuesta a meterse en aventuras. Le gustaba la tranquilidad, aunque sabía que estando los cinco juntos era imposible.

Los tres hermanos y *Jorge* estaban encaramados en sendos árboles, escuchando las palabras de aquellos hombres. Parecía que Wifredo no les había delatado. ¡Bien por él!

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —insistió uno de los hombres.

—En un bote —contestó Wifredo.

—¿Quién ha venido contigo? —preguntó otro.

—Nadie. He venido solo —contestó Wifredo sin titubear—. Quería visitar la isla. Me gustan mucho los animales y me habían dicho que en esta isla hay muchos.

—¡Vaya un cuento chino! —dijo una voz de hombre.

—¡Le estoy diciendo la verdad! Mire lo que tengo en el bolsillo —dijo Wifredo, enseñándole al parecer su puerco espín. Lo he encontrado herido y lo he recogido para cuidarlo.

—Muy bien. En ese caso, vuélvete a tu bote y lárgate inmediatamente. Inmediatamente. ¿Me entiendes? Y no tengas tanto miedo. No te vamos a comer. Tenemos mucho trabajo y no queremos extraños husmeando por los alrededores. Ni tampoco niños tontos con puerco espines en los bolsillos.

Wifredo se fue corriendo. Se sentía perdido. Nunca encontraría a sus amigos, ni la playa en que se encontraba el bote. ¿Por qué habría desobedecido a Julián? ¿Le habrían oído sus compañeros? No sabía qué dirección tomar. Había perdido completamente el sentido de orientación e ignoraba si tenía que ir hacia la izquierda o hacia la derecha. ¿Dónde estarían los otros? Tenía que encontrarlos. Corrió entre los árboles, deseando que *Tim* se encontrase a su lado. De pronto se detuvo. ¿Era aquél el camino? Dio media vuelta y corrió en la dirección opuesta. No, tampoco era por allí.

Creyó oír voces a lo lejos. Se detuvo a escuchar. ¿Serían sus amigos?… Si por lo menos *Jorge* enviase a *Tim* en su busca… Pero no, podían disparar contra él. ¡Un momento! ¿Eran voces o sólo el viento? Quizá fuesen sus compañeros que le andaban buscando. Wifredo corrió hacia donde se oía el sonido. Pero éste cesó de pronto. ¡Era el viento!

Los árboles se hacían cada vez menos densos. Por fin, Wifredo divisó el mar. ¡Estupendo! Si podía llegar hasta allí recorriendo la costa acabaría por encontrar el bote. Corrió de nuevo con todas sus fuerzas.

Trepó a toda velocidad por entre los árboles, hasta llegar a un acantilado muy alto. Sí, allí estaba el mar. Tenía que llegar al punto más alto para examinar los alrededores. Cuando lo consiguió, se asomó al borde. En el acto, se retiró asustado. ¿Qué era aquel ruido? Era como el gemido de un gigante, un gemido que iba

aumentando en intensidad para morir o comenzar de nuevo cada vez más fuerte. Wifredo temblaba de miedo. No se atrevía a continuar adelante y se sentó cubriéndose los oídos con las manos para no oír aquel escalofriante gemido.

De repente, se acordó de lo que se trataba y se sintió aliviado. ¡Claro! Aquél era el sonido que originaba el viento al chocar con los acantilados. Cierto que les habían dicho que a la isla la llamaban también la isla de los Lamentos. Sí, sí, ya sabía que era el viento. ¡Pero vaya un sonido más terrible!

Siguió sentado durante un rato, ahora mucho más tranquilo, y luego se acercó al borde del acantilado. Miró hacia abajo y lo que vio le sorprendió muchísimo.

«¿Quiénes serán esos hombres? —pensó—. No puedo permitir que me vean. Deben de ser compinches de los que me cogieron. ¿Qué estarán haciendo ahí?».

Se tumbó en el suelo y les espió. Eran cuatro hombres. De repente, desaparecieron. ¿Dónde se habían metido?

«Sin duda hay cuevas en el acantilado. Se habrán metido en alguna —pensó—. Ojalá parase este horrible sonido. Terminará por volverme loco».

Al cabo de un rato oyó voces de nuevo y se asomó para investigar. Vio que dos de los hombres salían de las rocas. ¿Qué era lo que llevaban? Una caja enorme. En seguida se acordó de lo que habían dicho sus amigos. ¡Aquellas grandes cajas eran los embalajes de las estatuas!

«¡Ajá! ¿Conque así es como las sacan de aquí? Las llevan a través de algún pasadizo que va desde el castillo a los acantilados. Allí les está esperando un barco».

Pero, ¿dónde estaba el barco? No conseguía verlo. Bueno, quizá no había llegado todavía.

Permaneció vigilando con mucho interés como los hombres sacaban una caja tras otra y las amontonaban cerca de una roca casi sumergida en unas aguas tranquilas.

«Cajas pequeñas…, cajas grandes… Están trabajando a base de bien —pensó Wifredo, deseando que los otros estuviesen con él—. Me pregunto qué habrá en su interior. La cama de oro, seguro que no. Resultaría demasiado grande para transportarla. Tendrían que

desmontarla primero. ¡Otra caja! Pronto van a necesitar un transatlántico para que quepa todo eso…».

Nada más ocurrírsele esto, vio un barco que se acercaba.

«¡Vaya, no es un transatlántico, pero de todos modos es muy grande! —pensó Wifredo—. Me imagino que ahora echarán al agua un bote más pequeño y que cargarán en él las cajas».

Pero el vapor quedó inmóvil y no apareció bote alguno. Wifredo se imaginó que sin duda estaba aguardando a que subiese la marea para poder acercarse más.

«¿Qué dirán los otros cuando se lo cuente? ¡No me creerán! Bueno, así no me reñirán por haberme escapado de ellos».

Decidió volver al bosque para contarles lo que había visto. No creía que estuviesen muy lejos de donde los había dejado. De súbito, alguien saltó encima de él desde un árbol y lo derribó.

—¡Déjenme ir! ¡Déjenme ir! —gritó asustado. Pero pronto saltó de alegría al ver a *Tim* corriendo hacia él.

—¡*Tim*! ¡Sálvame!

Sin embargo, *Tim* no se apresuró a salvarle. Se quedó donde estaba, mirándole extrañado, mientras él se debatía desesperadamente para desasirse de los brazos que le asían.

De repente, Wifredo oyó una risa. ¿Una risa? ¿Quién podía reírse en una situación como aquélla? Volvió la cabeza y vio a Dick y a Ana haciendo esfuerzos por contener las carcajadas y a *Jorge* partiéndose de risa. Su captor lo soltó y rió a su vez con todas sus fuerzas. ¡Era Julián!

—¡No hay derecho! —exclamó—. Me habéis dado un susto de muerte. Esta tarde casi me han secuestrado.

—¿Dónde te has metido, Wifredo? —preguntó Julián, muy serio ahora—. Te prohibí que fueses a dar una vuelta y sin embargo lo hiciste.

—Sí, ya lo sé. Me fui y un hombre me atrapó y me metió el miedo en el cuerpo. Luego me soltó, corrí y me perdí. No pude encontraros —dijo el pobre Wifredo—. Pero he averiguado algo muy interesante.

—¿Qué es? —preguntó inmediatamente Julián.

—Será mejor que nos sentemos. Os lo contaré —dijo Wifredo—. Estoy muy nervioso. Sois unos bestias por asustarme de ese modo.

—No te preocupes, Wifredo —intervino Ana. Sentía lástima de él, pues efectivamente parecía muy asustado—. Ahora cuéntanos todo lo que ha sucedido.

Wifredo se sentó, temblando todavía. Pronto explicó a los otros todo lo que le había sucedido y lo que acababa de ver en los acantilados. Los demás le escuchaban en silencio, muy interesados.

—¿De modo que ése es el otro camino que lleva al tesoro? ¿Un pasadizo a través del acantilado? —exclamó Julián—. ¡No se me había ocurrido! Lo mejor será que vayamos a explorar los acantilados cuando no haya nadie.

—Entonces será mejor que esperemos hasta la noche —repuso Wifredo—. Podrían vernos en el acantilado cuando vayamos allí para buscar el pasadizo. Esos hombres estarán vigilando ahora que saben que hay alguien en la isla. Apuesto a que habrán adivinado que no estoy solo, aunque yo les aseguré que no me acompañaba nadie.

—¿Y por qué no comemos algo? —propuso *Jorge*—. Una vez que hayamos comido, veremos las cosas más claras. Hace siglos que no hemos probado bocado. Podemos abrir unas cuantas latas. Después planearemos lo que vamos a hacer esta noche. Es fantástico todo lo que está ocurriendo, ¿verdad *Tim*?

—¡Guau! —contestó el perro. En efecto, era fantástico, pensaba. Demasiado fantástico y demasiado peligroso para su gusto. Aquella noche no se separaría de *Jorge*. Permanecería lo más cerca posible de ella, y si corría peligro, él estaría a su lado para protegerla.



Capítulo XV

JULIÁN TIENE UN PLAN ESTUPENDO

Los cinco chiquillos hablaron y hablaron mientras abrían varias latas y comían. Tomaron jamón, ensaladilla rusa y judías, y como postre, un terrón de azúcar. *Tim*, como siempre, lo engulló en un solo mordisco.

—¿Tenéis todos vuestras linternas? —preguntó Julián—. Hoy hay luna llena y se verá muy bien en el exterior. Pero seguramente tendremos que entrar en alguna cueva. Entonces las necesitaremos.

Sí, todos tenían sus respectivas linternas. Incluso Wifredo tenía dos. Cierto que eran más bien pequeñas, pero funcionaban estupendamente.

—¿Qué plan vamos a seguir, Julián? —preguntó *Jorge*.

Tim gimió como diciendo: «Sí, dínoslo». Estaba sentado al lado de *Jorge* y muy próximo a Wifredo. De vez en cuando olisqueaba el puerco espín que el niño llevaba en el bolsillo. Wifredo había estado muy ocupado capturando insectos para darle de comer.

—Propongo que vayamos a los acantilados tan pronto como llegue la noche y descendamos por ellos —dijo Julián—. Supongo que habrá algún camino que lleve hasta el agua, aunque sólo sea una senda de conejos. Yo iré delante, Ana y Wifredo seguirán detrás de mí y después Dick. *Jorge* y *Tim* irán los últimos.

—De acuerdo —dijeron todos.

—Desde luego, procuraremos hacer el menor ruido posible, y sobre todo, habrá que tratar de no desprender piedras al pisar —continuó Julián—. A lo mejor hay alguien abajo y podría vernos. Cuando lleguemos a la playa, Wifredo pasará delante. Él ha visto a los hombres y sabe poco más o menos dónde se encuentra la

entrada.

Wifredo se sintió muy importante. ¡Era como planear una exploración! De pronto se acordó de algo.

—Espero que las chicas no se asustarán cuando oigan esos terribles gemidos —dijo—. Es sólo el viento que silba al chocar contra los agujeros y las aristas de las rocas.

—¿Quién se asusta del viento? —gruñó malhumorada *Jorge*.

—Quizá *Tim* —repuso Julián sonriendo—. Nosotros sabemos que se trata del viento, pero él no. Será mejor que lo sujetes por el collar cuando lo oigamos.

—No se asustará —afirmó *Jorge*—. *Tim* no se asusta de nada.

—Sí, ya lo creo que se asusta —aseguró Dick inmediatamente—. Y sé de algo que le asusta muchísimo y le hace meter el rabo entre piernas y agachar las orejas.

—No es cierto —protestó *Jorge*, enfadada.

—Claro que sí. ¿Es que no lo has visto nunca cuando le riñes? —dijo Dick, soltando una carcajada—. Incluso tiembla de miedo.

Todos rieron menos *Jorge*.

—No es verdad —dijo—. No hay nada que pueda asustar a *Tim*, ni siquiera yo. Cállate de una vez, Dick.

—Quizá fuese mejor que solamente uno o dos de nosotros entrasen en la cueva —aventuró Julián—. Los otros pueden esperar escondidos a que les hagamos una señal. No creo que encontremos a nadie en plena noche, pero nunca se sabe. Ojalá haya un pasadizo que nos lleve hasta el sitio donde están escondidas las estatuas de oro. Así sabremos con seguridad cómo las sacan y las meten en la isla.

—¿Meterlas? —preguntó Dick, extrañado—. Pero yo creía que hacía muchísimos años que estaban aquí y que ellos se limitaban a llevárselas.

—Bueno, creo que la cosa es más complicada de lo que parece. Esto puede ser el centro de operaciones de una banda que guarda aquí lo que ha robado. Esperan unos años a que el asunto se haya olvidado y luego sacan las cosas para venderlas.

—Pues yo sigo creyendo que alguien descubrió la habitación con los tesoros del viejo millonario y que se los está llevando poco a poco. Sea lo que sea, es la mar de interesante.

—¡Y pensar que todo empezó porque fuimos al pozo a beber agua! —dijo Ana.

—Poneos los jerseys —recomendó Julián—. Con el viento que sopla en los acantilados, sentiréis frío.

—¡Estoy muy impaciente! —aseguró *Jorge*—. ¡Es toda una aventura! ¿Has oído, *Tim*? ¡Una aventura!

—¿Algo más, Julián? —preguntó Ana, que se sentía orgullosa de su hermano. Parecía una persona mayor cuando planeaba las cosas.

—Eso es todo. Comeremos algo antes de empezar la aventura. Wifredo irá el primero hasta llegar a los acantilados. Sólo él conoce el camino. Luego pasaré yo delante. No quiero que nadie resbale y le oigan los ladrones, o los contrabandistas, o lo que sean.

—¿Has oído, *Tim*? —preguntó *Jorge*. El perro gimió y colocó una pata sobre la rodilla de su ama, como diciendo: «Es una pena que no tengáis unos pies tan seguros como los míos».

El tiempo transcurría muy despacio. Todos estaban deseando emprender la marcha y consultaban continuamente sus relojes. Comieron otra vez, pero, cosa extraña, nadie sentía el menor apetito. Estaban demasiado nerviosos. *Tim* era el único que parecía tranquilo. Por su parte, *Jorge* parecía la más nerviosa de todos.

Por fin se pusieron en marcha. Wifredo iba delante.

No se acordaba muy bien del camino, pero se guió por los gemidos distantes del aire en el acantilado.

Conforme se aproximaban a éste, el sonido iba aumentando en intensidad. Semejaba un gigantesco lamento. No era extraño que hubiesen bautizado a la isla con su nombre.

¡EEEEEH! ¡OOOOOH! ¡EEEEEH! ¡AAAAAH! ¡OOOOOH!

—No resulta nada agradable —comentó Ana—. Es como si alguien estuviese llorando y lamentándose.

—¡Caramba! ¡Vaya un viento! —gruñó Dick—. Menos mal que no llevo peluca. Ya se hubiese echado a volar. Agarra a *Tim*, *Jorge*, el viento podría hacerle caer. Pesa muy poco.

Jorge sujetó fuertemente a *Tim*. ¡Qué horrible sería que el viento lo empujase por el acantilado! *Tim* le lamió la mano. No le gustaba nada aquel viento. ¡Tenía un ruido tan lúgubre!

Llegaron al borde del acantilado y miraron hacia abajo para comprobar si había alguien en la playa. Pero a excepción de las

gaviotas que chillaban en sus nidos no había el menor signo de vida.

—No hay ningún bote ni ningún barco —dijo Dick—. ¡Paso libre, Julián!

Julián buscó un camino para bajar por el acantilado, mas no consiguió encontrarlo. No parecía haber ninguno que llegase hasta abajo.

—Iremos hasta allí. Luego subiremos un poco y cogeremos aquel otro camino, por aquella cornisa de allá, hasta llegar hasta aquella roca blanca. ¿La veis? —resolvió al fin—. Desde allí podremos llegar fácilmente abajo.

—Será mejor que *Tim* se adelante —dijo *Jorge*—. Él escogerá el mejor camino. Corre, *Tim*, guíanos.

Tim la entendió en seguida, y al momento se puso en cabeza del grupo. Descendió un poco, avanzó un trecho por la cornisa que había señalado Julián y se detuvo.

Emitió un corto ladrido como diciendo: «Seguidme. Es muy fácil».

Todos obedecieron sus indicaciones, aunque unos con más cuidado que otros. *Jorge* y Wifredo apenas tomaban precauciones y en una ocasión Wifredo resbaló, lo que le ocasionó un largo trayecto sobre su trasero. ¡No le gustó ni pizca!

—Mira dónde pones los pies, Wifredo —advirtió Julián—. Se está haciendo de noche. Si has resbalado es porque quisiste saltar esa roca en lugar de trepar por ella con cuidado. No me apetece en absoluto tener que mandar a *Tim* al fondo de este precipicio para que recoja tus pedazos.

Por fin llegaron a la base del acantilado. La marea estaba baja y el agua quedaba a unos cuantos metros. Ana resbaló en una roca y cayó en una pequeña balsa de agua. Sus zapatos quedaron empapados.

—Bueno, ahora, veamos. ¿Dónde viste exactamente a esos hombres? —preguntó Julián deteniéndose.

—¿Ves aquellas rocas altas? —dijo Wifredo señalándolas—. ¿Aquélla que tiene forma de oso? Pues los hombres se metieron por detrás de ella y después desaparecieron.



—De acuerdo —dijo Julián—. Ahora, ni una palabra más. Aunque con el ruido que hace el viento no es fácil que se oiga nada. ¡Seguidme!

Se dirigieron hacia la roca con figura de oso que había señalado Wifredo. Todos estaban impacientes por llegar allí. Ana cogió la mano de Wifredo y le susurró al oído:

—Es fascinante, ¿verdad?

Wifredo asintió. Le hubiese dado miedo encontrarse solo por allí, pero, con sus amigos, aquello resultaba una aventura. ¡Una aventura estupenda!

Por fin llegaron a la roca. Cerca de la misma divisaron una zona oscura. ¿Sería el túnel?

—De ahí salieron los hombres —dijo Wifredo en voz baja—. ¿Entramos?

—Sí —respondió Julián—. Yo me meteré primero y esperaré un poco por si oigo algo en cuanto me acostumbre al ruido del mar. Si no oigo nada, silbaré. ¿De acuerdo? Entonces entraréis vosotros.

—¡De acuerdo! —dijeron todos.

Observaron como Julián se metía en la boca del túnel. El muchacho se detuvo y permaneció inmóvil. Estaba muy oscuro y cogió su linterna. La encendió, y su brillante haz iluminó el pasadizo. Vio un foso que seguía hacia adelante y a ambos lados del mismo una cornisa rocosa, no demasiado pendiente. En el foso se veía una corriente de agua que iba a parar al mar.

—Voy a penetrar un poco más a ver si puedo oír algo —dijo a los otros—. Esperadme aquí.

Julián desapareció en el interior del túnel, mientras los demás se quedaban afuera, aguardando impacientes la señal. De pronto una gaviota pasó rozando sus cabezas. Wifredo se llevó tal susto que estuvo a punto de caerse de la roca en que se encontraba y tuvo que agarrarse a *Jorge*. *Tim* gruñó mirando fieramente a la gaviota. ¡Qué pájaro tan estúpido! ¡Mira que asustarlos de aquel modo…!

En aquel instante sonó un débil silbido y Julián apareció de nuevo ante ellos, con la linterna en la mano.

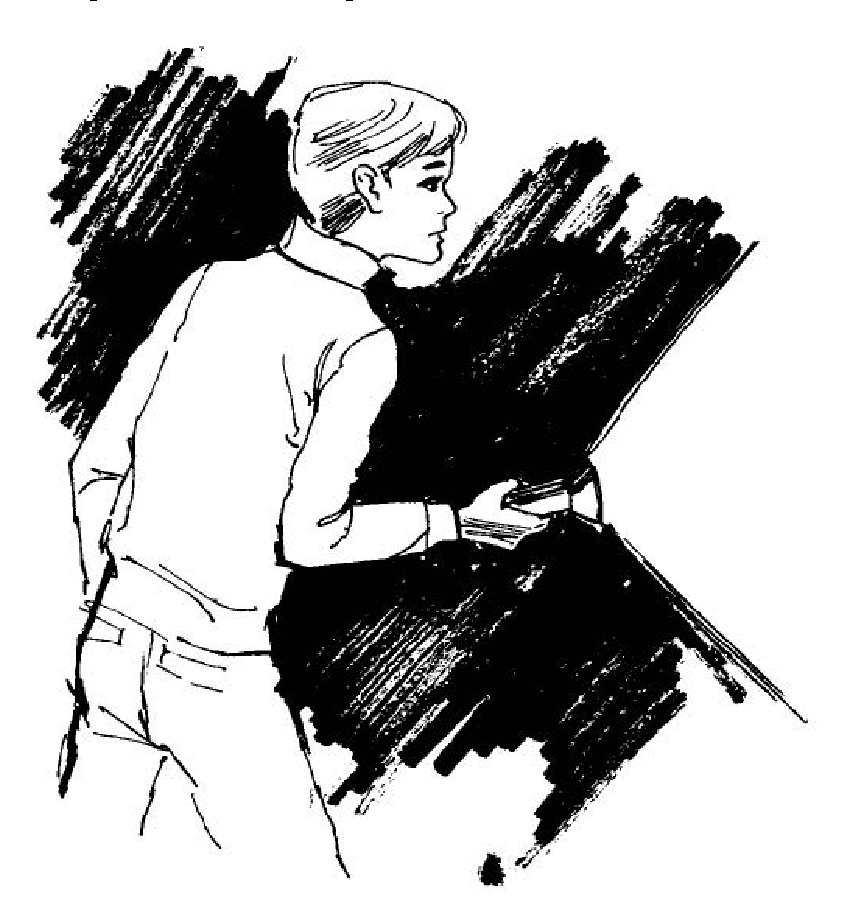
—Todo va bien —dijo—. No he oído nada y el camino es fácil. Hay una corriente de agua y una cornisa de roca sobre la que se puede caminar fácilmente. Procurad no hablar. Y cuidado con susurrar. La cueva amplifica muchísimo los sonidos. Agarra a *Tim*, *Jorge*.

Tim gimió ligeramente cuando *Jorge* le obligó a entrar en la cueva. Al momento su gemido resonó mil veces más fuerte al rebotar en las paredes. *Tim* se llevó un susto tremendo.

Jorge lo agarró con firmeza.

—No te muevas de mi lado —susurró—. Y no hagas ruido. Esto es una aventura, *Tim*, y tú estás tan metido en ella como nosotros. ¡Venga!

Y todos se adentraron en el oscuro pasadizo. ¿Qué encontrarían? Sus corazones latían con fuerza. *Tim* se mantenía muy pegado a *Jorge*. ¿Una aventura? En ese caso debía cuidarla mucho. En una aventura puede suceder cualquier cosa.



Capítulo XVI

¡BAJO TIERRA!

El interior del pasadizo estaba muy oscuro. Las linternas de los niños, sin embargo, penetraban en la oscuridad y les permitían ver perfectamente el camino. Tal como había dicho Julián, un pequeño riachuelo corría por el foso, con cornisas de roca a los lados. El agua había labrado el canal durante los cientos y cientos de años que llevaba recorriendo el pasadizo.

—Debe de ser el agua que se filtra de los acantilados —dijo Julián en voz baja—. Cuidado aquí, las piedras son muy resbaladizas.

—¡Ay! —se quejó Wifredo, al resbalar y meter el pie en el agua helada.

El eco devolvió su exclamación: ¡Aaaay! ¡Aaaay! Todos sintieron un escalofrío. Ana se apretó contra Julián, que le cogió la mano para tranquilizarla.

—Siento mucho haber dicho ¡ay! —se disculpó Wifredo en voz baja.

Y el eco al instante recogió su voz y la repitió: ¡Aaay! ¡Aaay! ¡Aaay! *Jorge* no pudo por menos que soltar una risita, que el eco repitió a su vez decenas de veces.

—Haced el favor de callaros de una vez —les regañó Julián muy serio en voz baja—. Creo que estamos llegando a una caverna. Siento una corriente de aire sobre mi cabeza.

Sus amigos la habían notado también mientras subían por la estrecha cornisa, tratando de evitar el agua del riachuelo. Éste brillaba a la luz de las linternas y producía un murmullo muy agradable.

Julián se preguntaba cómo aquellos hombres conseguirían transportar las enormes cajas a través de una cornisa tan estrecha.

«Bueno, es posible que sea lo suficientemente ancha —se dijo—. Aunque cuando hace un recodo las cajas casi no deben de pasar. Espero que no nos encontremos de repente frente a un hombre con una de las cajas. Tiene que haber una abertura muy cerca. La corriente de aire es ahora mucho más fuerte».

—Julián —susurró Ana—. No hemos dejado de subir y, además, hemos avanzado mucho hacia el interior de la isla. Me parece recordar que el castillo estaba en esta dirección, ¿verdad?

—Sí, creo que sí —respondió Julián deteniéndose a pensar—. Quizá este pasadizo vaya a parar a las mazmorras. Un castillo como éste tenía que tener mazmorras para encerrar a los prisioneros. Sí, creo que vamos hacia el castillo. No se me había ocurrido.

—Entonces, el pozo debe de llegar hasta los cimientos del castillo —exclamó Dick en voz alta sin poder contenerse.

El eco aumentó aún más su voz, sobresaltándolos a todos.

—Haz el favor de hablar bajo, idiota —dijo Julián, enfadado—. ¡Me has dado un buen susto!

—Lo siento —se disculpó Dick.

—Creo que tienes razón. El pozo debe de llegar hasta los cimientos —murmuró Julián en voz muy baja—. No lo había pensado, pero el pozo no estaba muy lejos del castillo y éste debe de tener unos sótanos muy grandes.

—La pared en la que estaba la puertecita era muy gruesa —dijo Dick—. Apuesto a que lo que veíamos desde allí eran las mazmorras. Tenía todo un aspecto siniestro.

Aquello era muy interesante. Julián reflexionó sobre ello mientras seguían adelante. Ahora el pasadizo se mantenía horizontal, más ancho y de más fácil paso.

—Creo que este trozo es obra de hombre —dijo Julián deteniéndose—. Hasta ahora el pasadizo era natural y por eso resultaba difícil caminar por él. Pero ahora es distinto. Mirad esos viejos ladrillos. Parecen puestos para reforzar el túnel.

—Sí, sin duda era un camino secreto que unía el castillo al mar —dijo Dick entusiasmado, olvidándose casi de hablar en voz baja—. Todo esto es muy emocionante.

Todos estaban igualmente entusiasmados, excepto *Tim*, al que no le gustaba la oscuridad ni los pasadizos secretos. No entendía por qué Julián los llevaba a pasear por un sitio tan extraño. Durante todo el camino había marchado por el riachuelo, lo que resultaba mucho más cómodo para él que la cornisa.

La corriente era cada vez más fuerte y comenzaba a sentirse frío.

—Estamos ya cerca de la abertura por la que entra la corriente —advirtió Julián—. No hagáis ruido.

Todos se mantuvieron silenciosos, hasta que Ana creyó que ya no podría aguantar más. ¿A dónde se dirigían? De pronto Julián exclamó:

—¡Ya hemos llegado! ¡Aquí hay una puerta de hierro!

Todos se agruparon a su alrededor para verla. La puerta era muy fuerte, con gruesos barrotes de hierro. Podían ver perfectamente el interior por entre las barras, por las que pasaba la fuerte corriente de aire.

Julián enfocó su linterna, con las manos temblorosas de emoción. El haz de luz iluminó una habitación de piedra muy pequeña. Una puerta se abría en el otro extremo y, a través de ella, les llegaba la corriente de aire.

—Esto debe de ser una celda o algo por el estilo —dijo Julián—. ¿Estará abierta la reja? Lo probaré por si acaso.

La empujó y la puerta se abrió suavemente, como si estuviese perfectamente engrasada. Julián entró en la celda y la recorrió con el haz de su linterna.

—Esto está frío como el hielo, aunque el día ha sido caluroso —comentó—. Me gustaría saber cuántos prisioneros han sido encerrados aquí y han tenido que vivir con este frío.

—Mira, hay una argolla en la pared —advirtió Dick, examinando una anilla de hierro clavada en el muro—. Seguramente ataban a los prisioneros con cadenas, para hacer sus sufrimientos aún más grandes.

Ana sintió que un escalofrío recorría su espalda.

—¿Cómo podía la gente ser tan cruel? —exclamó viendo en su imaginación a los pobres condenados encadenados a la pared, comiendo sólo mendrugos de pan y bebiendo agua, sin más cama que el duro suelo—. A lo mejor alguno de ellos consiguió escapar

por el pasadizo.

—No, lo más fácil es que este pasaje lo empleasen para librarse de ellos —replicó Dick—. Podían llevarlos hasta el agua y ahogarlos sin que nadie se enterase.

—No me hables de esas cosas —se estremeció Ana—. Me parece como si fuera a oír de un momento a otro sus quejidos y lamentos.

—Tampoco a mí me gusta este sitio. Y *Tim* tiene el rabo entre las patas. ¡Vámonos! —dijo *Jorge*.

Julián se acercó hasta la puerta del fondo de la celda. Vio un largo pasillo de piedra, a ambos lados del cual había varias celdas como la que acababan de visitar.

—Sí, éstas eran las mazmorras. Supongo que los sótanos donde guardaban los alimentos no se encontrarán muy lejos. Vayamos a explorar. No oigo nada. Esto parece estar completamente vacío.

Todos siguieron a Julián a través del estrecho pasadizo de piedra, mirando las celdas al pasar. Pobres prisioneros, pensaban todos. Al final del pasadizo había otra puerta de hierro. También estaba abierta. Pasaron a través de ella y llegaron a una enorme habitación, llena de cajas vacías, sillas rotas, papeles viejos que se convertían en polvo al pisarlos y de todos los trastos que pueden encontrarse en un sótano normal. Todo olía a vejez y a humedad, a pesar de que la corriente de aire casi barría los olores.

Llegaron a unos escalones y comenzaron a subirlos. Al final de la escalera encontraron una gran puerta, con un enorme pasador.

—Afortunadamente está de nuestro lado —dijo Julián. Trató de descorrerlo y comprobó con sorpresa que no le costaba esfuerzo alguno. Él esperaba que resultase difícil de manejar, pues lo natural hubiese sido encontrarlo oxidado por el paso de los años. Sin embargo cedió fácilmente—. Lo han engrasado hace muy poco. ¡Vaya! No hace mucho que han estado aquí y han usado esta puerta. Será mejor que vayamos con cuidado. A lo mejor nos dan un buen susto.

El corazón de Ana empezó a latir con fuerza. Ojalá que no hubiese nadie aguardándoles agazapado tras una esquina para saltar sobre ellos.

—Ve con cuidado, Julián —advirtió—. Pueden habernos oído y esperarnos emboscados y…

—Todo va bien, Ana, no te preocupes —la interrumpió Julián—. *Tim* nos avisaría si oyese una sola pisada.

En aquel preciso momento, *Tim* empezó a gruñir, dándoles un susto enorme. Dick miró al perro. Estaba mirando al suelo, con la cabeza gacha. Dick enfocó hacia allí su linterna para ver de qué se trataba, y en seguida soltó una carcajada.

—No hay por qué preocuparse —dijo—. Mirad qué es lo que hacía gruñir a *Tim*.

Todos miraron hacia allí y descubrieron un enorme sapo que les observaba con ojos brillantes. Cuando lo iluminó la luz de las linternas, dio unos cuantos saltos y desapareció en una grieta del muro.

—Nunca había visto un sapo tan grande en toda mi vida —dijo Ana—. Debe de tener por lo menos cien años. *Tim*, menudo susto me has dado gruñendo de ese modo.

El sapo se había quedado en el borde de la grieta, mirándoles con curiosidad, como burlándose de *Tim*.

—Ven, *Tim*, los sapos pueden escupir un líquido que huele muy mal —le recomendó Dick—. No se te ocurra morderle.

Julián había pasado por la puerta que se abría al final de los escalones. De pronto le oyeron exclamar algo en voz alta y todos se acercaron para saber qué era lo que había visto.

—¡Mirad! —dijo Julián, enfocando su linterna hacia la oscuridad —. Mirad a dónde hemos venido a parar. ¿Habíais visto alguna vez tantas maravillas juntas?



Capítulo XVII

EN LA CÁMARA DEL TESORO

La linterna de Julián perforó la oscuridad de la habitación, que parecía no tener fin. Los otros enfocaron también sus linternas. ¡Qué maravilla! Estaban en la enorme cámara que los chicos habían entrevisto por la puertecita del pozo. Era enorme, pensó Ana, extasiada ante el tamaño, la altura y el silencio de aquel lugar.

—Ahí están las estatuas de oro —observó Dick acercándose a un grupo de ellas—. ¡Extraordinarias! ¡Qué caras más extrañas tienen! No son como nosotros. Mirad cómo brillan sus ojos cuando les da la luz de las linternas. Parece como si estuviesen vivas y nos espiasen.

De pronto Ana dejó escapar un grito y echó a correr hacia un rincón.

—¡La cama de oro! —exclamó—. Tenía tantas ganas de tumbarme en ella. Ahora mismo voy a hacerlo.

Y ni corta ni perezosa se subió a la cama, cubierta por unos cortinajes que el paso de los años había reducido a harapos. De repente, la cama emitió un siniestro crujido y se derrumbó sobre la niña en medio de una nube de polvo.

Sus amigos la ayudaron a salir de aquel lío mientras *Tim* miraba sorprendido las nubes de polvo. ¿Por qué armaba Ana tanto polvo? Estornudó una vez y luego otra. Ana estornudó también y por fin se levantó de la destrozada cama, sacudiéndose el polvo.

—La cabecera es de oro y las patas también —dijo Dick, iluminándola—. ¡Qué cama tan enorme! Podrían dormir en ella hasta seis personas. Qué lástima que con los años la parte de madera se haya podrido. ¡Uf, menuda polvareda!

No había duda. Todo el tesoro se encontraba escondido en

aquella cámara. Sin embargo, los niños no consiguieron encontrar el sable con la empuñadura de piedras preciosas, ni el collar de rubíes, aunque Julián pensó que quizás estuviese en uno de los cofres. Pero en cambio hallaron muchas cosas más.

—Mirad ese cofre, ése de ahí —dijo Ana—. Está lleno de copas de oro, fuentes y platos. Y están limpísimos.

—Y mirad lo que hay aquí —gritó *Jorge*.

Se agruparon todos en torno a un bonito cofre. En su interior había una serie de animales tallados en una maravillosa piedra verde. Eran perfectos, y cuando Ana los colocó encima de la mesa, se sostuvieron de pie como hicieran cientos de años atrás cuando jugaban con ellos los príncipes y las princesitas.

—Están hechos de jade —dijo Julián—. ¡Qué maravilla! Deben de valer una fortuna. Tendrían que estar en un museo y no pudriéndose en esta mazmorra.

—¿Y por qué no se los han llevado los coleccionistas, junto con las estatuas de oro y las otras cosas? —preguntó Ana.

—Bueno, está muy claro —respondió Julián—. Ésta es una cámara secreta y nadie puede llegar hasta aquí si no conoce el pasaje secreto. Probablemente estará escondido tras un panel que se desliza o una puerta camuflada. El castillo es muy viejo y algunas de las paredes se han derrumbado. A lo mejor resulta imposible llegar hasta aquí aunque se conozca el pasadizo secreto.

—¿Y qué me dices del camino por el que hemos venido nosotros? —dijo Dick.

—Bueno… No sé exactamente por qué no lo han usado antes. Aunque me parece que hay un motivo. ¿Os fijasteis en el desprendimiento de rocas que había cerca de la entrada de la cueva? Creo que una parte de las rocas cayó sobre la entrada, tapándola por completo. Luego, durante alguna tormenta, las olas debieron de llevarse parte de las rocas, abriendo de nuevo el pasadizo.

—Y alguien lo encontró —intervino Ana—. Alguien que había oído hablar de las viejas leyendas sobre el castillo de la isla de los Susurros.

—¿Un coleccionista? —preguntó *Jorge*—. ¿Y esos hombres que están en la isla, los que vimos en el patio del castillo? ¿Crees que

conocen este pasadizo?

—Sí, es lo más seguro —contestó Julián—. Quizá los hayan puesto de guardianes por miedo a que alguien más los encontrase y tratase de robar los tesoros de la cámara secreta. Aquí hay cosas de muchísimo valor. Esos hombres no están aquí para proteger a los animales de la isla. Son guardianes, como Lucas, aquel hombre tan simpático del campo de golf.

—¿Crees entonces que a esos hombres les paga alguien que conoce la cámara secreta del castillo y quiere sacar los tesoros de aquí? —preguntó Dick.

—Sí —respondió Julián—. Y lo que es más, creo que el propietario del castillo, el nieto del anciano matrimonio, ni siquiera sabe que están aquí, ni que se están llevando los tesoros de su isla. A lo mejor vive en América, o en Australia, y le importa un comino la isla.

—¡Qué tonto! —exclamó Ana—. Si yo tuviese una isla como ésta, no me movería nunca de ella. Protegería a todos los animales y a los pájaros y…

—¡Es una pena que no sea tuya, Ana! —dijo Julián—. Pero la cuestión es qué hacemos ahora. Ya hablaremos sobre esto cuando regresemos a casa. Se está haciendo tarde. Afuera estará muy oscuro, a no ser que haya luna y el cielo se encuentre despejado.

—Bueno, vámonos ya —dijo Dick.

Se dirigió hacia la puerta. En aquel momento, *Tim* gruñó fieramente. El niño se detuvo. Ellos habían cerrado la puerta, y ahora se estaba abriendo. Alguien iba a entrar en la cámara del tesoro. ¿Quién sería?

—Pronto, escondeos —exclamó Julián, empujando a las dos niñas detrás de un enorme cofre.

Dick y Wifredo se hallaban cerca de la gran cama de oro y se ocultaron tras ella. Dick sostenía a *Tim* por el collar. Había logrado que el perro se callase, pero temía que de un momento a otro empezase a ladrar de nuevo.

Un hombre entró en la habitación. Era uno de los que los niños habían visto en el patio del castillo. No aparentaba haber oído a *Tim*, porque entró tranquilamente, silbando. Paseó su linterna por la habitación y gritó:

—¡Emilio! ¡Emilio!

No hubo respuesta. El hombre volvió a gritar y desde el otro lado de la puerta le contestó otra voz. Después se oyeron pasos precipitados, y apareció el otro hombretón. Encendió una lámpara de petróleo y apagó su linterna.

—Te pasas la vida durmiendo, Emilio. Siempre llegas tarde —gruñó el primero que había llegado—. ¿No sabes que esta noche viene el barco a llevarse otra remesa? ¿Dónde está la lista? Tenemos que embalarlo todo y llevarlo a la playa. Esta estatua entra en el lote.

Se acercó a una figura de un niño, cuyos brillantes ojos estaban formados por dos esmeraldas.

—¡Hola, chico! —le saludó burlón—. ¿Sabes? Vas a ver mundo. ¿No te alegras después de haber estado tanto tiempo encerrado?

El otro se acercó con una gran caja y la colocó al lado de la estatua. Luego empezó a envolverla con mucho cuidado.

—¿A qué hora viene Lanyon a buscarla? —preguntó Emilio—. ¿Me dará tiempo a embalar otra?

—Sí, ésta de aquí —respondió el primer hombre.

Emilio se acercó silbando y pasó muy cerca de donde se encontraban escondidas las niñas. Éstas se aplastaron aún más contra el suelo, temerosas de que las descubriese. Pero Emilio tenía vista de lince y observó algo extraño al pasar junto al cofre. Se detuvo a mirarlo. ¿Qué era aquello que sobresalía? ¿Un pie? ¡UN PIE! Emilio se abalanzó sobre el cofre enfocando su linterna y gritando:

—¡Carlos! ¡Aquí hay alguien! Ven en seguida.

Carlos dejó lo que tenía en las manos y se acercó a Emilio, que había arrastrado a las niñas por los pies.

—¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Cómo habéis entrado? —gritó Emilio.

Julián salió disparado de su escondite, seguido por Dick y Wifredo, mientras *Jorge* se esforzaba por contener a *Tim*, que ladraba desaforadamente, tratando de abalanzarse contra los dos hombres. Pero *Jorge* lo mantenía firmemente sujeto, temiendo que saltase a la garganta de Emilio. Los dos hombres parecían sorprendidísimos al ver a los cinco niños y a *Tim*.

—Sujeta bien a ese perro o le suelto un tiro —dijo Carlos

sacando una pistola—. ¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué pretendéis viniendo aquí?

—Hemos venido en un bote, pero las olas se lo llevaron —contestó Julián—. No hemos tenido más remedio que acampar en la isla y nos hemos metido aquí por equivocación.

—¡Por equivocación! Pues será la equivocación más grande de vuestra vida —dijo Carlos—. Tendréis que quedaros aquí mucho tiempo. Por lo menos hasta que terminemos nuestro trabajo.

—¿Qué trabajo? —preguntó Julián, con aire inocente.

—¿Os gustaría saberlo? Muy bien. No importa que lo sepáis. Nos ocupamos en parte de guardar la isla y de alejar a los extraños. Tenemos mucho que hacer entre esta noche y mañana, así que me temo que lo vais a pasar bastante mal. Os quedaréis en esta mazmorra hasta que volvamos. Qué haremos luego con vosotros, no lo sé, porque tengo que decirle a mi jefe que os encontré espiando. No me extrañaría que os tuviese aquí encerrados un mes a pan y agua.

Tim gruñó con fiereza y luchó con fuerza para desasirse de *Jorge* y lanzarse contra el hombre. Ella lo sujetó con todas sus fuerzas, aunque estaba deseando soltarlo y permitir que atacase a aquel bandido.

—Será mejor que nos vayamos, Carlos, o no llegaremos al barco —dijo Emilio—. Ya nos ocuparemos luego de los críos.

Se cargó al hombro la caja en la que había colocado la estatua y se encaminó hacia la puerta. Carlos le siguió, aunque sin dar la espalda a los niños por miedo a que *Jorge* dejase saltar al perro contra él. Cerró dando un portazo y corrió el pasador.

—No digáis nada durante un rato por si se quedan a escuchar detrás de la puerta —murmuró Julián.

Todos se mantuvieron en silencio. Ana temblaba. ¡Qué mala suerte haberse dejado atrapar!

—Descansemos un poco —propuso luego Julián—. Estamos todos muy nerviosos y fatigados.

—No es de extrañar —replicó Dick—. No me apetece en absoluto quedarme aquí encerrado, esperando a que esos hombres se dignen volver a llevarse cosas. Imaginaos que no vuelven. Nos pudriremos aquí dentro.

—No tengas miedo, Dick. No ocurrirá nada de eso —dijo Ana. Y ante la sorpresa de todos se echó a reír—. Podemos escapar muy fácilmente.

—¿Y cómo? ¿A través de esa puerta? —preguntó Dick—. ¡Imposible!

—Te digo que podemos escapar. No hay problema —insistió Ana.

Jorge la miró, pensó unos momentos y de pronto asintió con la cabeza sonriendo.

—¡Claro que sí! No pongas esa cara. ¡Mira! —dijo.

Dick miró hacia donde señalaba su prima.

—¿Adónde tengo que mirar? ¿A las paredes?

—No. Ahí, encima de este arcón tan enorme.

—¡Pero qué idiota soy! Pues claro. La puerta que da a la pared del pozo por donde descubrimos el tesoro. Desde aquí parece un agujero para la ventilación. Y no creo que nadie sea capaz de descubrirla de no haber estado antes dentro del pozo. Ya veo lo que querías decir, Ana.

—¡Estupendo, Ana! —alabó *Jorge*—. Ahora sólo tenemos que llegar hasta el agujero, abrir la puerta, subir hasta la boca del pozo y ya estaremos a salvo.

—Sí, aunque es más fácil decirlo que hacerlo —intervino Julián —. Primero hay que coger la cuerda y subirla hasta arriba. No es nada fácil.

—¿Y si la cuerda está arriba, con el cubo en el gancho? —preguntó Ana—. Entonces sí que no podríamos salir…

—Ya pensaremos algo —respondió Julián—. De todos modos, es la única posibilidad que tenemos. Ahora empujemos este arcón hasta la pared, justo debajo de la puerta. Luego pondremos encima una mesa para llegar hasta la puerta. Y desde allí… ¡arriba! ¡Qué sorpresa se van a llevar Carlos y Emilio cuando vean que los pájaros han volado!

Capítulo XVIII

UN RATO EMOCIONANTE

Les costó mucho trabajo empujar el pesado arcón para arrimarlo a la pared. Finalmente, empujando los cinco a la vez con todas sus fuerzas, consiguieron moverlo.

—¡Vaya jaleo que estamos armando al arrastrar el arcón! —comentó Dick—. Esperemos que no lo oigan.

Tim se empeñó en ayudar. Apoyó las patas contra el mueble como si en efecto empujase. Dick lo detuvo.

—*Tim*, será mejor que te sientes junto a la puerta y nos avises si viene alguien.

Tim obedeció y se acomodó junto a la puerta, con la cabeza inclinada, escuchando, mientras los demás movían el arcón. Por fin lograron colocarlo en la posición deseada. Luego intentaron colocar la mesa encima. Julián se subió al arcón para hacerlo. Era muy pesada y no podían alzarla, por lo que Wifredo subió también al arcón a fin de ayudar a Julián. Por último, quedó colocada. Julián trepó a ella y comprobó que podía alcanzar fácilmente la puerta que conducía al pozo.

—¡Estupendo! —dijo.

Dio un empujoncito a la puerta, pero ésta no se movió. Empujó más fuerte.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dick, subiendo junto a Julián—. Debería abrirse. Ya no tiene cerrojo, se cayó al pozo. Me imagino que todavía quedará algo de herrumbre. Empujemos los dos a la vez.

Los demás les observaban ansiosamente. Los chicos empujaron la puerta hasta que ésta dio un chirrido y se abrió por completo. ¡La

cuerda estaba allí, delante de ellos, a sólo unos centímetros!

—¡Ya está! —dijo Dick a las niñas—. Os ayudaremos a llegar hasta aquí. Luego ya nos las arreglaremos para subir hasta la boca del pozo.

Pronto las niñas estuvieron de pie encima de la mesa y los chicos comenzaron a discutir lo que podían hacer.

—Tú sube por la cuerda, Julián —dijo Dick—. Puedes encaramarte hasta arriba y asegurarte de que no hay nadie por los alrededores. Luego, que suba Wifredo. ¿Crees que podrás?

—¡Claro que sí! —contestó éste—. Y puedo ayudar a Julián a subir a las chicas.

—De acuerdo. Yo me quedaré con ellas y las ayudaré a alcanzar la cuerda. Primero que suba Ana. Cuando llegue arriba, tiráis de la cuerda. Luego puede subir *Jorge*. Yo lo haré en último lugar y cerraré la puerta.

—Y cuando los hombres vuelvan no sabrán cómo hemos podido salir de la cámara del tesoro —rió Ana—. ¡Qué sorpresa se llevarán!

—Cuando estéis todos arriba, subiré yo y cerraré la puerta — repitió Dick—. ¿Preparado, Julián? Te alumbraré con mi linterna.

Julián asintió. Se deslizó por la pequeña puerta, cogió la cuerda y se colgó de ella durante unos instantes. Luego comenzó a ascender lentamente, mano sobre mano, hasta llegar a la boca del pozo, casi sin aliento, pero contento de encontrarse de nuevo al aire libre, bajo la luz de la luna. El cielo estaba casi tan claro como si fuese de día.

Se inclinó sobre el brocal del pozo y gritó a los demás:

—Ya estoy arriba. Todo va bien. Hay luna llena y no se ve a nadie por aquí.

—Ahora tú, Wifredo —dijo Dick—. ¿Alcanzas la cuerda? Por lo que más quieras, no vayas a caerte al agua. Te alumbraré.

—No te preocupes por mí. Esto es como subir la cuerda del gimnasio de la escuela —dijo Wifredo.

Rápidamente se deslizó por la puertecilla, se colgó de la cuerda y comenzó a trepar con la agilidad de un mono.

La voz de Julián llegó de nuevo abajo, sonando de un modo extraño a causa del eco.

—Wifredo está arriba. Que suba ahora Ana. Nosotros tiraremos de la cuerda. No necesita trepar. No tiene más que colgarse.

La niña asomó la cabeza por la abertura del pozo.

—¿Puedes hacer que la cuerda se acerque más hacia mí? No la alcanzo y está demasiado lejos para saltar.

—Espera, ve con cuidado. Que te ayude Dick —gritó Julián, alarmado.

Pero la puertecilla del pozo era demasiado estrecha para que Dick pudiese auxiliarla.

—No saltes hasta que tengas bien cogida la cuerda, Ana —dijo con ansiedad—. ¿No puede acercártela Julián? ¿La ves bien? Está muy oscuro y mi linterna no da demasiada luz.

—Sí, ya la veo —respondió Ana—. Me ha rozado las piernas, pero se me ha escapado. Ahí viene otra vez. Ya la tengo. La agarraré bien fuerte y saltaré. Ahí voy.

Se inclinó hacia el pozo bien agarrada a la cuerda y saltó con miedo. El agua del pozo parecía querer tragársela.

—Súbeme, Julián —gritó. Y se asió fuertemente a la cuerda, mientras los chicos tiraban de ella. Pronto se encontró a salvo.

Dick la vio subir aliviado. Ahora le tocaba a *Jorge*. Miró a su alrededor y buscó a *Jorge* y a *Tim*, enfocando su linterna hacia todos los rincones de la habitación. No los vio… Los llamó en voz baja.

Un suave gemido llegó hasta sus oídos.

—*Jorge*, ¿dónde estás? —preguntó Dick—. Haz el favor de salir de tu escondite. Esos hombres pueden volver en cualquier momento. No hagas el tonto.

Una cabeza rizada apareció detrás de uno de los cofres y a los oídos de Dick llegó la enfurruñada voz de *Jorge*.

—Sabes perfectamente que *Tim* no puede subir por la cuerda. Se caería y se ahogaría. No se os ha ocurrido pensar en él. No tenéis corazón. Yo me quedo con él, ya puedes subir.

—¡Ni hablar! —repuso Dick—. Me quedaré contigo. Supongo que no servirá de nada decirte que me dejes quedar con *Tim* mientras tú subes por el pozo.

—No. Es mi perro y me quedaré con él —contestó *Jorge*—. Él nunca me abandonaría, estoy segura.

Dick conocía perfectamente a *Jorge* y sabía que cuando se ponía tozuda no era posible hacerle cambiar de idea.

—De acuerdo, *Jorge*. Me imagino que yo haría lo mismo si *Tim*

fuese mi perro —dijo—. Me quedaré contigo.

—No —protestó *Jorge*—. Estamos muy bien los dos solos.

Dick corrió hacia la mesa y se encaramó hasta la puertecilla que daba al pozo. Se metió por ella y asomó la cabeza.

—Julián —gritó—. *Jorge* no quiere marcharse de aquí porque *Tim* no puede subir por la cuerda. Me quedo con ella.

Acababa de decir estas palabras cuando oyó que alguien descorría el cerrojo de la puerta. *Tim* gruñó con tanta fiereza que Dick se llevó un susto tremendo. Si *Tim* saltaba sobre uno de aquellos hombres y éste iba armado…

Jorge oyó el ruido de la llave al girar en la cerradura y rápidamente se escondió tras unas cajas junto a *Tim*.

—¡Atácalo rápido, *Tim*, antes de que pueda hacerte nada!

—¡Guau! —asintió *Tim*, comprendiendo perfectamente. Se quedó firme junto a *Jorge*, mostrando los dientes y gruñendo. La puerta se abrió y entró un hombre con un farol.

—Os he traído una luz… —empezó a decir.

Tim se arrojó sobre él. ¡Tras! La linterna cayó al suelo. El hombre cayó también, gritando de miedo al ver al perro saltar sobre él, tan cerca que podía sentir su aliento sobre el rostro. La cabeza del hombre chocó contra el ángulo de un arcón y en el acto cesaron sus gritos.

—Creo que está sin sentido —dijo Dick, iluminándolo con cuidado con su linterna.

Sí, allí estaba el hombre, con los ojos cerrados, inconsciente. *Jorge* esperaba junto a la puerta abierta, con *Tim* a su lado.

—Dick, iré con *Tim* por el pasadizo secreto hasta el acantilado. Con él no me pasará nada.

—Tengo que decírselo a Julián —replicó Dick—. Sigue en la boca del pozo esperándonos. Ve todo lo rápida que puedas. Pero ten mucho cuidado. *Tim* te guiará.

Jorge desapareció a toda velocidad, pero sin hacer ruido. Estaba nerviosa, aunque no tenía miedo.

«Es igual que un chico —pensó Dick—. Nunca tiene miedo. Bueno, será mejor que le diga a Julián que *Jorge* y *Tim* han ido por el pasadizo secreto. El hombre sigue sin conocimiento, gracias a Dios».

Pronto estuvo encaramado a la mesa, mirando a través de la puertecilla. Podía ver la luz de la linterna de Julián, arriba de todo, encendiéndose y apagándose, haciendo señales. Dick le llamó.

—¡Julián!

—Ah, ¿estás ahí? —dijo Julián, aliviado—. ¿Qué ha pasado?

—Ahora mismo te lo cuento, espera un poco —dijo Dick—. Echa más cuerda.

Pronto estuvo asido a la cuerda y estaba a punto de subir por ella cuando oyó un ruido. Miró hacia la habitación que estaba a oscuras. Alguien había entrado corriendo.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué no…? —la voz se detuvo al enfocar la linterna la cara del hombre tendido en el suelo, inconsciente. El recién llegado soltó una imprecación y se arrodilló junto a caído.

Dick pensó para sus adentros. «¿Por qué no darle un buen susto?». Se sentó de nuevo en el escalón que formaba la puerta, asió la mesa y le dio un fuerte empujón, haciéndola caer. Se sujetó de nuevo a la cuerda y pudo ver cómo la mesa caía justo sobre el hombre de la linterna, el cual se puso a gritar, aterrorizado. Julián y Wifredo tiraron de la cuerda y Dick fue subiendo cómodamente, mientras se reía a carcajadas.

«¡Qué susto se habrá llevado! —pensó Dick—. *Jorge* y *Tim* desaparecen y el resto de nosotros nos desvanecemos misteriosamente. Tira, Julián, tira, tengo muchas cosas que contarte».

Tan pronto como puso un pie en la superficie contó a los otros lo ocurrido. Todos rieron encantados.

—*Jorge* sabe el camino del pasadizo perfectamente, y si ella no se acuerda, *Tim* la guiará —dijo Julián—. Será mejor que vayamos a buscarla a las rocas. La encontraremos con facilidad con la luna que hace.

Y todos se fueron a través del bosque hasta el acantilado, riéndose al pensar en lo asombradísimos que estarían los dos hombres.

Capítulo XIX

ANA SE CONVIERTE EN TIGRE

Mientras tanto, *Jorge* se apresuraba a llegar por el pasadizo secreto hasta los acantilados. *Tim* corría delante de ella, con las orejas muy tiesas prestas a captar cualquier ruido extraño. No oyó nada sospechoso. ¡Estupendo! *Jorge* y *Tim* estuvieron encantados de volver a oír el pequeño riachuelo que corría suavemente hacia el mar.

—Es un sonido simpático, *Tim* —observó *Jorge*—. Me gusta.

En dos ocasiones resbalaron en las húmedas rocas. *Jorge* temió caerse y que se le rompiera la linterna.

«No sería nada divertido recorrer este pasadizo a oscuras», pensó.

—¿Qué es aquella luz? —exclamó *Jorge*, repentinamente, deteniéndose—. Mira, *Tim*, ¿se acerca alguien con una linterna?

Tim dio un fuerte ladrido y echó a correr hacia adelante. Conocía perfectamente aquella linterna. Era una que estaba muchas veces colgada en el cielo y a la que *Jorge* llamaba Luna.

Jorge se dio cuenta en seguida y se sintió muy alegre.

—¡Claro! ¡Si es la Luna! Nuestra querida amiga la Luna. Se me olvidaba que hoy hay Luna llena. ¿Dónde estarán los otros, *Tim*? ¿No los hueles?

Tim ya sabía dónde se encontraban. Su fino olfato había captado su olor traído por la brisa. ¡No estaban muy lejos! Pronto volverían a estar todos juntos de nuevo.

Tim y *Jorge* salieron del pasadizo y se encontraron al pie del acantilado. Las olas se estrellaban contra las rocas y su espuma resplandecía a la luz de la luna.

Jorge vio algo que se movía a lo lejos. Agarró a *Tim* por el collar.

—Cuidado, *Tim* —dijo—. ¿Viene alguien? Quédate conmigo.

Pero *Tim* no le hizo caso. Salió corriendo chapoteando en las balsas de agua y ladrando como un loco.

—¡*Tim*! —le llamó *Jorge*, sin saber quién se acercaba—. ¡TIM, VEN EN SEGUIDA!

Pero entonces vio quién se aproximaba saltando entre las rocas, resbalando a veces. *Jorge* agitó alegremente los brazos y comenzó a gritar.

—¡Estoy aquí! Me he escapado fácilmente.

Fue un encuentro muy emocionante. Todos se sentaron sobre las rocas y comenzaron a contarse unos a otros lo que había sucedido. De repente una gran ola se estrelló contra las rocas y los salpicó a todos.

—¡Vaya! La marea está subiendo —dijo Julián—. Venga, volvamos al bosque.

Ana dio un tremendo bostezo.

—No sé qué hora es, hay tanta claridad que no sé si es de noche o de día. De lo único que estoy segura es de que tengo un sueño espantoso.

Julián consultó su reloj.

—Es muy tarde —dijo—. Ya hace mucho tiempo que tendríamos que estar en la cama. ¿Qué hacemos? ¿Dormimos en la isla o buscamos el bote de Wifredo, nos vamos a la costa y dormimos tranquilamente en casa?

—¡Oh! No nos quedemos aquí —protestó Ana—. No podría dormirme en toda la noche. Tengo miedo de que esos hombres llegaran a encontrarnos.

—No seas tonta —dijo *Jorge* tratando de no bostezar—. No tienen ni idea de dónde encontrarnos. Francamente, no me veo con ánimos de buscar el bote de Wifredo, remar hasta la playa y luego subir la colina hasta llegar a casa.

—Bien, de acuerdo —accedió Ana—. Pero alguien tiene que quedarse de guardia. Podríamos turnarnos.

—¿Por qué tienes tanto miedo, Ana? —preguntó *Jorge*—. *Tim* nos advertiría de cualquiera que se acercase.

—Sí, espero que sí —dijo Ana—. Nos quedaremos.

Estaban todos muy cansados. Los chicos recogieron montones de hierba seca y la colocaron entre unos arbustos para protegerse del viento. Se encontraban cerca del sitio donde Wifredo había dejado el bote. Se estiraron sobre la hierba.

—¡Qué cómoda! —exclamó *Jorge*, bostezando—. ¡Oh! Nunca he tenido más sueño en toda mi vida.

En tres segundos *Jorge* estaba ya durmiendo. Wifredo se durmió también en seguida, y, poco después, Julián y Dick se hallaban roncando suavemente.

Ana seguía despierta. Estaba nerviosa.

«Me gustaría saber qué están haciendo esos hombres —pensó—. No les habrá hecho ninguna gracia que nos hayamos escapado. Se imaginarán que volveremos a tierra firme tan pronto como podamos y que le diremos a todo el mundo lo que hemos encontrado. Estoy segura de que tratarán de impedir que nos vayamos y deben saber que tenemos un bote».

Se echó preocupada, pero escuchando por si oía algo. *Tim* la oyó moverse y se acercó a ella sin ruido para no despertar a *Jorge*. Se echó junto a Ana y le lamió la mano, como diciendo: «Ahora duerme un poco, que yo vigilo».

Pero Ana no podía dormirse. Seguía escuchando atentamente. De pronto, oyó algo. *Tim* también lo oyó. Se incorporó y gruñó. Ana afinó el oído. Sí, eran voces, muy bajas, como de alguien que agazapado no quiere ser oído. Efectivamente, se trataba de unos hombres que buscaban el bote de Wifredo. Si lo encontraban, ya no podrían marcharse de la isla…

Tim se dirigió hacia los arbustos y se volvió hacia Ana, como diciendo «¿Vienes conmigo?».



Ana se levantó rápidamente y se fue con *Tim*. Él iba delante y ella lo seguía. Debía averiguar qué estaba pasando y si era importante podría volver a buscar a los otros. *Tim* la llevaba a la cueva donde Wifredo había dejado su bote, muy sujeto por miedo a que se lo llevasen las olas.

Ambos se detuvieron y quedaron inmóviles. *Tim* gruñó de nuevo

al oír las voces, esta vez mucho más próximas. Los hombres habían venido remando en su propio bote con el fin de empujar el bote de Wifredo hacia el mar hasta dejarlo a la deriva. Una vez estuviese en el agua, ella y los otros estarían prisioneros en la isla. Gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Alto! Ése es nuestro bote.

Tim empezó a ladrar furiosamente, amenazando a los hombres que empujaban el bote, y enseñándoles los colmillos. Su ladrido despertó a los otros, que se levantaron en seguida.

—¡Es *Tim*! —gritó Julián—. Vamos, rápido, pero con cuidado.

Corrieron a toda velocidad hacia la cueva. *Tim* seguía ladrando con furia y alguien gritaba. Parecía la voz de Ana. Pero no, no podía ser la pacífica y tranquila Ana —pensó Julián.

Sin embargo, sí, era ella. Cuando los cuatro llegaron a la playa pudieron contemplar como Ana azuzaba a *Tim* para que mordiese a los hombres.

—¿Pero cómo se atreven a robar nuestro bote? ¡Le diré a *Tim* que les muerda! ¡A por ellos, *Tim*! ¿Cómo se atreven a robar nuestro bote? ¡Muérdelos, *Tim*!

Tim ya había mordido a los dos hombres que se alejaban ahora en su bote, remando a toda velocidad. Ana cogió una piedra y se la arrojó con furia. Dio de lleno en el bote y los hizo saltar.

Ana se llevó un gran susto cuando vio de pronto a Julián detrás de ella, junto a Wifredo, Dick y *Jorge*.

—¡Qué alegría veros! —dijo—. Creo que *Tim* y yo los hemos asustado. ¡Qué animales!

—¿Asustado? Deben estar temblando de miedo —dijo Julián, abrazando a su hermana—. Casi me has asustado a mí. La mosquita muerta se ha convertido en un peligrosísimo tigre. Casi puedo ver el humo que sale de tu nariz.

—¿Un tigre? ¿Sí? ¿Me he portado como un tigre? —exclamó Ana—. ¡Me encanta! No me gusta que todos penséis que soy una mosquita muerta. Será mejor que vayáis con cuidado, pues puedo transformarme de nuevo en un tigre.

Los hombres se perdieron de vista y *Tim* siguió ladrando unos instantes. ¿Qué podían hacer aquellos bandidos frente a un perro y un tigre? «¡Guau!».

—Julián, ¿por qué no volvemos a casa? —preguntó Ana—. Tengo mucha hambre y aquí no nos queda nada de comer. Además la cama de hierba no es muy cómoda que digamos. Me muero de ganas de dormir en mi cama. Si no venís cojo el bote de Wifredo y me voy yo sola.

Julián se rió de buena gana y pasó un brazo alrededor de los hombros de su hermana.

—Supongo que debe de ser muy peligroso decirle que no a un tigre —contestó Julián—. De acuerdo, nos vamos. Yo también tengo mucha hambre y me imagino que los demás también.

Y cinco minutos más tarde todos estaban en el mar. Julián manejaba un remo y Dick el otro. Ambos remaban con fuerza. El bote avanzaba a toda velocidad.

—Apuesto a que si esos hombres nos han visto hacernos a la mar, no estarán nada tranquilos —dijo Julián—. Sabrán que se lo contaremos en seguida a la policía, mañana por la mañana. Ha sido una gran aventura, pero ya me apetece un poco de tranquilidad.

—Pronto la tendrás, Julián —dijo Wifredo—. Te espera la casita de la colina, con su magnífica vista sobre la bahía. Mañana podrás pasar otra vez momentos emocionantes cuando la policía te vuelva a llevar a la isla en su lancha y tú le enseñes el pozo, la cámara del tesoro, el pasadizo secreto y todo lo demás. Estarás presente cuando la policía detenga a esos hombres y te permitirás el lujo de ver la cara que pongan, extrañados de que los cinco hayáis podido vencerlos. ¡Qué aventura! Y qué alivio cuando todo haya pasado y puedas tenderte tranquilamente en la hierba fresca de la colina, y con la casita a tu espalda.

—Bueno, y ahora un poco de paz —dijo Ana, cuando se despidieron de los policías—. Vayamos todos a tendernos al sol, tomemos una naranjada fresca y Wifredo que toque su maravilloso silbato e invite a sus amigos para que nos vean.

—¿Pero ha encontrado su silbato? —preguntó Dick, muy contento.

—Sí, fue a coger el cubo para ir a buscar agua y el silbato estaba dentro —explicó Ana—. Creo que se le debió caer la última vez que fue a buscar agua al pozo, pero nadie se dio cuenta.

—¡Hombre!, estupendo —exclamó *Jorge*—. Anda, Wifredo, toca

un poco el silbato. Me alegro mucho que lo hayas encontrado. Me gustará mucho oírlo de nuevo.

Wifredo estaba contentísimo.

—De acuerdo —respondió—. Veremos si mis amigos se siguen acordando de mí.

Se sentó en la hierba, un poquito apartado de los demás, y comenzó a emitir un dulce sonido con su silbato. Inmediatamente los pájaros de los árboles vecinos le miraron y en los arbustos las lagartijas asomaron la cabeza para escucharle. Los conejitos dejaron de jugar. La liebre levantó sus orejas para no perderse ni una sola nota y un gorrión vino a posarse a sus pies.

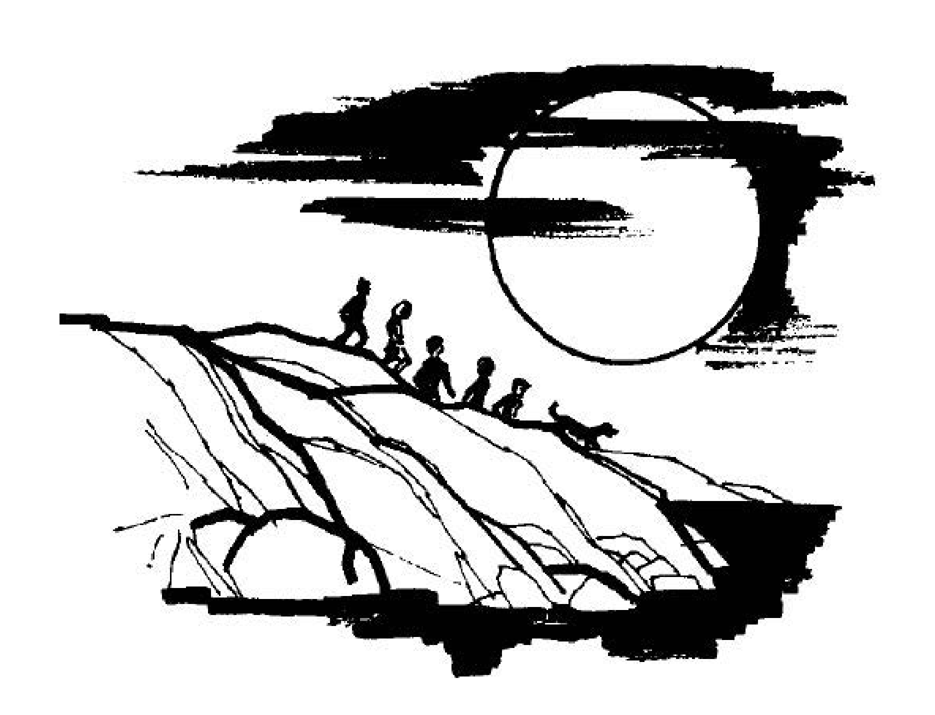
Wifredo no se movió. Siguió tocando mientras los animalitos se acercaban para escucharle. *Tim* escuchaba también y se acercó al muchacho, apretándose contra él y lamiéndole cariñosamente la mejilla. Luego volvió junto a *Jorge*.

Los dejaremos a todos ahí, calentándose a los rayos del sol, tranquilos y mirando los animalitos que Wifredo atrae a su lado.

Julián está echado mirando el cielo de abril, contento de que su aventura haya terminado felizmente. Dick mira la isla de los Susurros, situada en medio de la resplandeciente bahía azul. Ana está dormida. La pacífica Ana que puede convertirse en un tigre si es necesario.

Y *Jorge*, por supuesto, se encuentra cerca de *Tim*, con el brazo echado alrededor de su cuello, muy feliz. Adiós a los cinco, ha sido muy divertido compartir vuestra gran aventura.

F I N





ENID BLYTON. Nació en 1897, en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles más leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan *Alicia en el país de las maravillas* y *Alicia a través del espejo* de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir

muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968, año en el que falleció. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.